



Por supuesto que
no es él

WHITNEY G.

Phoebe

WHITNEY G.

Por supuesto que
no es él

Traducción de Lorena Escudero Ruiz



Phoebe

Título original: *Definitely Not Him*

Primera edición: noviembre de 2022

Copyright © 2022 by Whitney G.
Published by arrangement with Brower Literary & Management

© de la traducción: Lorena Escudero Ruiz, 2022

© de esta edición: 2022, ediciones Pàmies, S. L.
C/ Mesena, 18
28033 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-19301-37-6
BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®
Fotografía del modelo: Xcai/Depositphotos.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

DOS SEMANAS MÁS TARDE

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CUATRO SEMANAS MÁS TARDE

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

UNA SEMANA DESPUÉS

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[TRES SEMANAS DESPUÉS](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[UNA SEMANA DESPUÉS](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

CAPÍTULO 45

CAPÍTULO 46

CAPÍTULO 47

CAPÍTULO 48

CAPÍTULO 49

CAPÍTULO 50

CAPÍTULO 51

CAPÍTULO 52

CAPÍTULO 53

CAPÍTULO 54

CAPÍTULO 55

CAPÍTULO 56

CAPÍTULO 57

CAPÍTULO 58

EPÍLOGO I

EPÍLOGO II

CARTA A MIS LECTORES

CONTENIDO ESPECIAL

Para el verano.

PRÓLOGO

EN LA ACTUALIDAD (POR DESGRACIA)

CHLOE

Si alguna vez alguien me obligase a describir a Tyler Carrington en solo tres palabras, habría elegido «arrogante», «detestable» y «cabrónsexyarrabiarquenecesitaquelomandendeunapatadaaotradimensión». (Esa última palabra está en el diccionario fijo. Creedme).

Para ser justa, otro de los apelativos finalistas habría sido el de «elpadredemibebéaquienodio», pero os contaré esa historia otro día...

Durante las últimas noches he devorado varias novelas sobre catástrofes con la esperanza de que se conviertan en realidad y que desaparezca como por arte de magia.

Pero, mira tú por dónde, tengo que admitir que no ha habido ningún terremoto repentino, ni socavón ni apocalipsis zombi que lo hayan desterrado de mi vida.

Incluso ahora, en estos momentos, está en el umbral de mi puerta, fulminándome con sus preciosos ojos de color almendra. Por mucho que lo odie, puede ponerme cachonda con muy poco esfuerzo, solo con una palabra de esos preciosos labios británicos. Y por mucho que haya tratado de convencer a mi corazón de que no merece mi afecto, late a un ritmo escandaloso siempre que él está cerca.

—¿Está lista para terminar nuestra conversación de anoche, señorita March? —Al fin rompe el silencio y su acento marcado me desarma en un instante—. Ha llegado el momento de que termines lo que tuvieses que decir.

—Claro —respondo, encogiéndome de hombros—. Lo odio todo de ti y de esta situación. Por favor, vuelve a Londres.

—Esa no es la conversación de la que estoy hablando.

—Entonces, a lo mejor eres tú quien tiene algo que decir.

—Creo que las palabras que estás buscando son «He terminado con estos jueguitos retorcidos y voy a volver a quedarme en tu casa».

—Los sofás de mis amigos me van muy bien. Aunque valoro tu generosa oferta.

—No es una maldita oferta. —Aprieta la mandíbula—. Han pasado ocho días.

—Siete.

—El número no es la cuestión —afirma—. Espero verte en mi cama esta noche para que podamos hablar de este último problema como adultos.

—¿Qué pasará cuando te des cuenta de que no estoy allí?

—Me veré obligado a tomar medidas drásticas para proteger a nuestro futuro hijo.

—*Mi hijo.*

—No lo has hecho tú sola. —Sonríe con satisfacción—. Seguro que recuerdas el papel que desempeñé esa noche, ¿verdad?

—Fue bastante poco memorable, ahora que lo pienso.

—Dudo mucho de que te olvides de cinco orgasmos.

Fueron seis...

Trato de encontrar algo sarcástico que decir, pero los recuerdos de aquella noche funesta inundan mi mente de pronto. Lo único que soy capaz de ver es a él, adueñándose de mi cuerpo con la boca, llevándome al límite tantas veces que le rogué que nunca parara y abrazándome con fuerza mientras me susurraba las cosas más guarras que he escuchado nunca.

—Eso es lo que pensaba. —Se vuelve de nuevo hacia la puerta—. Te veré en casa. O te vas a enterar.

Cierra de un portazo, y yo cojo mi móvil.

Abro la aplicación *Qué esperar cuando estás esperando* y reviso mis semanas anteriores de embarazo hasta llegar al momento en que todavía seguía negándolo.

Al momento en que «Empezar los treinta con un polvo» no era más que un mero deseo de cumpleaños y no tenía ni idea de quién era Tyler Carrington en realidad.

Cuando llego a la «Semana 4», me quedo mirando la nota que fijé y al fin acepto la verdad.

Nadie va a devolverme ningún cumpleaños, no se puede dar marcha atrás en el tiempo... Ese hombre, y todo su equipaje, iba a ser un pasajero permanente en el vuelo de mi vida.

1

ESTO NO ES UNA VIDA NORMAL

VARIAS SEMANAS ANTES DE LA DENOMINADA «NOCHE FUNESTA»

(POR CIERTO, DISFRUTÓ DE CADA SEGUNDO DE ELLA)

LONDRES, INGLATERRA

TYLER

—¿Puedes darte prisa, Dillon? —le exigí a mi chófer—. Parece que esta mujer está a punto de morirse.

Pronunciar aquellas palabras de camino al hospital no era como me había imaginado el final de ese fin de semana, pero me lo tenía merecido por cometer el mismo error siete sábados seguidos.

Desesperado por probar algo de «normalidad», me había escapado de Kensington Palace y había conducido hasta un *pub* fuera de Londres, después de medianoche.

Mi objetivo había sido encontrar a alguien que no estuviese al día de la prensa rosa, alguien que no tuviese ni idea de quién era yo, para poder al fin echar un polvo, pero la mancha real de mi familia siempre resurgía.

En algún momento entre la tercera y la cuarta ronda de bebidas, mi estratagema había saltado por los aires, como siempre, y habían vuelto a ocurrir las tres mismas cosas: la primera, que mi equipo de seguridad había obligado a todo el vecindario a firmar un contrato de confidencialidad. La segunda, que había regresado a casa para volver a cumplir una semana de condena entre barrotes de oro, con sequía incluida. La tercera, que el odio que sentía en mi interior por mi familia había vuelto a ascender hasta niveles insospechados.

Sin embargo, el incidente de esa mañana había sido totalmente nuevo. La mujer a la que había «conocido» se había desmayado y se había golpeado la cabeza con la barra.

—¿Dillon? —volví a llamarlo—. Tiene la cara pálida.

—Estoy conduciendo lo más rápido posible. —Me arrojó una botella de agua, y yo la puse sobre la frente de la mujer.

—No estoy nada pálida —balbució ella—. Estoy asombrada y bastante aturdida. Solía colgar las fotos de cuando eras niño en la pared de mi

dormitorio. Eres el primer chico con el que me he masturbado...

—Por favor, dime que somos de la misma edad.

—Siempre he creído que eras sexy, pero eres como... mil veces más sexy en persona.

—Muchas gracias.

—Pero ¿por qué no me has dicho que eras un Carrington? —preguntó—. Me habría puesto de rodillas y te la habría chupado de cojones.

—¿Disculpa?

—Mi madre me enseñó todo lo que sé sobre las técnicas para metértela hasta la garganta. Me habrías ayudado a que se sintiera orgullosa.

Parpadeé varias veces.

Es imposible que haya dicho eso...

—Si estás interesado, puedo hacértelo un poco. —Sonrió—. Lo único que tienes que hacer es bajarte la bragueta y ayudarme a mover la cabeza.

—Preferiría que siguieras concentrándote en respirar —sugerí—. Pareces estar a punto de vomitar en mi suelo. Otra vez.

—Sabía que te había visto antes en algún lugar. —No me estaba escuchando—. Espera. ¿No se supone que tenías que estar declarándote a una princesa danesa o algo así? Es lo que dice la prensa rosa.

—Están muy equivocados.

—Entonces, ¿por qué me dijiste que te llamabas Matthew y que trabajabas en finanzas? —Inspiró con fuerza—. ¿Por qué me mentiste a la cara y me has negado el sueño de toda mi vida de tirarme a un miembro de la familia real? ¿Por qué...?

Vomitó en el suelo a mitad de frase y dejó nuestra conversación a medio acabar.

El escolta que tenía delante abrió una bolsa vacía, y yo le levanté la cabeza a la chica mientras el coche surcaba las calles.

A cada kilómetro que recorriamos, la ciudad gris y lluviosa seguía burlándose de mí.

Los pequeños restaurantes se reían de que no pudiese entrar sin reunir a una multitud. El tráfico me señalaba y susurraba que nunca podría conducir a ningún lugar solo, sin que nadie me saludara y sacara fotos al «guapo príncipe *playboy*». Las tiendas de *souvenirs* se mofaban de mi incomodidad, colocando libros sobre la familia real en los escaparates para demostrarme que no era yo quien podía relatar o representar la historia de

mi vida. Siempre iban a narrarla autores a los que nunca había leído, e iba a publicarse en portadas con mucho brillo que yo nunca habría aprobado.

Delante de mí, el London Eye —aquella noria preciosa en la que siempre había querido montar— se reía con disimulo al recordarme la última vez que había intentado subirme. La prensa había aparecido en masa para sacarme fotos y lanzar preguntas, y yo había abandonado aquella idea para siempre.

A menudo, durante mis paseos matutinos, solían acercarse extraños para darme consejos que yo nunca había pedido sobre mi supuesta «actitud de maldito fiestero», mi «cabezonería», y mi «cuenta atrás hasta conseguir la corona». Sinceramente, sabían más sobre la historia de mi familia que mis verdaderos amigos.

Bueno, que mi *único* verdadero amigo, en realidad.

—Nos estamos acercando al destino, señor —sonó la voz de un escolta, interrumpiendo mis pensamientos—. Permítales unos momentos para limpiar el suelo, por favor.

Dos empleados salieron a toda prisa por las puertas traseras del St. Thomas Hospital y ayudaron a la mujer a subir a una camilla. En unos segundos, un pequeño equipo aspiró y limpió el suelo de moqueta, y mi escapada fallida llegó a su fin.

La puerta se cerró, y el escolta se cambió a otro coche.

—¿Y? —Dillon me miró por el espejo retrovisor—. ¿Te gustaría continuar con este experimento en otra ciudad, o quieres asistir al evento benéfico que va a empezar dentro de una hora?

—Ninguna de las dos —respondí—. Dame la tercera opción, la de dejar que me ahogue en el Támesis.

—Solo te la daré si no hay posibilidad alguna de que la escojas —afirmó—. Hoy parece encontrarte en torno al sesenta por ciento de probabilidades.

Ochenta.

Antes de que pudiera decirle que me llevara a casa, sonó una videollamada de la persona a la que más odiaba.

Mi padre.

—Buenos días, Satanás —respondí.

—Tienes un aspecto de mierda. —Su cara apareció en la pantalla—. ¿Dónde demonios estás?

—Preparándome para un evento benéfico.

—No, ahí es donde se supone que debes estar. Todo el mundo te está esperando, como de costumbre. ¿Dónde estás en realidad?

Dillon se unió a la carretera sin que se lo pidiera.

—Voy de camino.

—Bueno, bien. Tendremos que hablar en privado en cuanto se acabe esta velada. Es muy importante.

—Probablemente, deberías comprobar lo que significa en realidad el término «en privado».

—Significa solos tú y yo.

—Tú y yo. —Puse los ojos en blanco—. También significa que no veré extractos de nuestra conversación revoloteando por la prensa dentro de unos días. Es extraño cómo parece ocurrir siempre...

—Es parte del juego, hijo.

—Ya te he dicho que prefiero no jugar.

—Sería mucho más divertido si te atuvieras a los argumentos que hemos fijado. —Rio entre dientes—. No entiendo por qué causas tantos problemas.

—Si quieres inventarte una historia, llama a tu autor favorito y pídele que la escriba.

—Qué divertido. —Se rio—. ¿Sabes? Últimamente, te pareces mucho a tu difunta madre.

—Ándate con cuidado, Satanás. —Lo miré con los ojos entrecerrados.

—Solo digo que... Dios bendiga su alma.

—Al menos, ella la tenía.

—La tenía. —Su sonrisa falsa se amplió—. Bueno, eres lo bastante mayor como para recordar lo mal que le fueron las cosas cuando se negó a cumplir las normas —declaró—. Lo mejor que puedes hacer es aprender de sus errores y estar un poco más agradecido por esta vida tan privilegiada que te ha tocado. Nadie siente compasión por un hombre que lo tiene todo, ni la sentirá nunca.

—Eres consciente de que mi madre creía que eras un demonio enmascarado, ¿verdad?

—Me tomaré eso como un cumplido, viniendo de tu parte —dijo—. Solías jugar con unos demonios de juguete. Fueron tus favoritos durante años.

Corté la llamada antes de decir nada de lo que pudiera arrepentirme. Algo que echara a perder los ocho últimos años de planificación sobre cómo acabar mis días como parte de la familia real.

Pero, claro, a lo mejor no tengo que seguir esperando...

2

UNA BREVE ESCAPADA

MÁS TARDE, ESA MISMA MAÑANA

LONDRES, INGLATERRA

TYLER

—Se me saltan las lágrimas cada vez que pienso en su madre. —La organizadora del evento benéfico me sonrió—. Era tan guapa y tenía tanto estilo... La manera en la que murió cuando tan solo era un adolescente fue tan... trágica, ¿sabe?

—Sí, sí que lo sé...

—Ha gestionado muy bien el dolor, y estoy muy agradecida de que acuda todos los años a nuestra fiesta para honrar su recuerdo.

—Lo mismo digo. —Me obligué a sonreír—. Gracias por su compasión.

—Hemos pintado un mural nuevo sobre ella en el jardín. —Me entregó un folleto—. Parece que a su hermano y a su hermana les gusta, así que apuesto a que a ella también le habría encantado.

—Ella lo habría encontrado de muy mal gusto.

—¿Qué? —Su sonrisa flaqueó—. ¿Qué ha dicho, señor?

—He dicho que se lo habría llevado con gusto.

—Ahhh. Bueno, claro, y la habríamos ayudado a moverlo a donde ella quisiera en los jardines.

—Estoy seguro de ello. —Le estreché la mano y di un paso atrás—. Si me disculpa, por favor.

No aguanto más.

Esa mujer y el resto de esas personas, incluso mis hermanos menores, no tenían ni idea de cuánto odiaba mi madre esa vida, de lo que había sufrido entre las paredes de palacio.

Paseé por la sala sonriendo con falsedad a los invitados, que llevaban unos broches azules en los que ponía «*DESCANSA EN PAZ, PRINCESA JOANNA*».

—Disculpen todos. —Mi padre apareció de repente en el escenario—. ¿Pueden, por favor, prestar atención?

Los ligeros murmullos y risas se desvanecieron, y todo quedó en

silencio.

—Como ya saben, hoy es un día muy triste en la historia de la familia. —La voz se le quebró, igual que ocurría siempre que ensayaba la misma frase manida—. La princesa Joanna vivirá siempre en mi corazón, y nuestros hijos, Tyler, Charlie y Priscilla, continuarán blandiendo su espíritu luchador.

¿Qué demonios significa eso?

—Tyler, como todos saben, es doce años mayor que los gemelos, y es mucho más distante y frío que ellos.

La sala se llenó de risas estruendosas, pero yo no capté el chiste.

—En fin, no es muy dado a hacer declaraciones en público, así que me ha pedido que lo haga yo en su nombre.

Se aclaró la garganta, y yo me crucé de brazos.

—Cumplirá treinta y cinco años el mes que viene y, por primera vez en su vida, va a invitar al público a su fiesta de cumpleaños, en la que habrá algunas sorpresas para alguien con quien ha estado coqueteando últimamente.

Victoria Nauss, una princesa morena y guapa de Dinamarca —en la que tenía *cero* interés—, se convirtió en el centro de atención de la sala.

Sus ojos se encontraron con los míos y las mejillas se le colorearon, lo cual consiguió unos cuantos murmullos y ovaciones de la multitud. A pesar de su actitud refinada y de «Oh, qué humilde soy», lo único que le importaba en realidad era convertirse en «La princesa más guapa de la historia de Londres».

No podía mantener una conversación decente ni aunque su vida dependiera de ello, y la única vez en que habíamos intentado acostarnos durante una noche de borrachera, me había dicho: «*Si te doy mi regalo más preciado, tendrás que pedirme matrimonio después*».

Desde entonces, no volví a tocarla ni a hablar con ella.

—Estoy seguro de que Joanna sabía que Tyler sería el último en sentar cabeza, y que le habría encantado verlo feliz en el amor...

Mi padre pronunció las últimas palabras de su discurso con un ritmo lento y calculado, y yo volví a reproducir en mi cabeza la conversación que habíamos tenido antes.

Nunca había querido hablar conmigo «en privado». Todo formaba parte de sus argucias de titiritero: una clase magistral para enseñarnos a mí y a

todos los demás que él controlaba las riendas de mi vida. Que todo lo que decíamos y hacíamos en público era tan solo una actuación para una audiencia que nos amaba y nos odiaba a partes iguales.

Conforme proseguía con su función, me quedó más que claro que no me había equivocado al ocultarle mis andanzas privadas en Estados Unidos, en no dejar que se enterara de que estaba siguiendo los últimos consejos de mi madre al pie de la letra: «*Ante todo, sigue siendo estratégico siempre. No dejes que esa gente sepa lo que sientes de verdad*».

La sala irrumpió en aplausos cuando acabó, y yo me uní a ellos. Después, me acerqué hacia Victoria y le cogí la mano para continuar con aquella farsa.

Era lo que la «princesa Joanna» habría querido...

Horas más tarde, subrayé algunas frases de mi guía de *La vida en Seattle, Washington*, y tomé algunas notas.

«¿Qué es un pastelito Twinkie?».

Según mis investigaciones, Londres y Seattle compartían el mismo clima húmedo y las mañanas neblinosas, así como el mismo tono melancólico que cubría el cielo durante semanas seguidas.

El tráfico era otro tipo de desastre similar, pero las diferencias eran lo que me habían llevado a empezar una nueva vida allí. Eso y la editorial que había comprado en secreto con lo que me quedaba de la herencia de mi madre.

Mientras estaba marcando un lugar llamado «mercado de Pike Place», Dillon apareció delante de mi escritorio.

—Tu hermano y tu hermana acaban de hacer galletas de sucesión al trono con cabezas incluidas —anunció, mostrándome los dulces más espantosos que hubiese visto nunca—. Según ellos, tú vas justo detrás de tu padre.

—Soy más que consciente de ello. —Hice un gesto de exasperación—. Gracias.

—De nada. —Le dio un mordisco a la que tenía mi cabeza—. Priscilla y Charlie son mucho más agradables que tú.

—Y también tienen mucho más lavado el cerebro.

Él sonrió. Odiaba a mi familia tanto como yo, y me había ayudado con un montón de mis futuros planes.

—Dime una cosa, Dillon —comencé—. Si te contara que esta semana

quiero volar a Seattle de incógnito durante unas cuantas noches, ¿cómo podrías ayudarme?

—No podría.

—¿Por qué no?

—Porque es arriesgado y casi imposible —adujo—. Tendría que fletar un avión privado, hacer un montón de preparativos y romper todas las normas del personal que aparecen en el libro.

—No te lo estoy pidiendo como miembro del personal —le dije—. Te lo estoy pidiendo como mi único amigo.

Él suspiró y me lanzó una mirada de compasión.

—¿Cuánto tiempo crees que puedo escaparme? —pregunté.

—Una noche, probablemente. Todo un día, si tenemos suerte.

—¿Eso es todo?

—Puede que entre otras seis y doce horas después —prosiguió—. Si fueras feo como tu hermano, te conseguiría toda una semana, porque nadie querría estar contigo.

Lo miré, impertérrito.

—¿Es eso un «sí» a que vas a ayudarme o no?

—Es un «sí», pero tengo algunas preguntas.

—Te escucho.

—Dame un motivo —dijo—. ¿Por qué no puedes esperar hasta dentro de unos meses?

—Quiero conocer la ciudad de verdad antes de mudarme de manera permanente.

—Me refiero al *verdadero* motivo.

—Me gustaría celebrar mi cumpleaños unas semanas antes. Quiero disfrutarlo yo solo.

—Te estoy dando una última oportunidad de no insultar mi inteligencia.

—Me gustaría encontrar a alguien para follar, para poner fin a mi dique seco.

—Gracias. —Puso los ojos en blanco—. En ese caso, ni bares ni fiestas con más de veinte personas dentro, y una visita turística obligatoria, puesto que no podrás hacerlo hasta dentro de un tiempo. ¿Otras peticiones que puedan ponerme de patitas en la calle?

—Me gustaría tener un coche mientras esté allí. Quiero conducir yo mismo.

—Eso queda descartado.

—Sé conducir, Dillon.

—Aquí en Londres, claro que sí —afirmó—. Pero en Estados Unidos conducen al otro lado de la carretera.

—No puede ser tan distinto.

—Bueno... —Se dio unos golpecitos en la barbilla—. Te conseguiré un coche, pero seguiré todos y cada uno de tus movimientos, junto con otros seis miembros de un equipo de seguridad, un médico y otro empleado.

—Cuatro miembros del equipo de seguridad, ningún médico y ningún otro empleado.

—Tyler...

—Casi no puedo tolerar esa mierda aquí, y ya hemos aclarado que no pienso aguantarlo cuando me marche de manera definitiva.

Se hizo un silencio.

—¿Y qué hay de una enfermera, en vez de un médico? —preguntó.

—Trato hecho.

Sacó su móvil y pulsó en la pantalla.

—Pediré unos cuantos favores a hoteles y empresas, pero tienes que estar listo para marcharte durante los tres próximos días para que esto pueda funcionar.

—Me parece perfecto.

—Por cierto, tu padre le ha dicho a la prensa que tienes una cita en una cafetería por la noche con esa princesa danesa de la que se supone que estás enamorado —explicó—. Tu hermana tiene pensado engañarte para que vayas, y se supone que yo no tengo que contarte nada de ello.

Por Dios bendito...

—¿Sabes qué? —Cerré el folleto que estaba leyendo—. ¿Qué tal si hacemos planes para irnos a Seattle un poco antes?

—Define qué es «un poco antes».

—Esta noche.

3

SEQUÍAS Y CUENTOS DE HADAS

AL OTRO LADO DEL CHARCO

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

¿Qué demonios estoy haciendo con mi vida? ¿Cómo puedo reencarnarme en otra persona para volver a empezar?

Me quedaban doce horas para cumplir treinta años, y no tenía nada — absolutamente nada— para demostrarlo. Mi calificación crediticia era tan mala que ni siquiera podía soñar con comprarme un coche, mi apartamento era el ejemplo de lo que se definía como un «estercolero» y mi vida amorosa se limitaba a mi extensa colección de novelas románticas (aparte de los vibradores obsoletos que tenía en el cajón de mi mesilla).

Mientras el tranvía matutino de Seattle recorría las vías, saqué la última portada de *Audio World* y recorrí con los dedos los bordes de la sonrisa de mi mejor amiga, Kristin. Con su *podcast Soltera a los treinta* era ahora la primera *podcaster* del país, y esa era la cuarta portada del mes.

No te compares, Chloe. Ni te atrevas a compararte...

La aparté y saqué otra revista, la edición de ese mes de *Bon Appetit*. Bajo el titular «Conoce a la propietaria de heladería más sexy del país», mi otra mejor amiga, Madison, le guiñaba un ojo a la cámara.

Mis dos mejores amigas eran un año más jóvenes que yo y aparecían en las publicaciones de los medios por doquier, mientras que en la única portada en la que había aparecido yo era la que había publicado mi enemiga de séptimo curso: *Zorras Culogordo de Central Middle School*.

En cuanto a mis logros, podía resumirlos con tres dedos: el primero, no matar a mi jefa; el segundo, no atacar ni cortarle la cabeza a mi jefa, y el tercero, conservar el mismo empleo durante más de seis años y... no matar a mi jefa.

Eso tiene que valer para algo.

—Próxima parada, la heladería Corazones de Hielo, en Pike Place — anunció de repente el altavoz del tranvía—. Por favor, acérquese a la puerta

si este es su destino, y que tenga un buen día.

Me puse de pie, metí las revistas en mi bolso y me dirigí hacia las puertas.

Cuando se abrieron, bajé despacio y paseé por la acera, inhalando el aroma a gofres recién hechos y helado casero.

Como si fuera una turista, hice fotos a las sillas de color rosa y verde pastel que había en el exterior del edificio. Después, leí los carteles de «PRUÉBAME» que había colgados de los ladrillos como si no lo hubiese hecho un millón de veces antes.

En vez de los nombres típicos, tales como «Pastel de cumpleaños», «Crocanti» o «Montaña de chocolate», los sabores de Madison lucían otros mucho más extravagantes, como por ejemplo «Piña deprimida», «Menta nunca más vuelvas a llamarlo», o «El mejor sexo que haya disfrutado nunca». También estaba el «Fóllame, papi (chulo)», «Al rico chocolate (con leche)», o «Que te den (a gustito)», aunque esos solo se sacaban por la noche.

Tras hacer una última foto, empujé las puertas y un sonido silbante inundó la estancia. Cincuenta kilos de purpurina de color rosa y dorado me cayeron encima.

Pero ¿qué coño?

—¡Feliz mierda de cumpleaños por adelantado, Chloe! —gritaron Madison y Kristin a pleno pulmón—. ¡Te queremos mazo!

¿Eh?

Miré a mi alrededor y me di cuenta de que mi nombre brillaba en luces de neón en la pared del fondo. Sobre el mostrador había una pila de regalos con un envoltorio precioso, y en las ventanas había pegadas unas palabras en tono chillón.

«¡Has conseguido muchísimo antes de cumplir los treinta! ¡Eres casi la directora de la editorial, y tú y todos los demás lo sabéis! ☺».

—Creo que está a punto de llorar, Madison —susurró Kristin—. ¿La reconfortamos?

—Creo que no. —Madison negó con la cabeza—. Me parece que todavía anda en eso de «Voy a cumplir treinta mañana y no he hecho nada en la vida». No podemos acercarnos a ese tipo de energía negativa.

Me reí, y ellas me abrazaron con fuerza.

—Gracias. —Las lágrimas me escocieron en los ojos—. Muchas gracias

a las dos.

—Muchas *de nada*s.

Me soltaron y me entregaron lo que siempre me daban todos los años: un sobre de color plata brillante que contenía la primera prueba para la «Búsqueda épica del tesoro de cumpleaños», una tradición que habían comenzado mis padres antes de morir y que ellas dos se negaban a abandonar.

—Aquí tienes. —Kristin me dio una caja rosa chillón—. Abre el mío primero.

Rompí el papel como un niño en Navidad y me quedé congelada al ver el logotipo de Chanel.

—Adelante —me animó—. Abre el resto.

Abrí la tapa con cuidado y sentí que el corazón me daba un brinco al ver la versión auténtica de un vestido de imitación que tenía colgado en mi armario. Era de color rosa coral con lentejuelas brillantes cosidas a mano, me llegaba hasta los muslos, era escotado y tenía, además, una raja larga en el lateral izquierdo.

—No puedo aceptarlo —dije, negando con la cabeza—. ¿No cuesta como unos mil ochocientos dólares?

—Puedo permitírmelo, créeme. —Me dio un beso en la mejilla—. Además, no puedes entrar en la treintena vestida de imitación. Esos días tienen que quedar atrás.

Abracé la tela contra mi pecho, y Madison colocó una caja distinta delante de mí.

—Te he comprado las sandalias de mariposa a juego —dijo—. Por favor, tira las baratas, que se parecen ya más a unas polillas. Tendré que desheredarte si vuelves a ponértelas.

Resoplé y admiré lo bien hechas que estaban las suelas.

—Además, la peluquería de al lado va a cortarte el pelo, que ya te iba haciendo falta, antes de la búsqueda del tesoro —anunció Kristin—. Ese procedimiento de emergencia también corre de mi cuenta.

—Eso no me suena a «regalo de cumpleaños». —La miré con los ojos entrecerrados—. Más bien me parece una crítica, como que Madison y tú habéis estado hablando de mí a mis espaldas.

—También te lo decimos a la cara. —Se rio, y cogió un cono de vainilla—. Hace meses que necesitas que un profesional te haga algo en el pelo.

—*Meses* —ratificó Madison.

—Gracias. —Les saqué el dedo corazón a las dos y, de repente, el peor tono del mundo sonó desde mi bolso.

Mierda, tiene que ser una broma.

—¿Sí, Hazel? —respondí, como de costumbre.

—¡Necesito que vengas a mi apartamento y me ayudes ahora mismo! —chilló—. ¡Por favor! Es una emergencia del nivel del 112, y creo que estoy a punto de morirme.

—¿No deberías llamar entonces al *verdadero* 112?

—Dios, no. Nadie puede enterarse de esto —dijo—. He enviado a Bennie a la heladería de tu amiga para recogerte. Date prisa y ven aquí antes de que sea demasiado tarde.

Colgó, y yo me aguanté las ganas de gritar.

—Puaj, ha sido bonito mientras ha durado. —Kristin me dio unas palmaditas en la espalda—. Esta búsqueda del tesoro ha sido la mejor hasta la fecha. Tus padres estarían muy orgullosos.

—Salvo por la última prueba —añadió Madison—. Es una prueba guarra, así que probablemente presenten una moción para mantenernos alejadas del cielo cuando nos muramos.

—Rogaré por su perdón. —Abrí el arcón congelador para coger unas cucharadas de helado rápidas, pero el chófer de mi jefa aparcó justo delante de la puerta.

—Ahora mismo vuelvo —dije.

Kristin y Madison me lanzaron una de esas miradas que decían «Y yo me lo creo».

Probablemente tengan razón.

Salí y no le di la oportunidad a Bennie de que me abriera la puerta trasera.

—Buenas tardes, señorita March. —Me observó mientras ocupaba el asiento trasero—. Hacía mucho que no la veía.

—Me viste *ayer*, cuando me llevaste a recoger la compra de la señorita Swift, y anteayer, cuando me llevaste a comprar veinte marcas distintas de rímel para un vídeo de TikTok.

—Solo estaba dándole un poco de conversación. —Sonrió—. Abróchese el cinturón, por favor.

Yo obedecí y me recliné contra el asiento de cuero.

—Por favor, ¿podemos tomar la ruta larga, lenta y bonita hasta su apartamento?

—Creo que no. —Su mirada se encontró con la mía a través del retrovisor—. La señorita Swift tiene miedo de morir, señorita March.

—Por eso —contesté—. No deberíamos entrometernos en los designios de Dios.

Él se rio y se unió al tráfico, ignorando mi petición.

A cada semáforo que pasaba, la sangre me hervía más.

Trabajar en la editorial —en la sección de romance, sobre todo— era, en apariencia, un sueño hecho realidad. La descripción del puesto de trabajo contenía, literalmente, todo lo que yo quería en la vida: novelas en tapa dura recién publicadas gratis, la oportunidad de conocer a mis autores favoritos y ejemplares exclusivos de otros libros por anticipado.

Aun así, tras años trabajando para Hazel Swift —una heredera con la cabeza hueca que no sabía *nada* de libros— había aprendido que todas esas cosas tenían su precio, y me faltaba el tiempo libre para pagarlo.

Se había inventado la artimaña de la «emergencia» el día antes de mi cumpleaños todos los años, y no tenía yo derecho a que me sorprendiera. Siempre se le ocurría algún motivo ridículo por el que me necesitaba: «¡Alguien ha arañado mi nuevo par de Manolos antes de la fiesta!», «¡Mi novio acaba de dejarme!», «Estoy teniendo un ataque de pánico y necesito que vengas a agarrarme de la mano»... Y me dejaba tan agotada que terminaba por rendirme y trabajar en mi gran día, postergando los planes para celebrarlo que hubiéramos hecho mis amigas y yo.

Pero ese año no iba a pasar.

Me negaba.

En cuanto me ocupara de su problema inexistente, iba a hacerme ese nuevo corte de pelo, a ponerme mi flamante vestido de Chanel y a pasar la noche en la ciudad con lo que fuera que hubiesen escrito Kristin y Madison para mi búsqueda del tesoro.

Mientras me imaginaba una noche con mi novio sexy de las novelas, Bennie se aclaró la garganta.

—Ya hemos llegado —informó—. Puede pasar.

—Gracias, Bennie. —Salí del coche y pasé mi llave por la puerta de entrada. Después, subí en un ascensor privado hasta la *suite* del ático.

Me preparé para escuchar sus tonterías, empujé las puertas y, de

inmediato, los ojos me sangraron y pidieron a gritos un lavado con lejía. Mi cerebro se decantó por uno de memoria.

Como congelada en el suelo del salón, Hazel estaba completamente desnuda y llorando a cuatro patas.

Di un paso atrás, dispuesta a abandonarla, pero me vio.

—¡Ya era hora de que aparecieras! —lloriqueó—. ¿Puedes lavarte las manos y venir aquí, por favor?

Márchate y deja que se muera, Chloe. Se lo merece.

—¡Chloe! —gritó—. ¡Hazlo ya!

Tiré mi bolso al suelo y caminé como un zombi hacia la cocina. Me tomé un tiempo para enjabonarme las manos. Canturreé el coro de mi canción favorita antes de enjuagármelas, y después me las sequé con una servilleta de papel con toda parsimonia.

—¿Qué está pasando? —dije al acercarme a ella al fin—. ¿Le pasa algo a tu estómago?

—No... Es mi vagina.

—¿Tu qué?

—¡Mi va-gi-na! —Las lágrimas le resbalaron por las mejillas—. El chico con el que me acosté anoche se fue a casa hace horas, pero se ha dejado algo muy doloroso detrás.

Volví a mirar la puerta de entrada.

No podría atraparme.

—Me quema horriblemente, Chloe.

—No sé nada sobre cómo tratar las enfermedades de transmisión sexual.

—Di un paso atrás—. Tienes que llamar a otra persona.

—Se ha dejado el condón —anunció, con voz trémula—. Se me ha quedado dentro, y no puedo cogerlo.

—Y...

—Y necesito que *tú* uses los dedos y que me lo saques. *Ya.*

Puede que tenga que acabar con mi mala racha y matarte este año.

—Está bien. —Saqué mi móvil—. Creo que es mejor que llamemos al 112.

—Si no lo haces, estás despedida y nunca escribiré una carta de recomendación para ningún sitio al que quieras ir. Es decir, nunca dejaría que te marcharas, de todas formas, pero aun así... —Arqueó la espalda—. Ponte con ello.

Me quedé mirándola, sopesando en silencio los pros y los contras de ayudarla con aquello.

¿Pros? Ninguno. ¿Contras? Posible falta de un techo sobre mi cabeza y de unos dedos que nunca volverán a ser los mismos.

—¡Chloe, me está quemando!

Suspiré y me agaché, y sentí que cada gota de dignidad que me quedaba iba desapareciendo. Cogí el espejito de mano que tenía ella entre las piernas y vi un cachito de goma.

—Está justo aquí —dije, agarrándole el dedo índice y colocándoselo sobre el borde—. Cógelo por la banda elástica y tira de él.

Para mi sorpresa, siguió mis órdenes, y yo me volví a tragar la bilis que me salió por la garganta solo de verlo.

—¡Oh, Dios mío, al fin! —Lo tiró al otro extremo de la sala y se dejó caer sobre el suelo—. Me siento mucho mejor ahora.

—Yo me siento peor. —Aparté la mirada—. Ahora me volveré a seguir celebrando mi trigésimo cumpleaños.

—Tu cumpleaños no es hasta mañana.

—Empiezo a celebrarlo un día antes.

—No puedes hacerme esto. —Se irguió, cogió una manta y se envolvió con ella—. ¿Con quién se supone que voy a hablar de todo lo que va a ocurrir en Editorial Canalla hoy?

No respondí.

No me importaba.

Como si pudiese leerme la mente, entrecerró los ojos.

—Sabes que un comprador secreto ha adquirido la empresa hace meses, ¿verdad? Sea quien sea, está insistiendo en traer a su propio director general. Y eso significa que tendré que compartirte, porque quieren a mi mejor asistente durante la transición.

—He llevado a cabo todas las investigaciones que me pediste al respecto y no he averiguado nada —declaré—. Probablemente se trate de algún chico rico y mimado que quiere un cargo y que no trabajará nada.

Me costó la vida no añadir «*Alguien justo como tú*».

—Bueno, vale. —Hizo un puchero, como si fuese una niña pequeña—. ¿En algún momento de esta semana podrás comprarme al fin ese bolso de Gucci del que hablo todo el rato? Te devolveré el dinero cuando mi padre vuelva a darme todas las tarjetas de crédito.

—No tengo el dinero suficiente para gastármelo en Gucci —dije—. A no ser que quieras un llavero.

—Puaj. ¡Deja de ser tan tacaña! —insistió—. Son solo cinco mil dólares.

—Eso es más de lo que gano en un mes.

—¿Qué? —Parpadeó varias veces, mirándome horrorizada—. Eres... ¿pobre? Durante todo este tiempo que te he conocido, ¿siempre has sido *pobre*?

Ay, Dios mío.

—¿Y cómo es eso? —Tenía pinta de ir muy en serio—. ¿Cómo sobrevives con tan poco?

—Con comida barata e imitaciones, supongo —respondí—. De verdad que tengo que irme ya. Tengo que empezar una búsqueda del tesoro.

—Espera. —Cogió su monedero y sacó un montón de billetes de veinte dólares—. Toma... ¿Es suficiente para conseguirte un catre en un albergue para indigentes esta noche?

Puse los ojos en blanco y salí de la *suite* con ganas de tirarme por la ventana del pasillo.

Cuando llegué abajo, me envió otro mensaje.

Hazel (Papá Se Lo Compra Todo) Swift: *¿Puedes volver a subir unos segundos? Creo que tengo otra emergencia. Puede que se hayan dejado otra cosa en mi otro agujero...*

Me envió cuatro mensajes más justo después, pero en vez de volver corriendo como siempre hacía, apagué el teléfono.

No va a echar a perder mi cumpleaños. Este año no.

4

ESTO NO ES TUYO

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

—¡Eh, chica sexy! —me gritó un hombre desde el otro lado de la calle, más tarde—. ¿Necesitas a alguien que te lleve a casa esta noche?

—Si lo necesitas, no lo elijas a él. ¡Elígeme a mí! —gritó otro chico a su lado.

Me sonrojé, los ignoré y me miré en la ventana de Whimstery Café.

Mi pelo, castaño oscuro, caía sobre mis hombros en rizos y me enmarcaba la cara con unas mechas nuevas de color caoba. El vestido de Chanel y los tacones habrían podido convencer a cualquiera de que acababa de salir de una portada de *Vogue*.

Volví a centrarme en mi búsqueda del tesoro y comprobé de nuevo la segunda prueba.

«2ª Prueba del cumpleaños épico de Chloe: Presume de tacones brillantes mientras das un paseo rápido por tu cafetería favorita de Pine Street. Prepárate para recibir una gran explosión de rosa».

Entré en la cafetería y me acerqué a la barra.

—¿Eres Chloe March? —La *barista* levantó la mirada de inmediato—. ¿La chica del cumpleaños?

—Sí.

—Ojalá tuviese yo amigas así. —Me entregó un ramo de globos de color perla y rosa, un café especial y un sobre plateado con la siguiente prueba.

«3ª Prueba del cumpleaños épico de Chloe: En la planta superior de este edificio te espera una sorpresa muy sexy. (Pista: es donde has dicho que querías contemplar las estrellas con todo lujo de detalles. Empieza por F y termina por S)».

Esa prueba me dejó pasmada durante lo que pareció ser una eternidad, y sentí deseos de sacar la lista de respaldo que me habían dado, pero no quería hacer trampas tan temprano.

Me bebí lo último que me quedaba del café y al fin caí en la cuenta.

El Four Seasons.

Corrí por la Primera Avenida y traté de no sonreír ante las largas

miradas persistentes y los silbidos que me siguieron a cada paso.

Un portero me saludó llevándose los dedos al ala del sombrero al llegar a la entrada de mármol y oro del Four Seasons.

—Espero que disfrute de su estancia con nosotros, señorita. —Me miró de arriba abajo—. Avíseme si necesita que haga cualquier cosa, y me refiero a *cualquier cosa*, por usted.

—Lo haré.

—Tome. —Me dejó una tarjeta de visita en la mano—. Llámeme directamente, y me aseguraré de que el personal la ayude en tan solo unos segundos.

Asentí, sintiéndome casi como si encajara allí, y caminé hacia un ascensor abierto.

No había botón para la azotea, ni tampoco ninguna señal que indicara que se podían contemplar las estrellas.

Confundida, volví a leer la pista y pulsé el botón del piso veintiuno.

No se movió.

Le di al veinte.

Nada.

Probé con el diecinueve, y al fin las puertas se cerraron.

Cuando el ascensor se detuvo, me encontré cara a cara con dos hombres con traje azul marino que estaban dando cabezadas.

—¿Disculpen? —Me aclaré la garganta—. Disculpen, ¿cómo puedo llegar a ver las estrellas?

Me respondieron con ronquidos.

Me encogí de hombros y me acerqué hacia la escalera de caracol que había detrás de ellos para subir hasta la planta veintiuno. Seguí un rastro de pétalos de rosa de color azul royal y rojo hacia la derecha, y abrí los ventanales que daban hacia la única estancia que había delante.

Joder...

Solté un jadeo al ver la *suite* de lujo en tonos crema y azul.

Como si el personal hubiese preparado esa habitación para una celebridad de primera, había rosas rojas y lirios recién cortados en cada una de las mesas, unas exuberantes cortinas de color azul royal que llegaban hasta el suelo en suaves ondas y una cama cuyas sábanas de seda estaban cubiertas por pétalos de rosa blancos.

Me quité los tacones, solté mi bolso y me tumbé sobre la cama,

revolcándome como si fuese una niña. Después, abrí el minibar y me serví una copa de champán.

Había una nota en la estantería superior.

«Nos complace ayudarla a celebrar su cumpleaños por anticipado... Esta tarjeta nunca ha existido, por supuesto.

Dirección del Four Seasons».

Saqué el móvil y les envié a Madison y Kristin un mensaje.

Yo: ¡MADRE MÍA! ¡UNA SUITE EN EL FOUR SEASONS! ¡Muchas gracias! Esta es ya la mejor «víspera de cumpleaños» que haya tenido nunca. ¡Los 30 serán ÉPICOS!

Me acerqué a la ventana, aparté las cortinas y admiré las vistas nocturnas. Después, busqué la siguiente pista alrededor.

Recorrí la habitación levantando almohadas y apartando jarrones. Comprobé los armarios y miré debajo de la cama, pero todo estaba vacío.

Me serví otra copa de champán, miré dentro de los cajones de la cómoda y metí la mano debajo de las pantallas de las lámparas.

Nada.

Como último recurso, saqué la hoja de respaldo de mi bolso y busqué la pista número cuatro, pero el sonido del agua al correr me dejó de piedra.

¿Hay alguien más aquí?

El agua provenía de la parte derecha de la *suite*, más allá del pequeño pasillo de orquídeas que todavía no había explorado.

Le siguió un profundo zumbido, y el agua cayó con fuerza, como la lluvia, para después quedarse tan solo en una llovizna.

Me guardé el móvil en el bolsillo del vestido y cogí el paraguas que había junto a la cama. Luego, fui acercándome poco a poco al baño con él levantado, en la posición perfecta para reventarle la cabeza al intruso con su mango de madera.

Entonces el agua dejó de correr de repente y escuché que se deslizaba hacia el desagüe.

Agarré el paraguas con toda la fuerza que pude, inspiré hondo y doblé la esquina.

—No sé quién eres, pero tienes que largarte ya de mí...

Me quedé con la frase a medias al toparme con el hombre más guapo que hubiese visto en mi vida, justo delante de mí.

Él solito hizo que todos los novios literarios que había leído quedaran a la altura del betún y que todos los modelos de las portadas de *GQ* pasaran a la columna de normalitos.

Iba vestido con solo una mullida toalla blanca que le colgaba de las caderas. Las gotas de agua le resbalaban por el pelo castaño oscuro y caían sobre su pecho musculoso.

Seguí el camino de una de las gotas al recorrerle los abdominales, que parecían una tableta de chocolate, bajar por una «V» perfectamente esculpida y continuar descendiendo hasta detenerse en la enorme tienda de campaña que hizo que se me cayera el paraguas de golpe.

JO-DER.

Ladeó la cabeza, ofreciéndome una vista perfecta de su perfilada mandíbula y sus impresionantes ojos de color almendra.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita? —Su marcado acento británico me pilló totalmente desprevenida.

—Yo... —Me esforcé por hablar durante unos segundos—. Necesito que te largues de mi *suite*.

—¿Disculpa? —Sonrió, mostrando sus relucientes dientes blancos—. ¿Estoy en tu *suite*?

—Sí, estás en mi *suite*. —Recogí el paraguas—. Así que termina lo que sea que estuvieses haciendo aquí y márchate. Si no, me veré obligada a utilizar esta peligrosa arma.

—Sí. —Miró el paraguas—. Parece muy peligrosa.

—Tienes cinco minutos.

—Debo decir que estoy impresionado con tus tácticas. —Su mirada me recorrió el cuerpo, y sentí que el corazón me daba un vuelco—. Estás demostrando un juego excelente.

—No estoy jugando a nada.

—Claro que sí —dijo—. Sin embargo, siempre y cuando firmes un contrato de confidencialidad y me prometas que no vas a publicar nada hasta mañana, dejaré que me saques una foto.

—¿Una foto de *qué*?

—Mía, por supuesto.

¿Este tío va en serio?

—Tendrás que dejar que me vista primero. —La toalla se le deslizó un poco, y la agarró con rapidez—. Seguro que entenderás que una foto mía con este aspecto no puede ser.

Me quedé mirándolo, totalmente confundida.

Fuese tope sexy o no, estaba como una cabra.

—¿Por qué iba a querer una foto tuya? —pregunté.

—¿No es evidente?

—Eeeh... no. —Hice un gesto de exasperación—. Ya conozco a muchos tíos buenos que están de la olla. No necesito tener un recordatorio en el teléfono.

Él parpadeó varias veces, y traté de no desviar de nuevo la mirada hacia la toalla, que volvía a caérsele, y que él no estaba sujetando.

—Por favor, no me obligues a llamar a seguridad. —Saqué el móvil—. Lo haré ahora mismo si no te pones algo de ropa.

Se quedó quieto, con un aspecto tan confundido como el mío.

Miré mi pantalla y vi que tenía unos cuantos mensajes de Madison y Kristin.

***Kristin:** ¿Es la «Suite en el Four Seasons» una nueva copa de la carta del Festival Suns?*

***Madison:** ¡Ohhh! ¿Han remodelado/vuelto a renombrar una de sus secciones?*

***Kristin:** Me alegro de que estés teniendo la mejor víspera de cumpleaños. Estoy deseando culminarla con una cena especial dentro de un par de días. (Te hemos enviado 400\$ por el móvil para que los gastes en lo que quieras comer esta noche, por cierto).*

¿El FESTIVAL SUNS? ¿Qué demonios...?

El Tipo Sexy con Toalla seguía mirándome todavía, observándome con atención mientras llamaba a Kristin.

—¿Has ido ya a la parte izquierda de la azotea? —respondió tras el primer tono—. Se supone que el segundo camarero tiene preparada una ronda especial de aperitivos y tequila sunrise gratis para ti.

—Dijiste que la tercera pista estaba en la última planta de un edificio que empezaba por «f» y terminaba por «s» —conseguí decir al fin.

—Sí, el Festival Suns empieza por «f» y termina por «s», ¿no?

—También el Four Seasons...

—¡Ja! Como si alguna vez pudiésemos permitirnos la *suite* del ático allí. Cuesta como unos veinte mil de los grandes en temporada baja.

—Vale, bueno... —No pude evitar percatarme de que el Tipo Sexy con Toalla me sonreía con satisfacción—. Creo que ha habido una pequeña confusión.

—¿Eh? ¿Qué tipo de confusión, Chloe?

—Una de la que creo que nunca me recuperaré.

—¿Chloe? ¿Por qué me parece que estás a punto de hiperventilar?

—No lo estoy —mentí—. Tengo que colgar. Te llamaré después.
Colgué.

—¿Y bien? —El Tipo Sexy con Toalla se abrochó un reloj de diseño en la muñeca—. ¿Cuánto tiempo me queda exactamente hasta que avises a seguridad para que vengan a por mí? ¿O quieres que te dé la foto que has venido buscando antes de que los avise yo para que vengan *a por ti*? Sea como sea, estoy seguro de que pillarme así te ha dado una buena alegría. Apuesto a que presumirás de ello durante años...

—¿Sabes qué? Tienes razón —concedí—. Pasará un tiempo antes de que me tropiece con otro cabrón engreído y arrogante en mi vida, así que necesito una foto tuya que me recuerde el aspecto que tienen.

—Estás siendo sarcástica, ¿verdad?

—*Evidentemente*. —Salí del baño a toda prisa antes de avergonzarme todavía más.

Me tropecé y casi caí sobre el suelo de mármol. Recogí mis zapatos y los globos, y después salí pitando de la *suite*.

Escuché que algo se caía al suelo, pero no me atreví a mirar atrás.

No quería despertar a los tipos que había dormidos abajo, así que corrí en dirección contraria, buscando unas escaleras de emergencia.

Cuando encontré la puerta, las cuerdas de los globos se enredaron con el picaporte.

—No, no, no. —Tiré de ellas—. Venga, vamos...

Mientras soltaba la última, alguien me llamó por teléfono.

Hazel.

Por una vez, me sentí eufórica al tener noticias tuyas.

—¿Sí, Hazel? —respondí.

—He decidido dejar que disfrutes de tu noche antes del cumpleaños.

—Eeeh... ¿gracias?

—Creo que necesito un poco más de gratitud que eso —afirmó—. Después de todo, no has respondido a mis llamadas ni a mis mensajes durante horas.

No dije nada.

—Vale, vale. Ya basta de mi lado agradable y generoso. —Necesitaba una lobotomía sin falta—. El chico con el que me acosté anoche va a repetir conmigo, así que necesito que estés lista a eso de las tres de la madrugada por si acaso me hace falta que me ayudes con..., bueno, ya sabes, eso otra

vez.

Retiro lo de sentirme eufórica al tener noticias tuyas.

—En fin, ¡que lo pases muy bien esta noche! —Puso fin a mi sufrimiento al colgar, y yo abrí la puerta de las escaleras.

—Espera, espera. —El Tipo Sexy con Toalla me agarró de la muñeca antes de que pudiera bajar corriendo. Todavía no llevaba nada de ropa puesta—. Dame unos segundos, por favor.

—De verdad que no tengo ningún interés en sacarte una foto, ¿vale? —Aparté la mano con rapidez—. Siento lo de la confusión, en serio, pero tienes que superar lo tuyo.

—Soy yo quien te debe una disculpa. —Sonrió—. No debería haber supuesto que querías una foto mía.

—Disculpa no aceptada.

—También quiero disculparme por portarme como un chulo.

—¿Un *chulo*?

—Creo que aquí lo llamáis «gilipollas».

—Sí, bueno... —Me percaté de que tenía hoyuelos en las mejillas—. Esa disculpa está un poco menos no aceptada.

—Una de dos me parece justo. —Me miró la raja del vestido—. En realidad, esperaba encontrar a un lugareño que me enseñara la ciudad esta noche. Quizá podamos ayudarnos el uno al otro.

—¿Estás de broma?

—Voy bastante en serio. —Se acercó más y acortó la distancia que había entre los dos—. Creo que al menos deberías considerar mi oferta.

—¿Qué es lo que me estás proponiendo exactamente?

—Te acompañaré en tu búsqueda del tesoro. —Me dio la hoja arrugada con las pistas, que se me había caído—. Yo lo pagaré todo, pero tienes que dejar que conduzca mi coche y decirme adónde vamos de antemano.

—Ah, así que... deja que adivine el resto: cuando acabemos, querrás atarme a tu cama, ¿no?

—Si es eso lo que quieres, lo haré encantado.

—Me refería a que vas a matarme.

—Yo me refería al sexo.

Las mejillas se me pusieron coloradas cuando se echó hacia delante y me metió un rizo detrás de la oreja.

—No te haré daño. —Se detuvo antes de continuar—. Yo también voy a

celebrar mi cumpleaños este fin de semana.

—No te creo —espeté—. ¿Cuántos vas a cumplir?

—Treinta y cinco.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—William —respondió—. ¿Y tú?

—Mia.

—En tu hoja de la búsqueda del tesoro pone Chloe.

—Se pronuncia Mia. El resto de letras son mudas.

Él soltó una carcajada.

—Me estás poniendo esto muy difícil.

—Vale —contesté—. Encantada de conocerte, William.

—Encantado de conocerte a ti también, Chloe.

—No te lo tomes como nada personal, pero si acepto salir contigo, necesitaré que me entregues algo como garantía —añadí—. Te lo devolveré cuando me dejes en casa.

—Ya veo. —Se quitó el reloj y me lo puso en la muñeca—. Es una reliquia familiar. Vale más de doscientas mil libras.

—Pero ¿cuánto has pagado *tú* por él?

—¿Qué? —Una sonrisa lenta le iluminó la cara, y sus hoyuelos se hicieron más profundos.

—Solo preguntaba —proseguí—. Yo me compré este bolso de mano en Canale Street, en Nueva York, hace años. Pagué cincuenta dólares, pero aparenta unos quinientos.

—Me lo regaló mi madre —respondió, sin dejar de reír—. ¿Hemos llegado a un acuerdo, Chloe?

—Solo si tienes pensado ponerte algo de ropa de verdad.

—¿Quieres que lo haga?

No.

—Por favor, sí.

—Vale. —Me ofreció la mano para que se la estrechara, y me provocó una descarga por todo el cuerpo.

—Trato hecho.

5

UN JUEGO DE MANOS

SEATTLE, WASHINGTON

TYLER

Podría quedarme mirando a esta mujer durante horas. Mejor dicho, durante días.

Chloe se paseó por el recibidor de mi suite, observando cómo ataba los globos de su cumpleaños en torno al cuello de un jarrón.

Era, oficialmente, la mujer más sexy que había conocido. Su vestido ajustado color rosa iba a quedarse grabado en mi memoria durante los meses venideros, y sus labios con forma de arco me tentaban con cada tenue suspiro que abandonaba su boca.

Estaba hablando consigo misma, murmurando con suavidad: «*No te lo tires, Chloe... Estás soltera, pero no te lo tires*», como si no pudiera escucharla, pero no me atreví a reconocer que sí podía.

Antes de que irrumpiera en mi baño, tenía pensado dar la noche por acabada, puesto que ninguna de las discotecas ni bares cumplía con las normas de Dillon. Me había marchado de Londres con tanta prisa que había pasado por alto que era sábado.

El día más ajetreado de la semana.

—¿Adónde vamos a ir primero, Chloe? —pregunté.

—Cena en la torre Space Needle —contestó—. Hay un restaurante en lo alto que se llama Loupe Lounge. Llevo años queriendo probarlo.

—¿Hay mucha gente a estas horas de la noche?

—No, es prácticamente un lugar fantasma, sobre todo porque...

—¿Porque qué?

—Porque es muy caro. —Evitó mirarme—. Puedo aportar cuatrocientos para la cuenta, cortesía de mis amigas.

—No te preocupes por eso. —Fui hacia la puerta, la mantuve abierta y le hice una seña para que saliera primero.

Sus tacones brillantes resonaban contra el suelo de mármol, y me los imaginé en torno a mi cintura al acabar la noche.

Mientras cerraba la *suite*, miré hacia abajo, por la escalera de caracol, donde estaban mis dos escoltas junto al ascensor. Nos daban la espalda, y parecían centrados en la nada que tenían delante.

¿*Cómo ha conseguido pasarlos de largo?*

—Debe de haber alguien muy importante alojándose al otro lado del pasillo de tu *suite* —murmuró—. Creo que esos tipos tienen que sentarse ahí y quedarse vigilando todo el día... Estaban dormidos cuando subí.

—Ah, claro que sí. —Sonreí—. Bueno, espero que no nos tropecemos con la persona a quien quiera que estén protegiendo. Cojamos el ascensor en la siguiente planta para que no nos molesten.

—Vale.

Le coloqué la mano en la parte baja de la espalda y la acompañé hacia la escalera de emergencias. Bajamos hasta el piso veinte —que Dillon también había despejado para mí— y entramos con rapidez en un ascensor libre.

—Planta P —dijo la voz automática cuando se cerraron las puertas—. Parking privado. Por favor, escanee la llave de su habitación para entrar.

Hice lo que me indicaba, y miré de reojo a Chloe.

Una pequeña parte de mí pensaba que era demasiado buena para ser verdad, que seguía haciendo el papel muy bien ensayado de «No tengo ni idea de quién eres», pero otra parte se sentía aliviada de que pareciera no conocer mi estatus ni tampoco estar interesada en absoluto en él.

Aun así, no pude evitar preguntar algo que me estaba inquietando.

—¿Por qué estás soltera, Chloe?

—No lo estoy. Tengo novio, vamos muy en serio.

—¿Cómo se llama?

—Tyler.

—¿Qué? —Sonreí—. ¿Cuánto tiempo llevas saliendo con él?

—Muchísimo. Años. Lo más seguro es que nos casemos pronto.

—¿Así que tu prometido no tiene problema con que entres en una *suite* de hotel de otro hombre con ese vestido puesto?

—Vale, guau. Aunque hubiese sabido que era tu habitación —dijo—, cosa que, evidentemente, no era así, está muy seguro de nuestra relación.

—Si vas a salir conmigo, no debería estarlo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Exactamente lo que he dicho.

Las mejillas se le encendieron.

—Sabe que voy a volver con él a casa al acabar la noche.

Pulsé el botón de parada de emergencia y el ascensor se detuvo de inmediato.

—¿Es eso cierto?

—¿Qué estás haciendo?

—Preguntándote algo —contesté—. ¿De verdad tienes novio?

—¿Importa?

—Sí. —Me acerqué más a ella—. Porque si fuese así, deberíamos acabar la noche aquí y ahora.

—Bueno, si es eso lo que opinas, me bajaré ahora mismo.

No hizo ningún movimiento para volver a activar el ascensor.

Apoyé las palmas de las manos en la pared del fondo, atrapándola, para mirar directamente sus ojos de color verde claro.

—Deja que vuelva a preguntártelo —anuncié, dándome cuenta de que tenía un pequeño lunar sobre el labio superior, y su respiración se ralentizó con cada una de mis palabras—. Pienso de verdad que eres la mujer más guapa que he conocido nunca. Si sales con otro, puedo aceptarlo, pero no me torturaré quedándome a tu lado de manera voluntaria mientras sé que jamás podría tenerte. —Tomó aire con lentitud y nerviosismo—. ¿Estás pillada de verdad, Chloe?

—No... —Su voz sonó como un murmullo.

—Bien. —Le acaricié los rizos con los dedos, inhalando el suave aroma de su perfume a fresa y menta. Después, me obligué a detenerme antes de ceder a la tentación de probar sus labios.

Me separé, di un paso atrás y pulsé el botón de arranque.

Cuando las puertas se abrieron hacia el parking privado, Dillon estaba apoyado contra un coche negro. Nos miró al uno y luego al otro, con los ojos casi fuera de las órbitas.

—Buenas noches desde el Four Seasons —dijo, con su mejor acento americano—. ¿Puedo ayudarlos en algo a estas horas?

—En absoluto, señor. —Le sonreí—. Vamos a salir un rato.

—¿Un *rato*? ¿Sin la cobertura adecuada? —Entrecerró los ojos—. ¿Y sin haber avisado con antelación? —Chloe me lanzó una mirada de confusión, y Dillon soltó un suspiro—. Solo me preocupo porque está lloviendo, y ambos van muy bien vestidos —explicó—. No me gustaría que alguien los viera... empapados, ya saben.

Sacó mi gorra de su mochila y me dio su paraguas favorito.

—Este hotel piensa en todo —dijo Chloe.

—Sí. —No aparté la mirada de Dillon—. Es cierto.

—¿Van a algún lugar en particular? —Se negaba a ceder—. Tengo algunas *recomendaciones* que me encantaría darles.

—Vamos a cenar en la Space Needle —intervino Chloe—. No creo que necesitemos nada, la verdad.

—Está bien saberlo.

Pasé a su lado, empujando a Chloe con suavidad hacia un Audi negro con los cristales tintados.

—Pensaba que ibas a conducir tú —dijo.

—Y voy a hacerlo.

—Entonces, probablemente deberías acompañarme al otro lado del coche.

—Ah, es verdad. —Se me había olvidado lo de conducir a la derecha con mucha facilidad.

Me acerqué al lado del pasajero y la ayudé a tomar asiento antes de ponerme tras el volante.

Como le había prometido a Dillon, esperé a ver por el retrovisor que mis otros dos escoltas se metían en otro coche y me enviaban la señal de «Ya puedes salir».

Saqué el coche del garaje primero, y después me siguieron durante una manzana antes de adelantarme.

—¿Te importa encender la calefacción de los asientos? —pidió Chloe.

—En absoluto. —Pulsé el botón—. ¿Quieres que apague el aire acondicionado también?

Ella negó con la cabeza.

—No, solo necesito que se me sequen las bragas.

—¿Qué?

—Nada... —Las mejillas se le pusieron más coloradas que nunca en esa noche—. No has escuchado nada.

He escuchado muy bien cada una de tus palabras.

Conduje en silencio, siguiendo a mi equipo, y no pude evitar darme cuenta de que el vestido se le subía por los muslos cada vez que giraba una esquina, y que cruzaba, descruzaba y volvía a cruzar las piernas siempre que me miraba.

6

DEMASIADAS COSAS, DEMASIADO PRONTO

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

¡Plas! ¡Plas! ¡Plas!

Los limpiaparabrisas luchaban contra la lluvia mientras el coche surcaba las calles mojadas de Seattle. Yo estaba más que agradecida por su distracción, por ayudarme a evitar que me agachara y oliera la colonia embriagadora de William. O, lo que era peor, que le desabotonara los botones restantes de la camisa negra que marcaba todos sus músculos.

Sentí que me observaba en muchas ocasiones, y me esforcé al máximo por no rendirme y mirarlo yo también demasiadas veces.

Aparcó justo debajo de la entrada de la torre Space Needle, y me di cuenta de que el aparcamiento estaba vacío por completo.

Qué raro...

—¿Crees que les importará si aparcamos aquí? —preguntó.

—No, no creo. —Estiré el cuello en busca de los empleados que solían vigilar el edificio por la noche, pero no había ni rastro de ellos.

—En ese caso, quédate aquí —ordenó—. Te ayudaré a bajar.

Salió a la lluvia y abrió un paraguas antes de caminar hasta mi puerta. Me agarró de la mano, me colocó a su lado y me acompañó hasta la entrada.

—Buenas noches —saludó un empleado al abrir la puerta, cuando nos acercamos—. El ascensor a Loupe Lounge está al final del vestíbulo, a su izquierda. Espero que disfruten de su cena.

—Espera —susurré—. No nos han pedido que paguemos el pase nocturno especial.

—En ese caso, finjamos que las normas usuales no se nos aplican esta noche.

Yo asentí. La idea me parecía perfecta.

—¿Qué tal si subes en el ascensor primero? —dije—. Me parece que no necesitamos subir juntos, dado tu historial reciente.

—Me comportaré. —Se rio, pero me mantuvo a su lado mientras

subíamos.

Durante el trayecto, me acarició con suavidad la parte baja de la espalda. Me mordí el labio para evitar emitir ningún sonido.

Cuando las puertas se abrieron, una mujer con un traje rojo apareció delante de nosotros.

—Bienvenidos a... —Miró a William y la mandíbula se le desencajó tanto que casi le llegó al suelo—. Eh... Um... —Se sonrojó, pero se recuperó con rapidez—. Bienvenidos a Loupe Lounge. Permítanme acompañarlos a nuestra mejor mesa junto a la ventana.

¿Y ya está?

En las ocasiones en que había hecho reservas para Hazel, esa gente me había pedido de todo, menos una muestra de sangre, para poder tener acceso a una mesa. Y, aun así, te hacían esperar durante semanas.

La seguimos a lo largo de un salón vacío y nos detuvimos ante una mesa en los ventanales del centro, con vistas perfectas al canal Puget.

—Esta noche tenemos varias opciones de cinco platos, pero pueden pedir lo que deseen a la... —se quedó mirando a William mientras este me ofrecía una silla— a la carta. El chef Bryce estará con ustedes en unos momentos.

Murmuró algo por lo bajo, algo que a mí me pareció «*No puede ser él...*», antes de marcharse.

—¿Por qué no le has preguntado a ella si quería una foto tuya? —inquirí—. Me parece que estaría encantada, la verdad.

—Lo pensaré cuando nos marchemos.

—Por favor, dime que estás de broma.

—Lo estoy, pero solo porque creo que la vendería.

—¿De verdad crees que eres tan guapo?

—No lo sé. —Sonrió con arrogancia, confirmándolo—. Dímelo tú.

—Estás un pelín por encima de la media —respondí, y su sonrisa se amplió todavía más—. He visto hombres mucho más sexys.

—¿Dónde?

No respondí, y él se rio. Después, me hizo un gesto para que cogiera la carta, pero la selección de platos me hizo dudar.

Dieciocho dólares por un acompañamiento de patatas fritas era escandaloso, y tuve ganas de sugerir que fuésemos a McDonald's.

—Te prometí que lo pagaría todo. —De alguna manera, me había leído

la mente—. Lo digo en serio.

—¿Qué selección de cinco platos tendré el placer de prepararles esta noche? —Un chef apareció delante de nosotros y nos sirvió dos copas grandes de vino.

—Yo tomaré lo que tome ella —dijo William.

—¿Y qué va a ser, señorita?

—La opción Coastal Perfect.

—Excelente elección, señorita. —Miró a William—. Es todo un placer poder servirle, señor. Gracias.

—No, gracias a usted.

Se marchó, y William me colocó la mano en el muslo desnudo. Ese mínimo contacto me puso todos los nervios a flor de piel.

Cogí mi copa y casi me la bebí de un trago.

—¿A qué te dedicas? —preguntó, acariciándome la piel con suavidad.

—Se supone que trabajo en proyectos de marketing para autores de romántica —respondí—. Aunque me paso más tiempo haciendo el trabajo de mi jefa y atendiendo sus recados. ¿Qué hay de ti?

—Estoy entre un proyecto y otro.

—¿Y el nuevo es más prometedor que el anterior?

—Un millón de veces más.

—¿Es aquí o en Inglaterra?

—Aquí. —Sonrió—. ¿Qué te hace pensar que soy de Inglaterra?

—El acento, evidentemente. Aunque, claro... —señalé su gemelo—, la bandera del país es un claro indicio también.

—Un pequeño descuido —contestó—. Dejando a un lado la confusión, ¿dónde se suponía que debías ir en realidad a por la pista de tu búsqueda del tesoro?

—A un bar exclusivo que se llama Festival Suns. Tenía tequila gratis esperándome.

—Me alegro de que no hayas llegado —anunció—. Por si sirve de algo, no tenía pensado pedirte que te marcharas de mi *suite*.

Me sonrojé. No tenía ni idea de cómo responder a aquello.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte en la ciudad? —Cambié de tema.

—Solo esta noche y un poco de mañana —respondió—. Hasta que me mude aquí de manera permanente dentro de unas semanas, es decir. Si pudiera quedarme más, lo haría.

—Si pudiera escapar de mi vida aquí e irme a otro país para pasar una noche, yo tampoco me perdería esa oportunidad.

—¿Y por qué?

—Porque me siento atrapada aquí —admití—. Mi trabajo ocupa la mayor parte de mi vida, pero no puedo dejarlo porque es todo lo que tengo y... Es estúpido y difícil de explicar. Lo siento.

—No lo sientas. —Parecía sincero—. Lo entiendo a la perfección. ¿Tienes otras vías de escape?

—Dos —afirmé—. La primera es leer siempre una novela para escaparme hacia el mundo de otra persona durante un rato.

—Yo también hago lo mismo. —Sonrió—. ¿Y la segunda?

—Abro Tinder e invito a alguien para que se acueste conmigo.

Arqueó una ceja.

—No me pareces de las que practican sexo sin ataduras, Chloe.

—Bueno, pues te equivocas, porque sí. Practico un montón de sexo, todo el tiempo. —No estaba segura de por qué necesitaba mentir—. Hasta he oído que mis habilidades son alucinantes.

Se llevó una copa de vino a los labios con la mano que tenía libre y le dio un sorbo lento.

—¿Así que tienes un montón de experiencia en el dormitorio?

—¿Me estás juzgando?

—Nunca lo haría —afirmó—. Solo me estoy imaginando cosas.

—Bueno, sí. Tengo mazo de experiencia.

—Entonces, a lo mejor puedes enseñarme algunas cosas.

—¿Cómo? ¿Es que eres virgen?

—¿Acaso lo parezco? —La expresión de su cara me confirmó que distaba mucho de serlo.

Por suerte, un camarero apareció para rellenarme la copa de vino y, segundos más tarde, nos trajeron el primer plato.

William relajó su presión en mi muslo y devoramos la comida en un silencio cómodo (y por «cómodo» me refiero a «terriblemente difícil», porque estaba casi segura de que se lamía los labios de una manera especial, entre sorbitos, a propósito).

—¿Ocurre algo? —preguntó a mitad del tercer plato.

—Sí. —Me levanté y acerqué mi silla a la mesa—. Necesito salir antes de que sirvan el siguiente plato.

—¿Ahora?

Corrí al exterior sin darle una respuesta.

7

MÓNTATE CONMIGO

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

No puedo respirar.

Agarré la barandilla mientras me caían gotas finas de lluvia por el cuerpo.

Necesitaba un descanso del aluvión de miradas encendidas que me había lanzado William a lo largo de toda la cena. Cada vez que se encontraban con los míos, sus ojos parecían decirme: «¿Sigues mojada por mí?», «¿Cuándo vamos a follar?» y «¿De verdad crees que no vas a venir esta noche a casa conmigo?».

A esas alturas tenía las bragas mojadas sin remedio alguno, y había desistido de cualquier intento de mantener una charla ligera con él. Nada podía disolver la profunda tensión que existía entre los dos.

La puerta se abrió a mi espalda, pero no necesitaba darme la vuelta para saber que era él. Sus pesados pasos golpearon el hormigón húmedo, y se colocó detrás de mí, sujetando un paraguas por encima de mi cabeza.

No dijo nada durante unos segundos, y no pude evitar respirar su aroma sexy.

—¿Estás buscando algo en concreto aquí fuera? —preguntó.

—Lo siguiente en mi búsqueda del tesoro —mentí. Ya había descubierto hace mucho lo que era.

Con su mano libre, me agarró de la cintura y me dio la vuelta.

—¿Cuál es la pista?

—«Baila con tus tacones nuevos bajo el cielo nocturno, en algún lugar donde la lluvia no sea una molestia» —dije—. Es la penúltima, hasta mañana.

—Me parece que tus amigas te están enviando a una discoteca.

—Eso creo yo también.

—Mmm. ¿Y la última de esta noche?

«El complemento perfecto a tu colección de lecturas eróticas, hasta que

encuentres a un chico que pueda satisfacer tus necesidades».

Me sonrojé con solo de pensarlo.

—Es privado.

—Por lo que he visto, es algún tipo de juguete erótico. Aunque, para tratarse de alguien que practica tanto sexo sin compromiso, no sé para qué ibas a necesitarlo.

Solté un bufido.

—¿Has leído mi lista?

—Sí. —Sonrió y me apretó la cintura con suavidad—. Tenía curiosidad.

—¿Sabes qué? Creo que ahora mismo estás demasiado cerca de mí.

—Pues dime que me aparte.

No pronuncié palabra. Lo único que pude hacer fue mirarlo. Bajo las luces de neón de la torre, me parecía alguien a quien había visto antes, pero no supe situar dónde.

¿De qué te conozco?

—Eres una maldita fantasía, Chloe —dijo, haciéndome olvidar esa línea de pensamientos. Me recorrió con un dedo la carne abultada de mis pechos, y entonces los empleados aparecieron en la terraza.

Colocaron una mesa y unas sillas, y las resguardaron con una carpa enorme. Después, dejaron una botella de vino nueva y cuatro platos cubiertos.

—Ya están servidos los últimos platos —anunció el chef; sacó una silla y me miró—. ¿Señorita?

William me acompañó a mi asiento, y esperé a que él tomara el suyo antes de coger el tenedor.

—Me gustaría saltarme la parte de la parada en la discoteca que hay en tu lista —anunció—, si es posible.

—¿No se te da bien bailar?

—Se me da *genial* bailar.

—Y, entonces, ¿por qué? —Arqueeé una ceja.

—Es una larga historia —respondió, con aspecto ligeramente melancólico por primera vez en la noche.

Me metí una albóndiga diminuta en la boca. Yo tampoco tenía ningunas ganas de ir a una discoteca.

La noche ya me iba bien sin ella.

—Si nos lo saltamos, tendrás que compensármelo de alguna manera —

advertí.

—Estaré encantado de hacerlo.

—En ese caso, nos queda lo que tú quisieras hacer para celebrar *tu* cumpleaños. ¿Quieres ir a uno de esos recorridos turísticos nocturnos?

—No. —Negó con la cabeza—. Preferiría hacer alguna locura que no puedo hacer en casa. Nada típico de los cumpleaños.

Di unos golpecitos con el pie debajo de la mesa. Había algo que quería hacer sin falta todos los años, pero Madison y Kristin eran demasiado profesionales —y demasiado miedosas— como para siquiera pensarlo. Por mucho que insistiera en que iba a ser «épico», siempre me lo negaban.

—¿Quieres fumar marihuana y montar en The Great Wheel? —pregunté.

—¿Perdona?

—Como tengo la peor jefa del mundo, de vez en cuando tengo que fumar un poco de marihuana para poder soportarla, así que... —Abrí el bolso y le enseñé unos porros enrollados a la perfección. Después, señalé la noria gigante que había en el muelle—. Deberíamos fumárnoslos todos y montarnos —dije—. Después, si nos queda tiempo, usaré la copia de las llaves de la heladería de mi amiga para tomarnos el último postre, y pondremos fin a la noche.

Se quedó callado durante un rato, y parecía debatirse entre dejarme allí sola o abrazarme.

—Si te preocupan los ojos rojos, no hace falta. Tengo el *kit* ideal. —Saqué unas gotas oculares, un paquete de mini Twinkies y tres pares de gafas enormes—. Nadie sabrá nunca que estamos colocados, pero, si no te apetece, podemos hacerlo todo sobrios, claro.

—No estoy preocupado en lo más mínimo por nada. —Cogió los Twinkies y un par de gafas—. Me gustaría unirme al plan.

—¿A la parte de la noria y los postres o a la de la hierba?

—A todo.

UNA HORA MÁS TARDE

Más alegre que unas castañuelas, empecé a reír cuando la noria ascendió hacia el cielo nocturno. William me puso su chaqueta sobre los hombros y no apartó su mirada de la mía mientras girábamos.

Por algún extraño motivo, teníamos la noria solo para nosotros. Y lo que era más: no había ni una sola persona en ninguna parte del muelle, lo

cual era de lo más raro para tratarse de un sábado por la noche.

Cuando nos estábamos acercando a la parte baja, señalé hacia el fotomatón.

—Deberíamos hacernos unas cuantas fotos juntos allí antes de marcharnos.

—¿Has cambiado de opinión sobre lo de mi foto?

—No. Todas ellas serían para ti, porque no puedes dejar de mirarme. Además, después de esto, también quedas fuera de mi lista de compis porretas. Estás demasiado tranquilo cuando te colocas.

Se rio, se acercó y sus labios se posaron sobre los míos. Al principio, con suavidad; después, con posesión.

Me agarró del cuello y deslizó la lengua dentro de mi boca, tomando el total y absoluto control de ella. Me rendí, me subí a su regazo, cerré los ojos y lo dejé poseer mi boca durante lo que pareció una eternidad.

Giramos cuatro veces más sobre la ciudad antes de que el encargado detuviera la noria en seco.

¿Por qué se parece tanto el encargado a ese tipo que vimos en el aparcamiento del hotel?

William me ayudó a bajar del cubículo, me agarró de las caderas y me aplastó contra la puerta metálica. Sin mediar palabra, sus labios volvieron a adueñarse de los míos, y sus dedos se enredaron en mi pelo. La polla se le puso dura contra mi cuerpo, y yo solté un gemido contra su boca.

—Deberíamos volver a mi hotel —susurró.

—Sí. —Asentí, jadeante—. Ahora mismo.

8

MÁS ATREVIDA QUE NUNCA

CHLOE

—*Joder...*

William negó con la cabeza cuando doblamos la esquina del Four Seasons. Había un montón de gente apiñada en la puerta principal, y la cola de entrada al aparcamiento doblaba la manzana.

—Hay un concierto muy importante en la ciudad esta noche —dije—. Uno de los artistas debe de haberse alojado en tu hotel. Seguro que los ascensores serán una pesadilla. ¿Quieres probar en mi casa?

—Sin pensármelo dos veces.

Durante todo el camino en que lo guie hasta mi casa, no dejó de acariciarme el muslo.

Al acercarnos a mi edificio, William metió el coche en un callejón.

Fingí no ver a tres tíos montar una tienda bajo la puerta de salida, ni al indigente que siempre me incordiaba para que le diera mi café por las mañanas.

—¿Debería preocuparme por dejar mi coche aquí? —preguntó.

—No, pero deberías pensar en cambiarlo de sitio dentro de un par de horas.

—Está bien saberlo.

Caballeroso como siempre, me ayudó a salir del coche y me dejó pasar delante para guiarlo.

Las luces del pasillo parpadeaban de manera descontrolada, y los suelos de madera desgastados crujían al pisarlos. Cuanto más nos acercábamos a mi piso, más rápido salía de mi trance e iba recordando dónde vivía yo en realidad y lo desordenada que había dejado mi casa.

Mierda. No puedo dejar que vea el interior de mi apartamento.

—Lo he pasado genial esta noche contigo, William —murmuré, delante de mi puerta—. Creo que este cumpleaños se quedará dentro de los tres primeros puestos de entre los de todos los tiempos.

—Yo opino lo mismo. —Me apretó la cintura con más fuerza—. Ahora,

deberías abrir la puerta de tu piso.

—Quiero hacerlo, pero...

—Pero ¿qué?

—No he limpiado el polvo de los muebles antes de marcharme.

—Te prometo que no me fijaré en tus muebles.

—Hay ropa tirada por toda la moqueta.

—Abre la puerta.

—Y puede que el aire acondicionado no funcione.

—Chloe. —Sus labios rozaron los míos de nuevo, y me hicieron olvidar el resto de excusas que iba a poner—. Abre la puerta.

Metí la llave en la cerradura, pero no la giré. Tenía otra excusa más en la punta de la lengua.

—Quizá haya exagerado un poco todo eso de practicar un montón de sexo sin ataduras —dije—. La verdad es que puede que me lo haya inventado todo.

—Créeme. —Sonrió—. Lo sé.

—Es decir, solo por si estás esperando algo así como el *Kama Sutra*, o... —Dejé de hablar cuando deslizó una mano por debajo de mi vestido y me rompió las bragas de encaje para metérselas después en el bolsillo.

—No espero nada —dijo, con voz ronca—, solo que abras la puerta; a menos que quieras que todos tus vecinos vean cómo follamos.

—Yo no... Podemos entrar. —Sin embargo, no hice ningún movimiento para abrir la cerradura.

Sonriendo, me cubrió la mano con la suya y giró la llave. Abrió y yo entré con él, acompañando todos sus pasos, hasta que me apoyó la espalda contra el armario.

La puerta se cerró de golpe gracias al viento que entraba por mis ventanas, y su boca encontró la mía para darme un beso ardiente. Cerré los ojos en la oscuridad, y gemí cuando me aplastó contra la madera usando las caderas.

Me recorrió con las manos los laterales del vestido y susurró una orden apremiante que no llegué a comprender.

Mi cuerpo estaba al límite con solo sentir su boca sobre la mía y su polla dura como una roca a través de los pantalones, apretándome el estómago.

Metí la mano entre los dos para tocarla, e inspiré con fuerza al notar lo

grande que era.

Joder...

—Chloe. —Me mordió el labio inferior—. Quítame la camisa.

La agarré de los bordes para rompérsela, y los botones salieron volando por todo el suelo.

Soltó una risa grave que me provocó cosquilleos por toda la columna vertebral.

Deslizó la mano por la cremallera, me la bajó despacio y el vestido cayó en el suelo como un charco de lentejuelas. Después, la llevó a mi espalda y me desabrochó el sujetador. Cuando se unió al vestido que había en el suelo, depositó besos sobre mi pecho, dejando un rastro ardiente por el cuello hasta llegar a mis labios.

Volvió a centrarse en mi boca y me desarmó por completo con un beso que deseé que nunca acabara.

Sin previo aviso, me dio la vuelta y me besó en el cuello.

—Apóyate en la pared para mí —dijo.

Estaba demasiado desorientada como para comprenderlo.

—Chloe. —Me agarró las manos, me las levantó por encima de la cabeza y las colocó sobre la madera—. Apóyate en la pared.

Lo obedecí, y me recorrió con la lengua la parte de atrás de los hombros. Después, metió la rodilla entre mis piernas y me las separó, despacio.

A continuación, escuché que se desabrochaba los pantalones y desenvolvía un condón.

Y después hubo un largo y denso silencio.

Me agarró de la cintura y colocó la punta de su polla contra mi abertura mojada.

—Creo que nunca antes has follado así de bien, ¿verdad?

No me dio la oportunidad de responderle. En su lugar, se introdujo en mí de un golpe, sin dejarme tiempo para adaptarme a su grosor ni a su longitud.

—¡Ahh! —gemí, y clavé las uñas en la madera cuando comenzó a empujar una y otra vez.

—Joder —susurró contra mi cuello.

Gemí cuando me agarró las caderas con más fuerza y embistió más hondo.

Totalmente fascinada por cuánto me gustaba sentirlo dentro de mí, por lo profundamente que llegaban sus estocadas, me rendí por completo a él.

—Dime que te gusta que follar así —murmuró.

—S-s-s-sí... —conseguí decir.

Estaba muy cerca del límite, sintiendo demasiado placer de golpe. Y, sin embargo, antes de que pudiera acercarme más a él, salió de mi interior y me dejó desamparada.

Me agarró de la mano, dio unos pasos hacia mi sofá y se sentó con lentitud. Después, me colocó entre sus piernas y me animó, en silencio, a que me subiera encima de él.

Sin apartar mi mirada de la suya, me deslicé por su polla despacio, y ambos nos miramos a los ojos.

Me chupó los pezones mientras lo cabalgaba, entreteniéndose con cada uno de ellos, dándome palmadas en el culo siempre que intentaba ir más despacio.

—Eres una mentirosa, Chloe —me susurró contra la mejilla—. No has tenido una polla dentro desde hace mucho... Puedo notarlo.

Fui incapaz de responder. Estaba muy muy cerca.

—Tienes el coño tan estrecho... —continuó, deslizando una mano entre los dos para tocarme el clítoris—. Necesito que me dejes probarlo.

—Ahhh, ¡Dios! —Me corrí con sus murmullos guarros, y temblé de forma descontrolada mientras él me sujetaba con fuerza contra su cuerpo.

Él lo hizo segundos más tarde, mordiéndome la piel con suavidad hasta acabar.

Jadeando con fuerza, nos quedamos enredados, mirándonos en la oscuridad.

Sin embargo, no me sentía cansada en lo más mínimo. Quería más.

Mucho más.

William metió las manos debajo de mis muslos y me quitó de encima de él. Después, se dejó caer lentamente sobre el suelo.

—Ven —dijo, cogiéndome la mano—. Pon tu coño en mi cara.

—¿Qué? —Me quedé pasmada.

—Ya has oído lo que te he dicho. —Su marcado acento hizo que aquellas palabras sonaran incluso más obscenas—. Siéntate en mi cara para que pueda comerte el coño.

Me quedé congelada en el sofá, y su risa gutural llenó la sala.

Impaciente, me cogió la otra mano y me acercó a él.

—Colócate encima de mi boca —ordenó, y yo obedecí despacio, dejando que me guiara hasta la posición perfecta.

—Sí —dijo, y su voz sonó amortiguada debajo de mis labios chorreantes—, justo así.

Me lamió el clítoris, y yo me agarré con fuerza al borde del cojín.

Cerré los ojos cuando atrapó mis labios entre los suyos e introdujo dos dedos en mi interior.

Movió una mano para apretarme el culo, y jadeé mientras él gemía y me provocaba oleadas de placer que me recorrían el cuerpo a cada pasada de su lengua.

—¡Ahhh! —Agarré el cojín con más fuerza y sentí que mi coño pulsaba contra su boca.

Incapaz de aguantar durante mucho más tiempo, le grité que fuera más despacio, pero él me dio una palmada en el culo, más fuerte que las que me había dado antes.

El escozor de su mano y el placer de su boca fueron demasiado, y grité su nombre a pleno pulmón.

¡Joder, joder, joder!

Sin dejar de besarme hasta que me calmé, sentí que volvía a empujarme despacio sobre los cojines.

Abrí los ojos y lo pillé observándome, y esperé que fuera capaz de adivinar que no quería que acabásemos todavía la noche.

Como si pudiera leerme la mente, se acercó hacia sus pantalones y sacó la cartera.

—No tengo más condones. —Se pasó una mano por el pelo—. ¿Tienes tú alguno?

Yo negué con la cabeza.

—No.

—Bueno, a lo mejor puedo ir rápido a...

—No me importa.

—Chloe...

—De verdad que no. —Mi cuerpo ansiaba más, y no quería esperar—. Vamos a follar sin él.

Me miró de arriba abajo y se acercó hacia mí despacio, empujándome hacia la cama. Nuestra conversación se resolvió en segundos, cuando se

introdujo de nuevo en mí y empujó como ningún otro hombre lo había hecho, dándome un placer que ni siquiera sabía que existía durante horas.

Y más horas.

9

CONSECUENCIAS MATUTINAS

VARIOS ORGASMOS MÁS TARDE

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

Cuando me desperté por la mañana, William me rodeaba la cintura con los brazos y tenía los labios pegados a mi cuello.

Cada músculo de mi cuerpo me dolía de una manera deliciosa, y no tenía que mirarme el pecho para saber que había dejado un rastro de chupetones.

En mi vida he practicado un sexo parecido...

De repente, William se removió y gimió contra mi pelo.

Sentí que la polla se le endurecía contra mi cuerpo, pero por mucho que deseara besarle los labios y pedirle una segunda ronda —bueno, la *séptima*—, me contuve.

Además, iba a quedarse en la ciudad solo unas horas más, y no quería encariñarme. No iba a surgir nada importante de aquello, y siempre que intentaba que algún momento sexy se convirtiera en «algo más», era mi corazón el único que se quedaba hecho trizas.

Necesitaba ser firme —incluso *mala*, si hacía falta— para evitar cometer el mismo error.

—Es hora de que te vayas. —Me solté de su abrazo, apartándome en la cama—. Hay un puesto de bollos en la esquina que hace un café riquísimo. Te despierta en tan solo unos segundos.

Se irguió y se pasó una mano por el pelo.

—¿Estás sugiriendo que vaya a por café para los dos antes de la segunda ronda?

—No, yo... —Me sonrojé cuando unos rayos de sol le dieron en los abdominales, y me esforcé por ponerme recta—. Lo que digo es que nos hemos divertido, y que ya se ha acabado. Ya no te conozco.

—Mmm. —Me miró como si le estuviera hablando en otro idioma—. Creo que deberías reconsiderarlo. Tampoco es que estés de pie ni puedas

caminar erguida, de todas formas; puedes aprovechar un poco más, ya que no puedes marcharte.

Me di cuenta de que tenía la polla dura como una piedra y lista para mí de nuevo, pero me mantuve firme.

—Estoy bien, de verdad...

—¿Es que lo de anoche no estuvo bien? —Sonrió.

—Sí. —Me encogí de hombros y tiré la primera piedra—. La verdad es que los he tenido mejores.

—¿De verdad?

—Sí. Puede que estés dentro de mis cinco peores.

—Ya veo. —La sonrisa se le esfumó, y apretó la mandíbula. Después, se echó hacia delante y cogió sus pantalones del suelo.

—Bueno, pues ya que estamos siendo sinceros, tenías razón sobre lo de tu piso anoche. —Se puso la camisa—. Es una puta cochiguera, lo que ya es una gran proeza, porque parece una caja de cerillas.

La mandíbula se me desencajó.

¡¿QUÉ?!

—Te sugeriría que buscaras un servicio de limpieza, pero seguramente te dirán que lo quemes hasta los cimientos para ahorrarles tiempo.

—Pensé que dijiste que no ibas a prestar atención a mis muebles.

—¿Cómo no iba a hacerlo? —siseó—. Están todos enterrados debajo de montañas de papeles y ropa.

—Vale, *chulo*. —Entrecerré los ojos—. Puedes dejar de hablar y salir por la puerta.

—Estoy buscando mi chaqueta. —Se puso de pie—. ¿Debajo de qué montaña de desorden debo hacerlo?

Me acerqué al sofá sobre el que él me había recostado la noche anterior y la recogí.

—Toma. —Se la arrojé—. Por cierto, espero que no te robaran el coche anoche.

—En este barrio, la verdad es que no me sorprendería.

—¿Puedes largarte ya echando leches, por favor?

—Créeme, me voy. —Miró mi estantería—. Qué irónico. El primero se titula *Cómo limpiar tu habitación*. Dudo que hayas leído siquiera una página.

La sangre se me congeló en las venas cuando se acercó a mi escritorio.

—Esto es por si entras en razón... —Escribió su número en un post-it de color morado—. O si te das cuenta de que estás mintiendo y que no has follado con ningún otro como acabas de hacerlo conmigo. No creo que vuelva a ocurrirte nunca más.

—No voy a cambiar de opinión —dije—. De hecho, te llamaré cuando suceda. Puede que hasta te envíe un vídeo para que puedas seguir practicando tus técnicas.

Nos fulminamos con la mirada el uno al otro, y después cogió su teléfono y se largó con un portazo.

Varios trozos de pintura descascarillada se cayeron del techo cuando el marco tembló. Corrí de inmediato hacia donde había dejado el post-it y lo rompí en pedazos.

Después, me acerqué a la ventana para comprobar que se marchaba, y vi cómo cruzaba la calle.

Él levantó la mirada y me miró, y yo le saqué el dedo.

Él me devolvió el gesto.

—¡Eh, gilipollas! —le gritó el conductor de un camión—. ¡Sal ya de la puta calle!

William me lanzó otra mirada de despedida y se alejó, desapareciendo en el interior de la ciudad y de mi vida.

10

COMO SI FUERA BASURA

SEATTLE, WASHINGTON

TYLER

¡Tap! ¡Tap! ¡Tap!

Di unos golpecitos en el cristal tintado de Dillon.

—¿Dillon? —Volví a golpear—. Dillon. Abre la maldita puerta.

Se irguió en su asiento, desorientado. Entonces me miró y el bloqueo de apertura a toda prisa.

—Gracias. —Ocupé el asiento del pasajero.

—¿Dónde está tu coche de alquiler?

—No estoy seguro —respondí—. No está en el callejón, donde lo dejé.

—Bueno, a lo mejor sigues colocado del atracón de hierba de anoche y se te ha olvidado. Estaré encantado de enviar a unos escoltas para buscarlo.

—Lo han robado —dije—. Lo único que quedaba en la calle era el manual de instrucciones de la compañía de alquiler.

—Vaya, qué infortunio. —Parecía indeciso entre reírse y cabrearse—. ¿Qué hay de la preciosidad con la que estabas? ¿Ha sido ella quien lo ha robado?

—No, y no sé de qué preciosidad estás hablando.

—La que te ha dejado esas marcas rojas y arañazos por todo el cuello.

—Sigue sin sonarme. —Me subí el cuello de la camisa para tapármelo—. Aunque, claro, es una psicópata y no hay necesidad de volver a hablar de ella nunca más.

—Tomo nota. —Asintió—. Te quedan unas diez horas hasta que tengamos que volver a Londres. ¿Adónde quieres ir?

—Quiero que me lleves de nuevo a Editorial Canalla.

—¿Por qué? Vas a ir a trabajar allí de manera permanente dentro de unas semanas.

—Necesito algo que me haga olvidarme de la noche pasada.

—Como quieras.

Arrancó el coche, y me di cuenta de que no llevaba el reloj en la

muñeca. Chloe seguía conservándolo a modo de «garantía».

Joder.

Tomé nota de recordarlo más tarde y vi que había una tira de papel que me asomaba por el bolsillo del pantalón. Tiré de ella hasta que salió.

Eran las fotos del fotomatón que había junto a The Great Wheel.

En cada una de ellas, Chloe aparecía aplastada contra mi pecho, con su escote expuesto al frío aire nocturno. Sus hinchados labios sonrosados estaban completamente abiertos por la risa, y sus rizos oscuros estaban enredados entre mis dedos.

Aunque tenía muchas ganas de hacer añicos las pruebas de nuestra noche juntos, las metí en mi chaqueta para guardármelas.

Solo por un tiempo, evidentemente.

DOS SEMANAS MÁS TARDE

11

LO HAS INTENTADO

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

Me desperté en mitad de la noche con los dedos enterrados entre mis muslos y sin dejar de pensar en William.

No había pasado ni un solo día en que no dominara mis fantasías, en que no me obligase a descargarme un audiolibro nuevo con un narrador británico para poder escuchar una voz profunda y sexy.

¿Por qué lo eché así?

Aparté las sábanas de una patada, salí de la cama y volqué mi papelera.

Recogí cada uno de los trocitos rotos del post-it de William y me pasé más de una hora juntándolos.

Cuando todos los números estuvieron en orden, marqué el número en mi móvil, pero entonces me detuve.

No había vuelto a recuperar su reloj; ni siquiera había enviado a otra persona, y sabía —después de haber intentado empeñarlo sin éxito— que merecía la pena volver a por él.

Lamarlo para practicar otra ronda de sexo no tenía sentido.

No está interesado en ti, Chloe.

Volví a romper el post-it y regresé a la cama.

12

LO HAS INTENTADO DE VERDAD

LONDRES, INGLATERRA

TYLER

La única parte de palacio que estaba vedada tanto a los turistas como a la prensa era la antigua biblioteca de mi madre.

Era donde yo guardaba todas y cada una de las cartas que me había escrito, además de un catálogo de todos nuestros momentos compartidos en vídeo.

Como la prensa ya había informado una vez sobre la copia que tenía de *A sangre fría* bajo los titulares «*EL PRÍNCIPE CARRINGTON QUIERE QUE MATEN A SU FAMILIA*» y «*EL PRÍNCIPE CARRINGTON ESTÁ OBSESIONADO CON LOS ASESINATOS*», también guardaba toda mi colección de libros en esa estancia.

Además, era el lugar perfecto para terminar de redactar mi carta de «despedida a toda esta mierda», pero hasta la fecha solo había escrito cuatro frases.

Cada vez que me sentaba a terminarla, mi padre me llamaba para hacer algún posado, o, lo que era peor, para alguna cita «sorpresa» con Victoria. En presencia de la prensa, claro estaba.

La había visto dos veces esa semana, y cada una de las visitas no hacía más que confirmar que ella y yo vivíamos en dos planetas completamente distintos.

Lo único en lo que podía centrarme en realidad era en el tiempo que había pasado con Chloe.

No era solo el recuerdo de sus gritos mientras la devoraba entre las sábanas, las marcas que me había dejado en la piel cuando me metía en ella, o que fuese el mejor polvo que había echado. Fue toda la noche, su total sinceridad y su sarcasmo, unidos a su sonrisa sexy.

Había achacado que me echara de su piso por la mañana a un desafortunado brote psicótico, porque sabía, por la expresión de sus ojos, que quería repetir tanto como yo.

Sin embargo, todavía no me había llamado.

Ni siquiera una vez.

Saqué otro juego completo de bolígrafos para tratar de añadir una frase nueva a la carta.

—Buenas tardes, señor. —Dillon entró en la estancia con paso tranquilo.

—¿Señor?

—Hoy tengo que portarme contigo con una formalidad de cojones. —Me fulminó con la mirada—. Anoche me apuñalaste por la espalda.

—Te dije que no iba a asistir a la cena en honor de mi padre —dije—. Lo dejé muy claro.

—Media hora *después* de que llegara a recogerte, de que toda tu familia te estuviera esperando y de que tu maldito padre estuviese dando su discurso. La prensa rosa está celebrando una Navidad por adelantado, y están rajando de lo lindo. Te están dando bien.

—Siempre me ha gustado que me den bien.

—Voy muy en serio, Tyler.

—¿Se han colado ya las noticias de mi visita a Seattle en los blogs de cotilleos de los Estados Unidos? —Cambié de tema—. ¿Y qué hay de los medios de aquí?

—La respuesta es la misma que ayer.

—Ya se me ha olvidado.

—No, Tyler. Nadie influyente sabe nada de tu viaje a excepción de mí, por desgracia.

—¿Crees que es posible que Chloe no pueda hacer llamadas a larga distancia?

—Pensaba que era una psicópata...

—Y lo es. —Sonreí—. ¿Crees que no me ha llamado por la distancia?

—¿Teniendo móviles? Lo dudo mucho.

—¿Crees que habrá vendido mi reloj?

—Por enésima vez, Tyler, lo sabré en cuanto llegue a las manos de un joyero o a una casa de empeños; si lo hace —respondió—. Si no, te garantizo que lo recuperaré en el plazo de una semana después de que llegues.

—Puedo hacerlo yo mismo si es ese el caso —dije—. ¿Recuerdas la dirección?

—Vale, ya basta. —Negó con la cabeza—. Las dos últimas semanas te

has portado de manera más ridícula que nunca. Aunque a veces muestras tu verdadera cara, estás accediendo a asistir a eventos con la princesa danesa porque estás obsesionado con una mujer cualquiera que, evidentemente, no te quiere. Una mujer que está en un país distinto.

—Un país en el que viviré pronto.

—No, si no entras en razón. ¿Por qué es tan importante para ti tener una segunda ronda con esa chica?

—Sería nuestra sexta o séptima ronda, ya que te pones a contar —dije—. Puede que la quinta, si no cuentas la vez en que...

—No estoy contando —me interrumpió.

—Al menos podría haber enviado un mensaje, ¿no crees?

—Si quieres saber lo que opino, te diré en qué deberías centrarte, en vez de en esa extraña.

—A lo mejor ha perdido el post-it en alguna parte —continué—. Eso tendría sentido, dadas las condiciones en las que estaba su apartamento.

—Céntrate en el borrador de tu discurso de despedida. Eso es mucho más importante, sobre todo porque tienes intención de publicarlo pronto.

—Casi he terminado con él. Solo te pregunto por esa mujer porque...

Me golpeó la cabeza con una almohada, interrumpiéndome a mitad de la frase. Después, cogió el mando a distancia, encendió la televisión y subió el volumen al máximo.

En la pantalla apareció una imagen de Victoria en un jardín, agarrada de la mano con mi padre y mi madrastra.

—*Nuestras fuentes nos han dicho que es solo cuestión de tiempo que el príncipe Carrington haga oficial lo suyo con Victoria* —anunció una periodista—. *Si lo recuerdan, hace años, Carrington llevó a la futura mujer de su segundo hijo a dar el mismo paseo antes de la pedida de mano. También lo hizo con su difunta esposa, Joanna, y es evidente que quieren mantener la tradición.*

—Dame mi portátil, Dillon. —Rechiné los dientes—. No me dejes salir de aquí hasta que haya acabado.

CUATRO SEMANAS MÁS TARDE

13

DEBERÍA HABER DEJADO QUE TE QUEDARAS

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

¿Por qué tengo tantas náuseas hoy?

Me quedé mirando las galeradas que tenía encima de la mesa, tratando de leer la primera página, pero tenía la visión borrosa.

Confundida, abrí un cajón y me puse unas gafas de lectura.

No hubo suerte.

—Ah, ¡genial, has llegado pronto! —Hazel irrumpió en mi despacho sin llamar—. Necesito que me des algo inteligente que pueda decirle a nuestro comprador secreto.

—¿De qué estás hablando?

—El comprador privado, Chloe —respondió—. Empezó a enviarme mensajes por nuestra aplicación el otro día, y creo que llevo retrasándolo mucho tiempo. Está intentando mostrarse agradable, así que puede que no sea una absorción hostil, como temíamos. Ni siquiera tiene pensado despedir a nadie.

Por ahora.

Le di un sorbo a mi agua.

—¿Qué dice en su mensaje?

Ella me dio su teléfono.

FuturodirectorgeneraldeRoguePublishing: *Espero que no lo considere una intrusión, señorita Swift, pero una de las maneras en que me gusta conocer a la gente es por los libros que leen. Me gusta todo, desde los thrillers y el misterio hasta el Young Adult y el romance, cortesía de mi madre. ¿Cuáles son sus géneros favoritos?*

—¿En serio? —Miré a Hazel—. ¿Por qué necesitas ayuda con esto?

—Quiero parecer tan sofisticada como él.

—A mí me parece bastante simple y directo —opiné—. Podrías decir que te gustan los mismos géneros y que tienes muchas ganas de conocerlo.

—¿Puedes escribir todo eso por mí para que el mensaje tenga tu energía? La chica que me hace las uñas llegará en cualquier momento y no

quiero que me den calambres en las manos.

Me mordí la lengua mientras tecleaba el mensaje por ella.

HazelSwift **directorageneraldeRogue:** No lo considero una intrusión en absoluto: a mí también me encanta conocer a la gente así. Me apasionan el romance, la fantasía y la literatura de no ficción.

—¡Gracias! —No cogió su teléfono—. ¿Puedes responder a los otros siete mensajes que me ha enviado y llevarme el teléfono al despacho cuando hayas acabado? Ah, ¿y puedes encargarte de los archivos de Dean y de las traducciones antes?

—¿Te refieres a todo el trabajo que se supone que tienes que hacer tú?

—¿Qué acabas de decir, Chloe?

—Nada. —Sonreí—. He dicho que me pongo enseguida.

—Vale, ¡genial!

Esperé a que desapareciera antes de marcharme al departamento de edición.

Estaba a mitad de camino cuando sentí unos pinchazos agudos en el estómago. Después, algo me subió por la garganta.

Corrí hacia el baño, me encerré en un cubículo y me agaché sobre el váter para vomitar por segunda vez esa mañana.

¿Qué demonios comí ayer?

Al salir, fui al lavabo y me eché agua fría en la cara.

Seguro que han sido los tacos.

—¿Tal mal te va el día ya? —Mi compañera favorita, Sandra, se puso a mi lado.

—Es un millón de veces peor de lo que podrías imaginarte.

—Pues me alegro de ser todavía una empleada de bajo nivel. —Se rio—. Me he imaginado que la señorita Swift querría hoy los archivos de Dean, así que se los he enviado a su despacho. Eso debería darte unos treinta minutos de libertad.

—Muchísimas gracias, Sandra.

—No lo he hecho por altruismo. —Sacó una libreta y una sudadera con la inscripción «*PODCAST DE “SOLTERA A LOS TREINTA”*», con expresión avergonzada—. Tu mejor amiga está abajo, esperándote. ¿Puedes pedirle que me dé su autógrafo?

—¿Compras sus productos?

—Me encanta su *podcast*. —Parecía una niña pequeña ansiosa—. ¿Por

favor?

—Pues claro. —Le cogí la libreta y la sudadera y bajé las escaleras, agradecida por el respiro.

Cuando llegué al vestíbulo, Kristin me tendió un *bagel* y un paracetamol.

—Eres la mejor —le dije—. En serio.

—Ah, ah, ah. —Los levantó en el aire para que no los cogiera—. ¿Has llamado a William para pedirle una segunda ronda?

—Pues claro que no —contesté—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Se me ocurren varios motivos.

—Dime los tres primeros.

—Uno: porque te has pasado las tres últimas semanas diciéndome que lo harías. Dos: has estado hablando con un extraño acento británico durante las últimas semanas. Y tres: para que puedas dejar de contar de repente que te sentaste en su cara en mitad de nuestras conversaciones.

—No lo he mencionado en *todas* las conversaciones.

—En todas y cada una de ellas. —Puso los ojos en blanco—. Literalmente, me llamaste en mitad de una reunión de negocios para alardear de ello.

—¿Me escuchó tu secretaria?

—*Todo el mundo* te escuchó.

Fui a coger el *bagel*, pero ella volvió a alejarlo.

—Vale, vale —cedí—. A lo mejor me he venido un poco arriba con mis comentarios sobre él. ¿Qué se supone que debo decir si llamo? «Eh, perdona por la forma en que te eché la última vez. Hagamos como que esa parte nunca ocurrió y acostémonos otra vez, ¿vale?».

—Eeeh... sí. —Al fin me dio mi desayuno—. De hecho, es la mejor manera de empezar.

—Tendré que hacerlo cuando llegue a casa. Tampoco es que lleve encima todos los trocitos de su... —Dejé de hablar cuando me ofreció el post-it recompuesto con celo. Lo había plastificado, además.

—Me he pasado por tu casa para ocuparme de esto de camino hacia aquí —dijo—. Por cierto, tu habitación no ha estado así de limpia nunca, estoy impresionada.

—Gracias. —Tomé buena nota de que debía recuperar mi llave—. Lo llamaré durante la comida.

—Vas a llamarlo *ahora* —dijo—. O te bloquearé las llamadas hasta que lo hagas.

—Es demasiado temprano para llamarlo, Kristin.

—Allí son las cuatro y media de la tarde.

—¿Y si se ha olvidado de mí?

—Vas a llamarlo para que se acuerde.

Como me había quedado sin excusas, saqué el móvil y marqué el número de William. Antes de darle al botón de llamada, añadí un código no rastreable.

Sonó una vez.

Sonó dos.

—¿Diga? —respondió su voz sexy al otro lado de la línea, y casi me olvidé de por qué había llamado—. ¿Diga?

—Hooola, *socio*. —Traté de imitar el acento británico todo lo que pude.

—¿Quién demonios es?

—Alguien del otro lado del charco a quien quizá conozcas.

—¿Qué coño estás haciendo? —señaló Kristin, gesticulando, mirándome como si hubiese perdido la cabeza.

—¿Cómo has conseguido este número? —preguntó.

—Yo... Eeeh... —Traté de recordar la palabra de un romance histórico británico—. Me lo *otorgaste* hace unas cuantas semanas.

—Te aseguro que no —replicó—. Solo se lo doy a unos pocos agraciados. ¿Cómo se llama la publicación que te ha ordenado hacer esto?

—¿Publicación? —Me estrujé los sesos intentando encontrar un sinónimo en inglés americano para eso—. Nada de publicaciones. Llamo porque...

Deja ya el acento y dile que quieres sexo.

—No me gusta que me llamen por mi línea personal para ponerme a prueba, y tampoco me gustan estos jueguecitos. —Su voz se puso tensa de repente—. Si querías un comentario directo o una foto mía, hay maneras mucho más éticas de hacerlo.

Y ya empezamos con la mierda de las fotos.

Puse los ojos en blanco al recordar de nuevo la arrogancia inicial que había mostrado en mi cumpleaños.

—Mira. La verdad es que llamo porque...

—No importa —me interrumpió—. Cuelga ya, dile a con quien quiera

que estés que tiene que ocuparse de su propia vida y no te atrevas a volver a...

—¡Hasta luego, puto gilipollas!

Le colgué.

Kristin suspiró.

—Bueno, eso ha sido... *algo*.

—Se piensa de verdad que es muy guapo, que todas las mujeres del planeta quieren una foto suya. —Le di un mordisco al *bagel*—. Creo que mis días de fantasear con él se han acabado al fin.

—Me alegra escucharlo. —Me sonrió—. Este fin de semana necesitare que me des algunas recomendaciones antes de mi próximo episodio. Tengo un invitado que quiere leer los libros románticos más guarros que se hayan publicado este año, y...

—Hacía sonidos de gusto mientras me lamía el clítoris. —Aquellas palabras me salieron a borbotones mientras notaba el queso en crema del *bagel* en los labios—. Es como si estuviese hablando directamente con mi coño mientras me lo comía. ¿Alguna vez te he contado esa parte?

—Me cago en la leche, Chloe...

14

UN POCO TARDE

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

Esa misma noche, más tarde, volví a marcar el número de William para poner las cartas sobre la mesa.

También quería darles a mis dedos un descanso bien merecido.

Dudé durante unos instantes antes de pulsar la tecla de llamada.

No sonó en absoluto.

—*Este número está oficialmente fuera de servicio* —contestó una voz robotizada a mi oído—. *Por favor, compruebe si es correcto y vuelva a llamar.*

Confundida, volví a comprobarlo, pero antes de marcar otra vez me invadió una oleada de náuseas y me fui corriendo al aseo.

Esa vez no se me pasaron en horas.

15

MI VIDA ES TU ENTRETENIMIENTO

LONDRES, INGLATERRA

TYLER

«UN ROYAL DESAGRADECIDO:

EL PRÍNCIPE CARRINGTON II NO SONRIÓ NI
UNA VEZ DURANTE SU FASTUOSA FIESTA DE
CUMPLEAÑOS Y DECEPCIONÓ A LOS INVITADOS»

-Daily Mail-

«SE ESCUCHA DECIR AL PRÍNCIPE CARRINGTON
QUE NO ES FELIZ. ¿TAN DIFÍCIL ES SER RICO?»

-The Sun-

«UN TOSTÓN REAL: ¿ALGUNA VEZ LE PEDIRÁ EL
PRÍNCIPE MATRIMONIO A LA PRINCESA VICTORIA?
UN MÉDICO AFIRMA QUE PODRÍA SER IMPOTENTE»

-Daily Mirror-

«MOTIVOS POR LOS QUE SE AVERGONZARÍA LA PRINCESA
JOANNA DE SU PRIMER HIJO SI TODAVÍA SIGUIERA VIVA»

-The Guardian-

Ya era oficial.

Mis días de idear conspiraciones y tramas a la espera del momento
adecuado para marcharme se habían acabado.

Era ahora o nunca.

Voy a acabar con este tipo de vida de una vez por todas.

UNA SEMANA DESPUÉS

16

ASISTENCIA MÉDICA A MEDIANOCHE

TRES DE LA MADRUGADA

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

—Ay, Dios. ¡Por favooooor! —gemí, con gran agonía—. No quiero marcharme así ya mismo. No he conseguido un trabajo de verdad ni he visto a Taylor Swift en concierto todavía. Tienes que dejar que haga esas cosas...

Estaba empezando a creer que estaba destinada a morir a los treinta años allí, en el suelo de mi baño.

Sentía la piel como si alguien le hubiera prendido fuego, y no había podido parar de vomitar durante más de una hora seguida.

Todas las migrañas que había sufrido en mi vida no tenían comparación con la sinfonía de zumbidos que estaba sonando en mi cerebro en esos momentos.

Haciendo uso de lo que me quedaba de fuerzas, me agarré al borde de la bañera y me levanté.

Entré en mi dormitorio, cogí el teléfono y llamé a Madison.

—*¡Has dado conmigo!* —Su buzón de voz sonó tras solo unos segundos—. *Lo más seguro es que tenga el teléfono muerto porque estoy haciendo horas extras, o que esté evitando a mi mejor amiga, y ella sabe exactamente el porqué. ¡Déjame un mensaje y te devolveré la llamada! A menos que se trate de Chloe. En ese caso, puedes colgar.*

Acto seguido, llamé a Kristin.

Sonó una vez, dos veces, pero obtuve el mismo resultado.

—*¡Gracias por tu llamada!* —contestó—. *No estoy disponible en estos momentos, así que deja un mensaje después de la señal.*

Marqué el 112, pero entonces calculé lo que costaba una ambulancia.

Pues que sea un Uber...

Pedí uno para ir a urgencias, me puse unos pantalones de chándal y bajé las escaleras.

El conductor me miró con recelo cuando me tumbé a lo largo del asiento trasero.

—No, no, no, y cien veces no —dijo—. No llevo a gente borracha.

—No estoy borracha. Me estoy *muriendo*.

—Vale. —Soltó una maldición por lo bajo y se unió al tráfico.

No tuve la oportunidad de ponerme cómoda, porque empezó a saltarse todos los semáforos en rojo y todos los *stop* que había de camino.

Llegamos a la puerta de urgencias en cinco minutos justos.

—Ah, guau. —Un guarda de seguridad abrió mi puerta—. ¿Qué demonios le ha pasado?

—Está borracha —gruñó el chófer—. Por favor, sáquela de mi coche.

Yo estaba demasiado débil para discutir.

El guarda me colocó en una silla de ruedas y me llevó hacia una sala de color blanco reluciente. En algún momento, una enfermera me ayudó a ponerme una bata de papel de color azul. Otra enfermera me sacó sangre y me ayudó a mear en un bote de plástico.

—Bébase eso, señorita March. —Una doctora me había dado una botellita de agua al entrar en la estancia—. Dígame una cosa: aparte de náuseas y fiebre, ¿qué otros síntomas está experimentando últimamente?

—Dolores de cabeza, y tengo que mear mucho más a menudo de lo normal.

—¿Es una orina fuerte o ligera?

—No lo sé —contesté—. La verdad es que no la miro.

—Debería guardarla en un tarro para verla en algún momento —aconsejó—. La orina es fascinante. También es un buen afrodisíaco.

¿Qué coño...?

Fingí no haber escuchado lo que acababa de decir.

—¿Cuándo fue su último ciclo menstrual? —preguntó.

—Hace dos semanas.

—Lo dudo, señorita March. ¿Está segura?

—Ah, espere —dije, encogiéndome de hombros—. Puede que hace un mes, más o menos.

—Bueno, eso tiene mucho más sentido. —Sonrió—. Está embarazada.

¿Qué?

El estómago me dolía demasiado como para reírme.

—Qué gracioso. ¿Qué me ocurre en realidad?

—Los análisis de sangre y orina no mienten, señorita March. —Me tendió una hoja de papel—. No hay duda de que está embarazada.

—No. —Negué con la cabeza—. No. Es lógicamente imposible que esté preñada. Recuerdo haber tenido la regla, y no me he acostado con nadie desde hace algún tiempo.

—¿Así que cree que ha sido una inmaculada concepción?

—No. Creo que las pruebas están mal, porque de ninguna manera... —Entonces caí en la cuenta.

La regla de ese mes no me había venido. La última que recordaba era de la semana *antes* de haberme acostado con William.

Ay, Dios mío...

—¿Qué es lo que estaba diciendo, señorita March?

—Nada. —Me negaba a aceptar su diagnóstico—. Tiene que ser otra cosa. ¿Puede comprobar si tengo alguna enfermedad de transmisión sexual?

—Ya lo hemos hecho —contestó—. ¿Quiere hacerse otra prueba de embarazo para confirmarlo?

—Si, por favor.

—Me parece bien. —Dejó un vaso de plástico en el mostrador y sacó una cajita marrón—. Puede hacerse otra más antes de marcharse de aquí. Como regalo de despedida, puede llevarse, además, este paquete completo de pruebas de embarazo para hacerlas en casa porque tenemos muchas en *stock*.

—¿Puedo volver a hacérmela ahora?

—Tendrá que esperar. —Anotó algo en su carpeta—. Tengo que comprobar unas cuantas cosas más. Tumbese y apoye los pies en los estribos.

Yo la obedecí, y se puso un par de guantes.

—¿Puede abrir más las piernas, por favor?

—Es lo máximo que puedo abrirlas.

—Si ese fuera el caso, no estaría embarazada.

—¿Perdone? —Me senté—. ¿Puedo ver a otro médico?

Me empujó para que volviera a tumbarme de nuevo y me separó las piernas.

—Relájese, señorita March. Me imagino que es una noticia tremenda para usted y el padre del niño.

—No sé quién es el padre del niño.

—Ups... —Me introdujo un dedo en la vagina—. Gracias por recordarme por qué dejé de entablar conversación con los pacientes.

Se tomó su tiempo toqueteándome y hurgando en mi interior, y yo alcé la mirada hacia las luces brillantes. Las lágrimas amenazaban con rebosar de mis ojos con cada pensamiento incoherente que me pasaba por la cabeza.

Embarazada significa que habrá un bebé dentro de unos meses. Yo, madre... Un desastre total, con un bebé.

El padre del bebé está ilocalizable y puede que no ayude si se entera de ello.

Un trabajo con el que no gano casi nada. Y sin tiempo para buscar otro.

—¿Señorita March? —La doctora se colocó a mi lado y me puso las manos en el pecho—. Inspire profundamente. No pasa nada. Voy a darle un montón de pastillas prenatales y folletos para que se los lleve a casa. ¿Quiere hacerme alguna pregunta?

—Sí —respondí, asintiendo—. ¿Puede asegurarse de que no se trata de un herpes?

17

UNA AGUJA EN UN PAJAR

EMBARAZADA DE CINCO SEMANAS Y SEIS DÍAS

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

Según el registro de propiedades, había dos mil hombres que se llamaban William viviendo en Seattle.

Facebook decía que la cifra se acercaba más a los tres mil, y mis veinte pruebas de embarazo me confirmaron que uno de esos William estaba a punto de recibir el susto de su vida.

—Chloe, te has olvidado de anotar la cantidad de Williams que viven en Inglaterra. —Kristin colocó una taza de cacao caliente ante mí.

—Los he omitido porque no quiero desmoralizarme más de lo que ya estoy.

—¿Estás segura de que te dijo que vendría a vivir a Seattle a estas alturas?

—Del todo.

—Vale, bueno... —Puso una marca junto a la frase «*Cita con el dibujante*» que había en su enorme pizarra—. Como no van a hacernos este boceto oficial hasta dentro de otras dos semanas, dividiremos la búsqueda en tres y le daremos a Madison su lista mañana. ¿Hay algo más en concreto que recuerdes de él?

—Tiene una letra muy bonita —dije—. Es como de caligrafía.

—¿Algo que pueda resultar de ayuda de verdad para encontrarlo?

—A lo mejor si vuelvo a describirte la noche que pasamos juntos y el sexo, podría...

—Joder, no. —Me tiró un osito de gominola a la cara—. Empieza con tu parte de la lista. Ahora mismo.

18

DESPEDIDA DEFINITIVA

LONDRES, INGLATERRA

TYLER

«DEL DESPACHO de Tyler Carrington II

A fecha de esta misiva, renuncio de manera oficial a mi título de príncipe de Londres, y dejo de ser miembro de la familia real. Asimismo, devolveré todas las ganancias que he recibido bajo este nombre y esta posición.

Voy a comenzar un nuevo capítulo de mi vida a solas en Estados Unidos.

Gracias a quienes han mostrado su amabilidad y apoyo, tanto a mí como a mi familia, a lo largo de los años.

En cuanto al resto...

Sobre todo, a los medios de comunicación de cotilleos, entrometidos y groseros, que pondrán en duda mi decisión y se preguntarán si tengo lo que hace falta para vivir una vida distinta a esta «privilegiada»...

El viernes pasado fue mi último día como director general secreto de Fog Publishing, la editorial digital número uno de Reino Unido, bajo el seudónimo de V. C. Schwab.

Hemos conseguido trescientos bestsellers en ocho años, y hemos publicado miles de libros, y vamos a desenmascarar unas cuantas de vuestras revistas.

De nada.

No tengo nada más que decir.

Adiós.

Tyler».

19

TÚ, OTRA VEZ

AL DÍA SIGUIENTE

EMBARAZADA DE SEIS SEMANAS Y UN DÍA

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

—Señorita, por enésima vez: no puede contratar los servicios de un detective privado y pagarnos *después* de que hagamos el trabajo —se quejó la secretaria de El Ojo Secreto de Seattle a través del teléfono—. Necesitamos que haga el depósito de dos mil dólares por adelantado.

—¿Se puede pagar a plazos?

—No.

—¿Y qué tal algún descuento especial para pobres?

La línea se quedó en silencio, y yo me recliné en el asiento del tranvía. Se suponía que hoy iba a ser el día en que el comprador secreto asumiría las riendas en Editorial Canalla, pero, por mucho que me esforzara, no me importaba.

Llegaba tarde al trabajo por primera vez en toda mi carrera, no porque no hubiera intentado evitarlo. Me había quedado despierta hasta tarde la noche anterior, cotejando nuevos Williams y subrayando capítulos de libros de embarazo. Justo cuando me estaba metiendo entre las sábanas, mi amiga más reciente, Náusea, apareció para jugar hasta la salida del sol.

Para mi sorpresa, Hazel no había llamado ni enviado ningún mensaje para regañarme.

—*¡Nos acercamos a la próxima parada!* —anunció el sistema de altavoces del tranvía—. *Por favor, acérquese a la puerta si es su destino final.*

Con un paraguas en una mano y mi café de las mañanas en la otra, me bajé y tomé la ruta larga hasta Canalla.

Cuando doblé la última esquina, me di cuenta de que había un montón de gente apiñada en los escalones de entrada. Había decenas de furgonetas de noticias aparcadas en la acera, los reporteros marcaban sus puestos con conos y la policía había colocado una barrera delante del resto del mundo.

¿Pasó algo anoche?

Miré por encima de mi hombro a un tipo que estaba en el banco de la parada del autobús.

—¿Perdone? —Me acerqué a él—. ¿Disculpe?

—¿Sí, señorita?

—¿Sabe si ha ocurrido algo esta noche? —pregunté—. ¿Por qué están todas esas furgonetas de noticias y esa gente allí?

Él miró mi taza de café.

—Deme ese café y le contaré todo lo que sé.

Puaj.

Se lo di.

—Bueno, déjeme ver... —Se lo bebió de un trago y tiró el vaso—. La verdad es que no sé lo que está pasando, pero, sea lo que sea, estoy seguro de que esta noche saldrá en las noticias.

Vale. Me lo merecía.

—Muchas gracias, señor.

—De nada.

Puse los ojos en blanco y crucé la calle.

Para evitar la entrada principal, rodeé el edificio y sostuve mi tarjeta de identificación contra la puerta.

Dentro, todas las salas de impresión estaban vacías. La biblioteca de archivos era como una ciudad fantasma, y no había ni un solo empleado en la zona de manuscritos.

¿Dónde está todo el mundo?

Confundida, me dirigí hacia el vestíbulo y giré la cabeza dos veces para mirar la exagerada decoración: quien hubiese sido contratado por Hazel para el evento de hoy debía de haber arrasado con todos los tópicos sobre Londres y Seattle de un tablero de Pinterest.

La magnífica barandilla de nuestra escalera estaba pintada ahora de un color rojo encendido que, de lejos, se parecía al de las cabinas de teléfono de Reino Unido. Entre todos nuestros carteles de *bestsellers* colgaban banderas de Gran Bretaña, y había una réplica de The London Eye en el techo, colocada debajo de un monorraíl de juguete.

Un cartel de neón que rezaba «MERCADO DE PIKE PLACE» se mecía sobre una mesa llena de etiquetas identificativas y cordeles, y en cada una de ellas se había pegado una banderita británica.

Encontré la mía y me la colgué al cuello.

Después, seguí el sonido de las risas que provenían del pasillo y le saqué una foto rápida al caminito de tazas de té que llevaba al auditorio.

—¡Hoy es un nuevo día para Editorial Canalla! —gritó Hazel en el escenario—. Estoy emocionadísima por dar la bienvenida a nuestro nuevo codirector general al rebaño. Tiene tanta experiencia en esta industria como yo, y, para ayudar a facilitar el proceso de transición, ¡vamos a dirigir esta empresa juntos!

Dios nos asista.

Miré el reloj.

Necesitaba comprobar cincuenta Williams más antes de comer para no perder el ritmo.

—Aunque ha cambiado su vida en la realeza por otra nueva en Estados Unidos, espero que se convierta en un activo *real* para nuestra empresa. ¡Señoras y caballeros, por favor, denle la bienvenida a nuestro nuevo codirector general, Tyler William Carrington II!

Todo el mundo lanzó vítores y aplaudió cuando un hombre vestido con traje negro subió con parsimonia al escenario. Les estrechó la mano a todos aquellos con quienes se cruzaba, y yo me pregunté si Hazel había contratado a algunos actores para hacerle creer que era importante.

Espera un momento. Todos los que están gritando trabajan en mi departamento.

—Pensaba que era alguna broma.

—Yo también. Es sexy a rabiar.

—No me lo puedo creer. ¿Cómo se supone que voy a poder trabajar estando *él* en el edificio?

Las mujeres que había delante de mí parecían al borde de un ataque de nervios, como si se tratara de alguna estrella de cine.

Varios minutos más tarde, cuando al fin subió a la plataforma, se giró para mirar hacia la audiencia.

La mandíbula se me desencajó.

¡¿William?!

Los ojos se me pusieron como platos y el corazón comenzó a latirme a mil por hora en el pecho. El mundo se tambaleó bajo mis pies, y apoyé una mano en la pared para estabilizarme.

No es él, por supuesto. No puede ser...

Me di un pellizco en el brazo lo más fuerte posible, con la esperanza de que fuera una pesadilla enfermiza.

Sigo en la cama, en mi habitación. En la cama, en mi habitación.

Los aplausos ensordecedores de la gente se tragarón mi grito de dolor.

—Es un placer estar aquí con vosotros —dijo William-Tyler-Lo Que Fuera al micrófono, y su sexy acento británico terminó por disipar todas mis dudas—. Tengo muchas ganas de comenzar una nueva vida aquí, en Seattle, y estoy deseando trabajar con todos vosotros.

—Dios, esa boca. ¿Crees que todavía sigue soltero o estará saliendo con esa princesa? —Las mujeres que tenía delante seguían babeando por él—. ¿Crees que querrá a una chica americana, ahora que ya no forma parte de la familia real ni tiene obligaciones como príncipe?

—¿Es un príncipe? —pregunté en voz alta—. ¿Acabas de decir eso?

Las mujeres siguieron hablando, manteniéndome fuera de su burbuja.

Traté de apartar la mirada del escenario, pero no podía dejar de mirar a ese hombre por mucho que me esforzaba. Bajo su traje negro a medida, llevaba una camisa blanca con los dos botones superiores abiertos, lo justo para hacer que una mujer se preguntara por los músculos que había debajo.

Cuando sacó una hoja doblada del bolsillo, sus ojos se encontraron, de repente, con los míos. Ladeó la cabeza y una sonrisa apareció lentamente en sus labios.

—Retiro mis palabras anteriores —dijo, clavándome en el sitio con su mirada—. La verdad es que han sido muy poco estimulantes para la ocasión que nos ha reunido hoy. Es un *placer* estar aquí, y estoy *deseando* trabajar con vosotros.

La multitud se convirtió de nuevo en un corro de fans sedientas, y volví a recordar la noche que pasamos juntos, fotograma a fotograma.

¿Cómo es que no me di cuenta antes de lo raras que eran las cosas?

Los escoltas durmiendo en el Four Seasons no estaban allí por otra persona. *Nunca* hubo otra persona.

Era él.

La preciosa decoración de «celebridad de primera» que había en su *suite*, desde los toques de color azul y rojo en los jarrones hasta la colección de té «real» y las tarjetas adornadas no eran algo normal. Lo habían diseñado todo a medida.

El «director» con quien nos habíamos cruzado en el aparcamiento, el

mismo hombre que había hecho de técnico en The Great Wheel, estaba ahora detrás de William, a poca distancia.

Algo que había dicho cuando lo habíamos visto me había parecido extraño, pero ya lo entendía: «¿*Sin la cobertura adecuada? ¿Y sin haber avisado con antelación?*».

Los motivos que tenía para querer saltarse la discoteca, evitar la multitud que había en el hotel y «fingir que las normas habituales no se aplican a esta noche» cobraron sentido en ese momento.

Hostia puta.

Necesitaba un poco de aire, así que navegué entre el mar de compañeras babeantes y me dirigí hacia la salida más cercana.

—¿Chloe March? —La voz de Hazel me hizo detenerme en seco—. Chloe, ¿por qué te marchas?

No me jodas.

Me di la vuelta y vi que todos me estaban observando. William sonrió con satisfacción desde el escenario.

—Yo... eh... solo iba al baño de señoras —murmuré.

—¡Sube aquí con nosotros! —Me hizo señas con la mano—. Tengo que decirte algo especial delante de todo el mundo.

Me quedé tiesa, incapaz de moverme.

—¡Vamos, no seas tímida! ¡Tú no eres así!

Alguien me dio un empujón. Después otro. Después otro.

Mi cuerpo llegó al escenario sin ningún esfuerzo; fue una versión triste de la manera en que el público llevaba a cuestras a los músicos en los conciertos.

Me obligué a subir los escalones y Tyler extendió la mano.

—Encantado de conocerla, señorita March —dijo, con voz grave.

—Encantada de conocerle también, señor *Tyler* Carrington.

Él sonrió, y una descarga eléctrica familiar me recorrió las venas cuando sus dedos aferraron los míos durante demasiado tiempo.

Lo solté con lentitud y miré a Hazel.

—Chloe, no hay nadie más aquí que se merezca un ascenso tanto como tú —dijo al micrófono—. Eres, de lejos, la persona con más talento de mi equipo y, como nuestra nueva directora de administración, estarás directamente a las órdenes del señor Carrington.

¿Qué?

Tragué saliva.

¿En qué coño se parece eso a un ascenso?

—Me rompe el corazón tener que dejarte marchar, pero estás hecha para algo mucho más grande. —Esperó a que el estallido de aplausos de la sala se silenciara—. ¿Puedes acompañar al señor Carrington detrás del escenario durante un segundo y mostrarle cómo les damos la bienvenida a los nuevos miembros de nuestro equipo?

Yo asentí, completamente entumecida.

Me despidió con la mano, y le indiqué a William-Tyler-Mentiroso que me siguiera detrás del escenario, hasta la sala de sonido.

—Ahí —dije, señalando hacia el enorme libro de invitados dorado—. Firma con tu nombre, el que sea que estés usando hoy, claro, y después sonríe a la cámara y di «No soy un lector habitual. Soy un lector *canalla*».

—Mmm. —Sacó un bolígrafo del bolsillo, se acercó al libro y firmó solo como «Tyler».

Después se me quedó mirando de arriba abajo, igual que había hecho la noche en que nos conocimos. Era la misma mirada llena de deseo que me había hecho pedirle que folláramos sin protección, una mirada tan poderosa que casi me hacía querer dejar a un lado todas las inhibiciones y follar con él una y otra vez. Ahí mismo, en esos momentos.

Salí del trance cuando se guardó el bolígrafo. Necesitaba un baño frío de realidad.

Estás embarazada de este hombre. Este hombre es un maldito miembro de la familia real... y tu jefe.

El corazón se me desbocó cuando se acercó, y yo miré por encima del hombro para asegurarme de que estábamos solos.

—No entiendo por qué no he sabido nada de ti. —Mantuvo el tono de voz bajo—. ¿Acaso has perdido mi número de teléfono?

—¿Perdona? —Tragué saliva—. ¿Tu número de teléfono?

—Sí, el que te escribí en ese post-it morado.

—Señor Carrington, acabo de conocerle hoy —dije—. No sé por qué piensa que alguien como yo podría tener *su* número de teléfono.

—Ah...? —Sonrió—. Así que quieres jugar a eso conmigo.

—No, señor —contesté—. Le garantizo que aquí, en la Editorial Canalla, no juego con nadie. Me lo tomo todo muy en serio.

—Chloe...

—Soy la señorita March, señor Carrington.

—Vale, *señorita March* —reconoció, acortando la distancia entre los dos—. Hace casi dos meses tenía la polla enterrada muy dentro de tu coño, y tu clítoris en la punta de mi lengua. Cada vez que te corrías, me rogabas que volviéramos a follar porque nunca tenías suficiente. ¿Te suena eso a algo?

—Para nada, señor. —Tragué saliva con más fuerza y di un paso atrás—. Me suena a que es posible que me esté confundiendo con otra persona. También me suena a que puede que quiera escribir esas palabras para que las usen nuestros autores de romántica.

—Necesito verte en mi despacho cuando se acabe esta ceremonia —anunció—. Tenemos asuntos pendientes de los que debemos hablar.

—Tendrá que esperar hasta después de mi descanso para comer.

—¿Y cuándo es eso?

—Ahora mismo. —Pasé a su lado corriendo, dejé atrás a la gente y me dirigí directamente a la primera salida lateral.

Abrí las puertas de un empujón y solté el aliento, pero no tuve tiempo de volver a respirar.

—¿Cómo ha sido el primer día de Tyler Carrington como tu jefe?

—¿Ha mencionado algo sobre la familia real?

—¿Te interesaría hacer una entrevista?

—¿Qué coño...?

Los reporteros se apiñaron a mi alrededor, haciéndome demasiadas preguntas a gritos.

—¿Se ha traído a alguien de Londres con él?

—¿Qué opinas de que alguien como él haya venido y ocupado directamente el puesto más alto?

Sin decir nada, los esquivé y seguí corriendo en cuanto encontré un hueco despejado.

Esto no puede estar pasándome a mí. Esto no puede estar pasándome a mí.

El notición de un embarazo era una cosa, pero ¿*aquello*? Era un ataque nuclear, y no había un refugio antibombas lo bastante grande para esconderme.

20

POR SUPUESTO QUE NO ES ÉL

EMBARAZADA DE SEIS SEMANAS Y UN DÍA

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

—¡Eh! —Madison levantó la vista del mostrador cuando entré en su tienda—. ¿Qué haces aquí antes de comer?

—Lo he encontrado, lo he encontrado hoy —tartamudeé—. Mi jefe, familia real, nuestra cita, ahora todo tiene sentido.

—¿Eh? —Entrecerró los ojos—. ¿Qué estás diciendo?

—Él. —Empecé a caminar de un lado para otro—. William, pero en realidad es Tyler. No es él, pero lo es, y...

—Aguanta un segundo y deja que coja una libreta de la trastienda —me interrumpió—. La última vez que llegaste aquí con un ataque de pánico, me diste la idea para el sabor que mejor se ha vendido.

Me acerqué a la vitrina de los helados y me preparé una tarrina de «Qué leches con trozos de chocolate» y «Preparado de estoy jodida», pero ni siquiera fui capaz de tomar una cucharada.

Mi cabeza seguía discurriendo en un millar de direcciones, y mis niveles de ansiedad estaban llegando a otro planeta.

—Vale, ¿por dónde íbamos? —preguntó Madison al regresar.

—Por supuesto que no es él —dije, dejándome caer en una silla—. Me dijo que se llamaba William, pero...

—¿«Por supuesto que no es él»? ¡Me encanta! —Lo anotó en su libreta—. ¿Quieres jugar con alguna mezcla de sabores antes de que lo añada a la carta?

¿Estoy hablando en otro idioma?

—Es hora de hablar del notición, Chloe. —Kristin entró y se metió detrás de la barra—. ¿Cuándo tenías pensado contarnos que el príncipe de Londres, o, bueno, el expríncipe, iba a mudarse a Seattle para trabajar en tu empresa?

—Es mi nuevo jefe.

—Bueno, vale. Han anunciado que es el nuevo codirector general, así que... —Cogió un cucurucho de Oreo—. Eso tiene sentido.

—Dicen que siempre le ha gustado leer, y que su difunta madre insistió un montón de veces en que se ocupara de algo relacionado con la literatura.

—Madison salivó—. ¿Ha sido prometedora tu primera mañana a sus órdenes, o crees que tardará en adaptarse?

—¡El príncipe de Londres, o expríncipe, lo que sea, es mi nuevo jefe! —No podía decirlo con más claridad—. Y también es el mismo tío al que me tiré por mi cumpleaños, o sea, el tío que hemos estado buscando, porque... Me. Ha. Dejado. Preñada.

La mandíbula de Madison llegó al suelo. Al mismo lugar le siguió el cucurucho de Kristin.

—No me dijo su verdadero nombre —continuó—. Hemos estado buscando a un «William» todo este tiempo, y es un maldito «Tyler».

—Bueno, en realidad, «William» es su segundo nombre —indicó Kristin—. Su madre les puso un segundo nombre a él y a su hermano pequeño, Charlie. Creo que a su hermana pequeña, Priscilla, también.

—El segundo nombre de su hermana es «Willa» —la corrigió Madison—. Se parece mucho a «William», y se debe a que a su difunta madre le encantaban los sauces¹.

—¿Desde cuándo os importa la vida de la familia real? —pregunté.

—Siempre que no estás, porque odias a los famosos —respondió Kristin, encogiéndose de hombros—. Es decir, creo que es estupendo que solo leas libros para pasar el tiempo libre, pero creo que deberías intentar saber algunas cosas.

—No, debería dejar mi trabajo y redactar una carta sobre mi embarazo para enviársela a la prensa —afirmé—. Puede que sea la mejor manera de contárselo.

—Guau, joder, no. —Madison negó con la cabeza—. Nunca puedes contarles nada.

—¿Por qué no?

Intercambió una mirada nerviosa con Kristin, y su expresión temerosa me provocó cierta intranquilidad en el pecho.

—Mira, Chloe. —Kristin se acercó a mí y me acarició la mano—. ¿Recuerdas cuando te enfadaste el año pasado cuando *cinco* personas

dejaron *emojis* furiosos en la publicación de Facebook que subiste sobre la Nutella?

—Lo único que dije es que estaba sobrevalorada, y que es muy cara. Esos psicópatas me atacaron sin motivo alguno.

—Sí, bueno... Lloraste por eso durante tres días, así que imagínate la factura que te pasaría si *cinco mil* personas comentasen cada mínima cosa que hagas.

—Es imposible que cinco mil personas sepan quién es este hombre.

—Tienes razón —dijo Kristin—. Son muchas más. Tyler Carrington es *mucho más* que un famoso. Formase parte de la realeza o no, siempre ha sido el más conocido de su familia, por no mencionar que también es el más atractivo, y creo que va a haber un exceso de cobertura por parte de la prensa.

—No estoy intentando hacerlo quedar mal ni nada por el estilo —insistí—. Solo he pensado que, quizá, si decía algo...

—Te destrozarán y harán que quieras morirte —interrumpió Madison, con aspecto preocupado—. Te lo dicen personas que de verdad prestan atención a la cultura de los famosos, ¿vale? No puedes tomar ese camino. *Nunca*.

—Vale. No diré una palabra. —Me recliné en la silla—. Entonces, ¿qué debería hacer a continuación?

—Encuentra la manera de contárselo en privado, y confía en que la gente que ha venido con él pueda elaborar un plan de contingencias. —Kristin se sentó en la silla que había enfrente de la mía.

—¿Se lo digo ya o luego?

—Ya.

—¿No debería investigarlo antes o algo? —No estaba preparada para verlo de nuevo—. ¿Solo para saber con quién estoy tratando de verdad? O sea, me ha mentado...

—¿Hiciste alguna investigación antes de acostarte con él? ¿Te importaba que te estuviese mintiendo en aquel entonces?

—¿En serio, Kristin?

Ella se rio y pulsó en la pantalla de su móvil.

—Voy a darte un curso intensivo, y después tendrás que volver a la editorial. No es por ofender, pero no puedes permitirte perder un día de trabajo.

[1](#) *Juego de palabras intraducible entre «William», «Willa» y «willow», «sauce» en inglés. (N. de la T.).*

21

SECUELAS

SEATTLE, WASHINGTON

TYLER

—Quiero que me traten como a cualquier otro director —le dije al personal de categoría C de mi oficina más tarde, ese mismo día—. Además, no hablen con la prensa que hay fuera, *nunca*. Si quieren saber lo que está sucediendo en este edificio, pueden buscar trabajo aquí. ¿Alguna pregunta?

Un hombre en la fila delantera levantó la mano.

—¿Estamos directamente a su cargo, o al de la señorita March?

—Durante esta transición, cualquiera de las dos opciones está bien. —Miré detrás de él y encontré a Chloe en la parte del fondo.

Llevaba un vestido gris sexy que se complementaba con sus ojos, y fingía sentirse fascinada con algo que había en el suelo. La tira de un sujetador negro de encaje que me resultaba familiar le caía por debajo de la manga.

Sigue llevando mi reloj...

Sonreí.

—¿Alguna pregunta?

—Me he dado cuenta de que anoche se trajo a un equipo de personas para rediseñar y redecorar toda su oficina... —comentó una mujer en traje azul con voz suave—. ¿Significa eso que parte del personal de la empresa que dirigía en secreto se va a unir a nosotros?

—En estos momentos, no —afirmé—. Si lo hacen, los colocaré en otros departamentos. No les quitarán sus puestos de trabajo.

La sala se llenó de suspiros de alivio.

—Me gustaría hablar sobre las publicaciones del mes que viene en la sala de conferencias, mañana por la mañana, a las ocho —dije—. Hasta entonces, gracias por su cálida bienvenida. Pueden marcharse.

Chloe fue la primera en dirigirse hacia la puerta.

—Menos usted, señorita March. —La pillé justo cuando estaba girando el pomo de la puerta—. Tenemos que hablar.

El resto de ejecutivos me estrecharon la mano, uno a uno, antes de salir. La última mujer, una morena que se llamaba Susie, no me la soltaba.

—Creo que le gustará mucho vivir aquí en Estados Unidos. —Sonrió.

—Yo también lo creo.

—Creo que yo también le gustaré.

Intenté retirar la mano, pero me la agarró con más fuerza.

—Mi primera reunión a solas con usted será el fin de semana que viene. Creo que es genial que quiera conocernos en el ámbito personal.

—En el ámbito *laboral*.

—Lo llamaremos así por el momento. —Me soltó al fin. Después, batió las pestañas demasiadas veces antes de dejarme a solas con Chloe.

—¿Le importaría cerrar la puerta, señorita March? —le pedí.

—La verdad es que sí. —Las mejillas se le pusieron rojas como el tomate—. Me gusta sentir la brisa fresca del pasillo.

—Encenderé el aire acondicionado.

—También me gusta que haya otras personas escuchando todas y cada una de mis conversaciones.

—Señorita March —dije, admirando su vestido—, cierre la puerta.

Se quedó quieta, así que fui yo y la cerré, inhalando el familiar aroma de su perfume de fresa y menta.

—Antes de ocuparnos de nuestros asuntos pendientes...

—Ya le he dicho que no le he visto nunca antes en mi vida, señor Carrington.

—Vale. —Sonreí y cogí una carpeta—. Toda la gente que hay en este edificio parece pensar que usted es la *verdadera* directora general, y no Hazel Swift. ¿Puede decirme por qué?

—No tengo ni idea —contestó ella, señalando hacia su etiqueta identificativa—. Como puede ver, antes de mi promoción no era más que una asistente de dirección.

—¿Y no cree que es raro que sus compañeros de trabajo estén deseando decirle al nuevo director que el actual no hace nada de su propio trabajo?

—Todos los que la sigan en TikTok pueden decirle lo mismo. —Se aclaró la garganta, cambiando el tono—. Pero sí que creo que es un poco extraño, señor Carrington. Aun así, es todo un honor que mis compañeros digan eso de mí.

—Es evidente que usted y yo vamos a necesitar pasar mucho tiempo

juntos, y puede que necesite una descripción distinta para su cargo — declararé—. Me gustaría establecer una agenda para las próximas semanas.

—Me parece bien. —Asintió—. Estoy disponible entre las cinco y las cinco y cuarto de la tarde. Creo que podemos hacer un montón de cosas durante ese tiempo. ¿Le viene bien esa franja horaria?

—No.

—Bueno, es una pena —dijo—. Estoy muy ocupada últimamente, y es el único tiempo libre que me queda.

La puerta de la sala lateral se abrió, y esperé a que se cerrara antes de responderle.

—En fin, si eso es todo lo que tenía que decirme... —Se dio la vuelta, y yo la agarré de la cintura.

—No he terminado de hablar contigo.

—¿Qué más quiere decir, señor Carrington?

—Preferiría que me llamasen Tyler cuando estemos a solas.

—Si sigues llamándome «señorita March», entonces me lo pensaré. Es decir, eres tú quien hace trampa con varios nombres y mentiras sobre tu vida, así que dudo que sea tan difícil.

—¿Con que sí recuerdas cosas sobre mí? —Sonreí—. Una mentira por omisión no es una mentira.

—Nunca he visto que eso se sostenga ante un tribunal.

—¿Has tenido ya algo «mejor»?

—¿Días mejores que el de hoy?

—No, mejor sexo que el que practicaste conmigo.

—No creo que sea adecuado que el director general hable sobre la vida sexual de su empleada. —Las mejillas se le sonrojaron—. Aunque, si quieres saberlo, todos los hombres a quienes he invitado a mi casa han tenido la decencia de marcharse sin insultar mi apartamento.

—Probablemente sea porque no lo vieron bien en la oscuridad.

Ella me miró con los ojos entrecerrados, pero se recompuso con rapidez.

—De verdad que tengo mucho trabajo pendiente hoy, y hay cierto problema del que tendremos que hablar muy pronto, pero no creo que ahora sea el lugar ni el momento.

—Si el «problema» es si podemos trabajar juntos después de nuestro encuentro, o si estás mintiendo sobre querer una séptima ronda conmigo...

—Estoy embarazada —soltó abruptamente.

—¿Que estás qué?

—Embarazada.

—Bueno, enhorabuena, señorita March... —Di un paso hacia atrás—. Aunque la baja por maternidad es un asunto de Recursos Humanos. Debería informar de los meses que tiene pensado tomarse cuando lo tenga claro.

—El bebé es tuyo.

—¿Disculpa?

—Tú, Tyler William Carrington II, No-Mentiroso Por Omisión, Hombre Que Está Plantado Delante De Mí, eres el padre de este bebé. Tú.

Se hizo un silencio.

Me quedé mirándola durante varios segundos, esperando que me dijera que era solo una broma. La novatada del primer día o algo así.

—Estaba intentando encontrarte para decírtelo. Pero, como supongo que imaginarás, ha sido difícil hacerlo, puesto que no tenía tu nombre real.

—Tenías mi número de teléfono.

—No me he acostado con nadie desde mi cumpleaños, así que, si estás pensando en refutar esto, he dejado mis análisis y muestras en la Clínica Mercy para que hagan una prueba de paternidad.

—Sigo estancado en la parte de «el bebé es mío».

—Bien. —Sonrió—. Eso se llama «aceptación».

—Algo bastante irónico viniendo de la persona que se ha pasado la mayor parte del día negándolo todo.

—Estoy de un poco más de seis semanas a partir de hoy, y en algún momento tendremos que hablar más —dijo, ignorando mi comentario—. No tengo pensado decírselo a nadie ni mencionar ni una palabra de ello a la prensa, pero quiero que sepas que lo que pasó entre nosotros aquella noche nunca volverá a ocurrir. Una vez ha sido suficiente.

—Sucedió más de una vez.

—Puede que el resto de ocasiones no fuesen memorables. —Caminó hacia atrás y agarró el pomo de la puerta—. ¿De qué «asuntos pendientes» querías hablar conmigo, exactamente?

Me quedé mirándola, pasmado.

—Bueno, vale... —Se quitó el reloj de la muñeca y lo colocó sobre mi estantería. Después, abrió la puerta—. Me voy a ir a casa ya. Que pase un primer día genial en Editorial Canalla, señor Carrington. Bienvenido a Estados Unidos.

22

INSTALÁNDOME

SEATTLE, WASHINGTON

TYLER

Me quedé contemplando la puerta durante mucho tiempo después de que Chloe se marchara, tratando todavía de procesar lo que demonios acabara de pasar.

Los adjetivos «desprevenido» o «acorralado» no se acercaban ni de lejos a lo que me ocurría.

—¿Acaba de decir esa mujer que está embarazada de tu bebé? —Dillon salió de la estancia contigua.

—Esa mujer ha dicho un montón de cosas, Dillon.

—Para mí, las más importantes han sido «embarazada» y «tuyo».

—Para mí ha sido lo de la negación.

—Tyler... —Se puso delante de mí, con los ojos como platos, lleno de pánico—. Que abandonar a la familia real y te vinieras a vivir a Estados Unidos es una cosa. Puedo encargarme con facilidad de todos los problemas que están por venir a causa de eso. Pero ¿que tengas una novia embarazada? No existe ningún precedente para ese nivel de crisis, y no me atrevo a llevar las riendas del primero.

—No es mi novia. Es la «señorita March», como ella misma ha dicho.

—¿Estás escuchando lo que te estoy diciendo?

—No me ha dado ningún tipo de aviso ni ha preparado la conversación ni nada. Ha soltado esa mierda como si estuviese hablando del tiempo.

—Haré una prueba de paternidad en tu médico privado.

—Por favor, sí.

23

NUEVOS CÁLCULOS

EMBARAZADA DE SEIS SEMANAS Y DOS DÍAS

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

Tap. Tap. Tap.

La tubería rota que había encima de mi escritorio le sirvió a mi fiambarrera una tercera ración de agua.

Cualquier otra noche habría sacado la masilla instantánea de debajo de mi cama y habría tratado de arreglarla yo sola, pero estaba demasiado ocupada empapándome de todos los cotilleos sobre la familia real para ponerme al día con veinte años de escándalos y distraerme así de mi situación.

—La princesa Joanna se sentiría totalmente ultrajada con el comportamiento de su hijo al abandonar la familia real —anunció una reportera británica a través de mi portátil—. No ha sido nada propio de la realeza y, si cree que puede escapar al escrutinio de esta transgresión tan vil, está muy equivocado.

El vídeo dio paso a otro de Tyler con una morena preciosa. La cogió de la mano, le dio un beso en la mejilla y ella le sonrió.

—Desde el homenaje a la princesa Joanna de este año, había quedado claro que el príncipe Carrington tenía una relación amorosa y estable con la princesa de Dinamarca, y ella estaba más que lista para pasar la vida con él —continuó la reportera—. Según las fuentes que lo rodean, desconocía totalmente esa decisión, y no tenía ni idea de que tuviera una editorial. Ni de quién era él, al igual que tampoco nosotros lo sabemos.

Detuve el vídeo y lo rebobiné un poco. Entonces abrí mi documento de «WILLIAM-TYLER-MENTIROSO» y comprobé la fecha del homenaje a su madre.

El día antes de acostarse conmigo.

Puaj... Qué cabronazo.

Me obligué a ver el resto del vídeo, en el que la reportera narraba grabaciones interminables de Tyler y la princesa caminando por jardines,

dándose besos en la mejilla en cafeterías y susurrándose cosas que no querían que nadie más supiera.

Aquellas escenas me pusieron enferma. Hasta tal punto que tuve que tomarme dos pastillas de paracetamol y colocarme una bolsa de hielo en el estómago. Hasta tal punto que tuve que tumbarme y aclararme la mente durante un buen rato.

Tardé dos horas en darme cuenta de que no se trataba en absoluto de que me hubiera puesto enferma por ver a Tyler con una posible prometida. Era un dolor casi mortal de nuevo, e incluso peor que el que sentí la primera vez.

Llorando, me giré y cogí el teléfono.

Un Uber no era una opción en esos momentos.

Llamé a una ambulancia.

UNA HORA MÁS TARDE

En la mano tenía una ecografía en blanco y negro, y pasé los dedos por la mancha amorfa sobre la que habían escrito «Bebé A». Después, sobre la que decía «Bebé B».

—Pensaba que había dicho que era un bebé. —Miré a la doctora de urgencias que había visto la vez anterior—. *Uno*.

—Nunca dije nada de ninguna cantidad. —Sonrió—. Solo confirmé que estaba embarazada.

—No puedo tener dos bebés.

—Hay un montón de mujeres que tienen dos bebés, señorita March. —Tiró sus guantes a la basura—. No es tan raro como cree. ¿Ha encontrado ya al padre de los niños?

—Sí.

—¿Está emocionado?

—No es el término que yo usaría, exactamente.

—Ah. Bueno, es duro. —Negó con la cabeza—. No se olvide de pedir el subsidio por hijos y una orden de alejamiento en cuanto los bebés abran los ojos. Un padre reticente es siempre un posible incumplidor, así que tiene que asegurarse del dinero primero o robarle el coche cuando no esté en casa y venderlo.

Debería nominarla para la peor atención al paciente de todos los tiempos.

—Muchas gracias por sugerir un posible delito, doctora.

—De nada —respondió—. Por cierto, sabe que puede pedir citas con el médico en vez de venir a mi sala de urgencias durante la madrugada, ¿no?

—Mi trabajo no me deja tiempo suficiente para programar nada, y mucho menos citas con el médico.

—En ese caso, deje que le dé un consejo. —Parecía sentir compasión hacia mí—. Si yo fuera usted, mantendría en secreto por ahora lo de que son dos bebés. Dígaselo solo a las personas con quienes tenga más confianza hasta que ambos sean viables, ¿vale?

Yo asentí.

—Ahora, váyase a casa y busque una serie en YouTube que se llama *Cómo convencer a un juez para hacer que el padre de tu bebé te mantenga de por vida*, y después puede darme las gracias.

Salió de la sala, y yo volví a vestirme.

Me guardé la ecografía en el bolso, salí al vestíbulo y esperé a que apareciera el coche de Madison.

Mi teléfono vibró segundos más tarde, pero no era ella para avisarme de que estaba cerca.

Eran dos correos nuevos de Tyler.

Asunto: *Tu número de teléfono*

Acabo de recibir los resultados del tema con el que me has atacado hoy. Tenemos que hablar.

Tyler.

Asunto: *Y tu dirección*

Prefiero que nos veamos en persona en mi casa, pero si no quieres hacerlo, dame tu dirección (no está en el directorio de la empresa) y ahora mismo voy para allá.

Tyler.

Qué cojones...

Asunto: *Re: Y tu dirección*

¿Crees que quiero hablar contigo sobre este problema a las tres de la madrugada? (Atención, spoiler: pues no).

Chloe.

Asunto: *Re: Re: Y tu dirección*

Si te dejara decidir a ti la hora de nuestra conversación, no la tendríamos nunca. (Atención, spoiler: eso no va a ocurrir).

Tyler.

Asunto: *Re: Re: Re: Y tu dirección*

Estaré encantada de redactar las condiciones, y podremos negociar a partir de ahí.

Será justo, y creo que estarás contento con lo que se me ha ocurrido.

Chloe.

Asunto: *Re: Re: Re: Re: Y tu dirección*

Estaré «más contento» si me das tu dirección...

Tyler.

Asunto: *Re: Re: Re: Re: Re: Re: Y tu dirección*

Paso. No te gustó demasiado el sitio la última vez.

Te veré en el trabajo.

Que duermas bien.

Chloe.

Asunto: *Re: Re: Re: Re: Re: Re: Re: Y tu dirección*

Si no respondes con tu dirección en los cinco próximos minutos, tú y yo vamos a tener un problema. (Spoiler: no te va a gustar mi solución).

Tyler.

Asunto: *Re: Re: Re: Re: Re: Re: Re: Re: Y tu dirección*

*Amenazar a la madre de tu hijo no estará bien visto en el tribunal. *Me guardo este mensaje* *Espero la «solución» que propones**

Chloe.

Me envió otros tres mensajes más, pero no quise abrirlos.

Tenía que pensar en el otro bombazo.

24

DE LOS NERVIOS

DÍAS MÁS TARDE

SEATTLE, WASHINGTON

TYLER

—¡Oh, no! Debería contratar a alguien para que haga eso por usted, señor Carrington. —Hazel entró en la sala de descanso de los empleados—. Nosotros dos estamos demasiado ocupados como para prepararnos nuestras propias bebidas.

—La verdad es que no estoy seguro de que los americanos sean capaces de preparar bien el té —respondí, abriendo armarios en busca de una tetera—. De momento, no me importa prepararlo yo mismo.

—¡Tonterías! —Me quitó la taza de las manos—. He investigado cómo se hace exactamente, y les diré a todos los becarios que sigan las instrucciones al pie de la letra.

Me apoyé en la encimera mientras ella colocaba mi taza dentro de una Keurig para que se llenase de agua. Cuando la máquina terminó, cogió una bolsita de té preparado de una caja en la que ponía «TÉ INSTANTÁNEO» y la metió en la taza.

La removiò con una cucharita unas cuantas veces y después, por algún extraño motivo, dejó la bolsita dentro y añadió unos cuantos cubitos de hielo.

—¡Ya está! —anunció—. Ahora es al estilo sureño, como lo hacen mis primos, y lo único que necesita añadir es agua. Nosotros, los americanos, también sabemos un par de cositas sobre el té, ¿eh?

Eso no es té.

—No le ha puesto leche.

—¡Puaj! —bufó—. ¿Por qué iba a hacerlo?

Ni siquiera merecía que la mirara perplejo. Todavía me quedaba una semana completa de trabajo con esa mujer, y no tenía ni idea de cómo demonios había llegado a ser la directora general. Era todo un misterio cómo había conseguido parecer, en los pequeños hilos de chat que

habíamos mantenido antes de mi llegada, una mujer de lo más competente.

Dejé su brebaje del demonio en la mesa y apreté el botón del tapón del boli.

—¿Ha visto a la señorita March hoy?

—Sí, ha llegado pronto, como de costumbre —contestó, encogiéndose de hombros—. Me ha enviado ya todos los archivos que me pidió, si es eso lo que quiere. Están sobre su mesa.

Fingí escribir algo en mi libreta.

O Chloe había acudido en versión fantasma varios días consecutivos o había dominado el arte de evitarme. Respondía a mis correos y terminaba su trabajo, pero todavía tenía pendiente honrarme con su presencia desde el día en que salió de mi despacho.

—¿Cuándo quiere revisar las invitaciones para la gala de los autores más vendidos? —pregunté.

—Todavía quedan meses para la gala, señor Carrington. Ni siquiera me he comprado el vestido todavía.

—Lo sé, pero es una de las noches más importantes para el sector editorial. Deberíamos prepararlo todo con bastante antelación, ¿no cree?

—Tendré que hablar con Chloe sobre todo eso —respondió—. Le contaré algo antes de que acabe el día.

—Bien... —Comprobé nuestra agenda conjunta—. ¿Qué hay de la reunión de mañana con el director de redes sociales? ¿Ha podido leer sus comentarios y preocupaciones?

—De nuevo... —Me dio unas palmaditas en el hombro, como si fuese un niño pequeño que estuviese aprendiendo una lección—. Chloe se ocupa de esos asuntos livianos en mi lugar, porque mi tiempo es mucho más valioso que el suyo. Yo me encargo de las cosas importantes.

—¿Le importaría decirme qué es lo que considera «importante»?

Antes de que pudiera responderme, el Fantasma de Chloe apareció en la sala de repente.

Vestida con una falda tubo de color azul marino, que se adaptaba a sus caderas a la perfección, y una blusa en tono *nude* a juego con sus zapatos de tacón, me hizo perder el hilo de lo que iba a decir a continuación.

—Ah, ¡hola, Chloe! —Sonrió Hazel—. Justo estábamos hablando sobre ti.

—Espero que se trate de buenas noticias. —Me dio la espalda.

—¡Noticias geniales! —Hazel extendió las manos—. Le estaba contando al señor Carrington que yo me ocupo de las cosas importantes de la oficina, y que tú te encargas de las cosas ligeras e insignificantes que me ocuparían la mayor parte del día.

—Sí. —Chloe seguía sin mirarme—. Eso es... totalmente cierto. Hablando del tema, he terminado las notas para la reunión con las redes sociales de mañana, y el equipo está trabajando en la gala.

—¿Su promoción reciente no implica que debe contarme todas esas cosas *a mí*, y no a la señorita Swift, señorita March? —inquirí.

—No veo por qué tengo que hablar con usted si estoy haciendo bien mi trabajo. —Parecía como si estuviese sonriendo—. ¿Quiere que me siente en su despacho y charlemos todo el día?

—No se ha pasado por mi despacho en ningún momento. —Me puse delante de ella, harto de hablarle a su espalda a pesar de las impresionantes vistas—. No puede evitar ciertas conversaciones para siempre.

—Me parece que esta pequeña charla que están teniendo los dos se refiere a algo completamente distinto... —nos interrumpió Hazel—. ¿Es algún doble sentido o algo?

—Si hay algo de lo que quiera hablar conmigo, ya le he dicho que puede pedir una cita entre las cinco y las cinco y cuarto —me dijo Chloe—. Estaré encantada de reservarle ese tiempo.

—Necesito mucho más que quince minutos.

—Pues, entonces, pida todas las citas que quiera, señor Carrington. Puede pedir más de una.

—Lo haré sin falta, señorita March —dije, acercándome a ella—. Gracias por tratar de establecer las condiciones de cómo cree que deberían transcurrir los ocho próximos meses.

—Ah, sé *exactamente* cómo van a transcurrir.

—Vale, ¡ya lo tengo! —intervino Hazel—. Esta conversación se trata en realidad sobre el concurso de Shakespeare que vamos a celebrar en invierno, ¿verdad? Chloe quiere restringir el tiempo de actuación a quince minutos, y el señor Carrington opina que la gente debería tener más tiempo en el escenario porque en «las condiciones» les han concedido ocho meses para prepararse.

Se hizo un silencio.

—Eso es, correcto, Hazel —contestó Chloe—. Ese curso de dos mil

dólares sobre lectura profunda que estás haciendo está empezando a dar sus frutos.

—¡Lo sé! ¿A que sí? —Sonrió—. Por cierto, Chloe, ya que estás aquí... —Cogió mi «té» y se lo puso delante de la cara—. A nuestro nuevo amigo aquí presente le gusta mucho el té, y le he hecho una taza para que se sienta más como en casa.

—Su casa está en Londres, ¿no? —Chloe arqueó una ceja—. ¿Por qué no le has puesto leche?

—¡Puaj! ¡Vale! —Lo tiró a la basura—. Dejaré que le hagas tú el té, entonces. Hay un profesor privado de yoga esperándome en mi despacho. Si alguien pregunta por mí, dile que estoy leyendo a Tolkien para que parezca que me encantan los libros de autoayuda, ¿vale?

—Tolkien escribía *fantasía* —dijimos Chloe y yo al mismo tiempo.

—Ah, guau. La fantasía me hace parecer todavía más profunda. — Sonrió—. ¡Optemos por ello!

Se marchó de la estancia sin más, y Chloe me miró al fin.

—¿Está lista al fin para actuar como una adulta, señorita March? ¿Cuándo es la fecha de parto?

No respondió.

En vez de eso, se acercó a un armario y sacó una tetera de cerámica, un infusor, azúcar y una lata de hojas de té.

Abrió el frigorífico, y cogió una jarra de leche y un pequeño cuenco de miel.

Después se marchó.

Me quedé pensando unos momentos antes de seguirla, pero cuando doblé la esquina, ya había desaparecido hacía tiempo.

Demonios...

Al ponerse el sol, encendí el televisor de mi despacho y comencé a pasar canales hasta llegar al de las noticias exclusivas del Reino Unido, aun a sabiendas de que sería un error.

Con el precioso telón de fondo de la catedral de San Pablo, mi padre estaba dando un discurso.

—Mi hijo y yo hemos hablado por teléfono esta mañana —decía—. No existe rencor entre nosotros y, aunque entiende que ya no está incluido en la línea de sucesión al trono, también sabe que todos los miembros de esta familia seguimos queriéndolo.

Qué gran mentiroso.

—También me complace anunciar que es un empresario de éxito por mérito propio. Estoy muy orgulloso, y...

Pasé el canal para poner un concurso y lo dejé a mitad de la frase, muy poco impresionado con esa última actuación. Me enviaba mensajes de unas treinta páginas al día que decían exactamente lo contrario.

Todavía tenía que acabar de leer aunque fuese uno de ellos, porque cada párrafo estaba lleno de tacos.

—¿Señor Carrington? —dijo una becaria, tras llamar a mi puerta.

—¿Sí?

—Dijo que aprovechara el momento en que viese a la señorita March en el mismo lugar durante más de diez minutos, ¿no?

—Sí —contesté—. ¿Dónde está?

—Me ha pedido que le dé esto. —Dio un paso adelante y me tendió un sobre.

Esperé a que se marchara para poder leerlo a solas, pero siguió mirándome.

—¿Puedo ayudarla en algo más, señorita Harrison?

Ella abrió la boca para hablar, pero no pronunció palabra alguna. Sacó un móvil del bolsillo, me sacó una foto y salió corriendo.

Abrí el sobre y leí las primeras líneas, y después me negué a continuar.

«Pliego de condiciones para mi donante de esperma:

-No me molestes en el trabajo a no ser que tenga que ver con el trabajo.

-Presenta un plan de paternidad compartida que podamos negociar.

-Firma el programa adjunto de eventos antes del parto para confirmar que NO vas a asistir.

(Mis dos mejores amigas van a celebrar un baby shower privado para mí. Podrás asistir por videoconferencia)».

Ha perdido la puta cabeza.

25

HASTA EL ÚLTIMO MOMENTO

EMBARAZADA DE SIETE SEMANAS

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

—¡Bienvenidos al podcast de Soltera a los treinta! —sonó la voz de Kristin a través de mis auriculares—. *Hoy vamos a hablar sobre cómo reunir la mejor colección de vibradores. Sí, necesitas más de uno en tu cajón especial. En fin: este episodio está completamente inspirado en una conversación que tuve con mi mejor amiga, una editora que..., bueno, digamos que tiene las hormonas un poco descontroladas últimamente, y tuvo que llamarme a la hora de la comida para despotricar sobre ellas.*

Reprimí una carcajada cuando el programa dio paso a un anuncio.

En esos instantes estaba en el sótano de nuestro edificio, horas antes de que saliera el sol, porque, según había aprendido, era el mejor momento para evitar las hordas de reporteros matutinos que sentían la necesidad de acampar fuera todos los días.

—*Antes de que nos centremos en el tema de hoy, tengo que explicar la diferencia entre el «autoamor» bueno y el excelente* —regresó la suave voz de Kristin—. *Son dos cosas completamente distintas, y aunque ambas...* — El auricular izquierdo se me salió de la oreja y, poco después, le siguió el derecho.

Qué coño...

Me di la vuelta y me tropecé con Tyler, que estaba justo detrás de mí.

Los pezones se me endurecieron debajo de la blusa cuando le di un repaso, y el corazón me dio un brinco. Guapísimo, como siempre, tenía una mirada que brillaba debajo de la tenue luz de la sala, y aunque iba vestido con vaqueros azules y una camiseta negra, parecía recién salido de una sesión de fotos.

¿Por qué está siempre tan perfecto?

—¿Sí, señor Carrington? —pregunté—. ¿Necesita algo?

—¿Cuánto tiempo tienes pensado evitarme?

—Hasta que dé a luz. Puede que un poco después, también.

—Eso solo sería posible si yo fuese de los padres incumplidores.

—Entonces, ¿solo eres de los que engañan a sus prometidas de hace años?

—¿Perdona? —Me miró con los ojos entrecerrados—. ¿De qué demonios estás hablando?

—En el sobre que te di te ofrecía un trato cojonudo —dije—. Puedes responderme por escrito y decirme qué es lo que no te gusta.

Comencé a alejarme, pero él me agarró de la cintura con firmeza y me apoyó contra la pared.

—¿Cuándo es la fecha de parto?

—Señor Carrington...

—Tyler —me corrigió, apretándome más—. ¿Cuándo es la fecha de parto, Chloe?

—El trece de enero.

—¿Has contratado ya a un médico privado?

—Mira mi sueldo. ¿Tú qué crees?

—¿Y qué hay de los fondos para un colegio privado?

—Casi no me puedo permitir libros nuevos en tapa dura... —contesté—. Y eso que la mayoría los consigo gratis.

Sus labios se curvaron en una sonrisa, pero desapareció pronto.

—¿Ni siquiera con la promoción?

—No. Ni siquiera con la promoción.

—¿Se lo has contado a tus padres?

—No he hablado con ellos desde que tenía diecisiete años. —Me detuve un momento para tratar de no contarle que habían desaparecido hacía mucho—. ¿Es eso todo lo que necesitas saber?

—No. —Negó con la cabeza—. ¿Por qué me estás evitando?

—Te lo acabo de contar, literalmente.

—No, te he preguntado *durante cuánto tiempo* tenías pensado hacerlo —replicó, casi rozándome los labios con los suyos—. «Por qué» es una pregunta totalmente distinta, y quiero otra respuesta distinta también.

—Tengo varios motivos.

—Dame los mejores.

—Primero, que lo único que veo cuando te miro es una noche que ojalá pudiese borrar —anuncié—. Segundo, que eres el más...

—Retiro lo que he dicho —me interrumpió—. No quiero escuchar ninguna de tus razones, son solo excusas de mierda.

—¿Porque eres incapaz de aceptarlas? ¿Es eso...?

Dejé de hablar cuando me metió una mano bajo la falda y me apartó las bragas con un solo movimiento.

—Estoy intentando sincerarme contigo, Chloe —dijo, en tono grave—. Pero eso será imposible si tú sigues mintiéndome.

—No creo que seas la persona más adecuada para quejarse sobre mentir. Me metió un dedo muy dentro, e inspiré con fuerza.

—No te arrepientes de haberte acostado conmigo en absoluto. De hecho, apuesto que has pensado tanto en ello como yo, y que siempre que me ves, deseas poder volver a esa noche para pasar de la ronda séptima a la décima a lo largo de la mañana.

—Eso no es cierto...

—Ah, claro que sí. —Se agachó y me mordió el labio inferior, atrapándolo entre sus dientes, mientras me metía otro dedo—. Y creo que te preocupa más la prensa que hay fuera y quién crees que era yo antes de conocerme de lo que te preocupa que te haya dejado embarazada.

—Eso es... —Arquee la espalda cuando volvió a morderme el labio—. Eso tampoco es cierto.

—Eres muy fácil de leer —afirmó—. Eso es lo que más me gustó de ti la noche en que nos conocimos. Y eso es lo que me gusta de ti ahora.

—Espero que esto no se esté convirtiendo en una propuesta de matrimonio.

—También me gustó, y me sigue gustando, tu boquita ingeniosa. —Sacó los dedos durante un instante para arrancarme las bragas. Después volvió a llevarlos a mi sexo cuando el encaje cayó al suelo—. Pero hay un lugar y un momento para ello, y no es hoy.

Comencé a respirar con dificultad cuando presionó el pulgar contra mi clitoris pulsante. Lo acarició, tanteándolo, sin apartar su mirada de la mía. Durante varios segundos, el único sonido que se escuchó fue el zumbido suave de las impresoras y mi respiración entrecortada.

Continuó mirándome a los ojos para ver cómo reaccionaba a su contacto, y yo desistí de mentirle.

—Hoy, a mediodía, entrarás en mi despacho lista para hablar de nuestro bebé. —Metió y sacó los dedos de mi interior, repitiendo el mismo ritmo

exacto que había usado cuando habíamos follado en mi habitación—. Cerrarás la puerta, incluso aunque no debería haber nadie alrededor, porque hoy solo he establecido media jornada, y meditarás sobre esta situación mientras fijamos algunas reglas y límites.

Su ritmo diestro y sensual no remitió. Continuó hablando en voz baja y medida, como si no estuviese controlando todo mi cuerpo con sus dedos.

—¿Estamos ya en la misma página, Chloe?

Yo asentí.

—¿Estás segura? —Me acarició el clítoris con la yema del pulgar de nuevo, llevándome al límite con rapidez, pero no me dejó acercarme lo suficiente como para alcanzarlo—. Necesito escucharte decirlo.

Gemí con suavidad cuando noté que el coño pulsaba contra su mano.

—¿Lo estamos? —preguntó, sin bajar el ritmo—. ¿Estamos en la misma página?

—Sí... —Solté un suspiro y él me metió los dedos todo cuanto pudo—. Sí.

—Bien. —Apartó la mano de golpe y me negó la liberación. Después, se lamió los dedos antes de alejarse—. Te veré a mediodía.

26

PONLO POR ESCRITO

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

Diez minutos antes de las doce estaba ante la puerta del despacho de Tyler. Todavía de los nervios por culpa de sus caricias sedientas en el sótano, puse mi móvil en silencio y volví a comprobar mi bandeja de entrada.

Todo estaba al día a excepción de un correo que había enviado Hazel cuatro minutos antes. El asunto rezaba: «¡Ayúdame! *Es una emergencia REAL*», y no me invitaba a responderlo en un futuro próximo.

Me guardé el móvil en el bolsillo, abrí la puerta de Tyler y la cerré con rapidez al pasar.

Ahora llevaba un traje a medida que lanzaba a mis hormonas hacia una nueva aventura, y estaba sentado ante su escritorio.

—Siéntese, señorita March —dijo.

—Prefiero quedarme de pie.

Me lanzó una mirada incisiva, y yo me acerqué a la silla y tomé asiento.

—Gracias. —Me dio una hoja azul impresa—. Me he esforzado al máximo por hacerlo lo más sencillo posible —dijo, y me di cuenta de que solo había unos cuantos asuntos en negrita.

*«Asistencia médica
Asistencia financiera
Residencia
Profesión
Drogas
Varios».*

—Pagaré todos los gastos sanitarios, y mi médico privado le enviará algunas preguntas pronto —anunció—. Va a volar a Estados Unidos dentro de unas semanas, y se quedará hasta que dé a luz. Yo asistiré a todas sus citas también. ¿Bastará con eso?

—Sí, gracias.

—De nada —respondió—. También he creado un fideicomiso privado

para el niño que le devengará intereses hasta que alcance los veinticinco años.

—Debería crear dos de esos.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Quiere un fideicomiso para usted sola? ¿A los treinta años?

—No. —Puse los ojos en blanco—. Quiero fondos separados para cada uno de nuestros hijos.

—Ya ha sugerido, aunque es una estupidez, que no habrá más sexo entre nosotros, señorita March. Por muy halagado que me sienta al escuchar que quiere que le haga otro hijo incluso antes de que dé a luz a este primero...

—Estoy embarazada de gemelos —le interrumpí—. De verdad, tienes que bajarle un punto a tu arrogancia.

—Y tú tienes que esmerarte un poquito más en cuándo y cómo me das noticias. —Parpadeó varias veces—. ¿Gemelos?

—Sí, gemelos. O sea, *dos* bebés.

No pude leer la expresión de su cara, pero estaba segura de que era exactamente la misma que la mía cuando la doctora me dio la ecografía.

No, espera. La mía fue de puro espanto.

—Crearé dos fideicomisos —dijo.

—Muchas gracias.

—En cuanto a tu residencia, no soy muy fan del lugar en el que vives ahora.

—Eso ya lo has dejado muy claro.

—Mi ático tiene sitio para treinta personas —informó—. Hay muchas *suites*.

—No voy a vivir contigo. Nunca.

—Deberíamos hablar de ello.

—Acabamos de hacerlo —contesté—. Siguiendo punto.

—He consultado la dirección de tu apartamento en una página web sobre cumplimiento de la normativa local —continuó—. Está incluido en un estudio urbanístico llamado «Dueños de tugurios: 101». Se trata, literalmente, de un estudio sobre cómo infringir todas y cada una de las normas de la lista. Lo único que no tiene es una plaga de roedores, pero seguro que pronto esa será otra de las comodidades.

—Es lo mejor que puedo permitirme ahora mismo —dije, demasiado cabezota como para aceptar su caridad—. Y ya he pagado el alquiler hasta

finales de año.

—Siento escuchar eso. —Me dio un folio pequeño—. Esta es la dirección de donde residí actualmente, junto con el código para acceder a mi planta y mi número de teléfono personal. Ya he avisado a los escoltas de que serás una invitada especial, y estaré encantado de recibirte cuando quieras venir.

Doblé la hoja sin mirarla y la guardé en el bolso.

—¿Tienes pensado trabajar durante todo el embarazo?

—Sí.

—¿Tienes pensado decírselo a tus compañeros de trabajo?

—Solo en quienes confío —admití—. Pero no lo de que el padre eres tú, claro. Solo lo del embarazo.

Él asintió y se reclinó en su silla.

—Hoy estás impresionante.

—Tú también...

Durante unos momentos, sentí como si estuviésemos solos en la azotea de la torre Space Needle otra vez. Su mirada ardiente, la tensión que aumentaba conforme pasaban los segundos, mis ganas de...

Su prometida, Chloe. Tenía una maldita prometida.

Ese pensamiento pasó por mi mente justo antes de que mi fantasía desapareciera.

—¿Qué es esto de las drogas? —pregunté.

—Solo una confirmación. Espero que no creas que voy a dejar que fumes maría mientras llevas a mis hijos dentro.

—Nunca fumaría ni bebería estando embarazada. —Me crucé de brazos—. Espero que tú también cumplas esas mismas normas.

—Puedo acceder a ello.

—Genial. ¿Y qué significa ese «Varios» al final de tu lista? —Intenté que no perdiéramos el hilo.

—Me gustaría volver a revisar tu opinión sobre el sexo —dijo, sin más—. No tengo pensado acostarme con nadie más, y no creo que tú tampoco debas hacerlo.

—Qué gracioso. —Miré la hora, y después volví a mirarlo a él—. No veo la palabra «relación» ni «matrimonio» aquí.

Él sonrió.

—Nunca he sido fan de esas cosas.

—Gracias por levantar la bandera roja. Me la guardaré. —Le tendí una copia actualizada de la lista que le había dado el otro día—. La verdad es que esperaba que pudiésemos hablar sobre salir con otras personas.

—¿Cómo dices?

—Estabas a punto de pedirle matrimonio a otra persona como una semana antes de que vinieses aquí —dije, y tragué saliva—. Tuviste una cita con ella antes de acostarte conmigo.

—Nunca he tenido una cita de verdad con esa mujer.

—Pero ¿te has acostado con ella?

—Nunca.

—Está dando un montón de entrevistas en las que sugiere otra cosa.

—Entonces, deberías dejar de verlas.

Negué con la cabeza.

—Fuera lo que fuese, está claro que no lo has superado, y quiero salir con alguien que esté emocionalmente disponible, alguien a quien no le importe que una noche cometiera un error.

—Puedes salir con quien te dé la gana después de haber tenido a mi hijo. —Se detuvo antes de continuar—. Mis hijos.

—Vale, deja que lo exprese de otra manera. —Mantuve mi tono firme—. Estoy a punto de salir con otras personas, tanto si te gusta como si no.

—Entonces, deja que te repita lo que ya he dejado claro antes. No vas a follar con nadie más durante los seis o siete próximos meses.

—¿Y cómo tienes pensado detenerme? —pregunté—. ¿Has decidido contratar un bloqueador de pollas privado?

—No me hagas buscar uno —respondió—. Si quieres follar con alguien porque tienes las «hormonas descontroladas» y necesitas «algo más que tu colección de vibradores», entonces no tienes más que decírmelo. Yo me ocuparé sin problemas, lo prometo.

Solté un jadeo.

—¿Me estabas escuchando durante la pausa de la comida del otro día?

—Estabas en el baño y hablabas más alto que nunca con tu amiga —señaló—. No tan alto como cuando pasaste la noche conmigo en tu apartamento, pero sí muy claro. —Me quedé mirándolo, perpleja—. No te preocupes —dijo—. No había nadie más allí, aparte de mí, puesto que te tomas los descansos para comer por la noche, igual que yo. Como iba diciendo, deberíamos revisar ese punto.

—Entonces, ¿quieres llegar a un acuerdo de sexo sin compromiso conmigo?

—Sí. —Sonrió—. Sin lugar a dudas.

—En ese caso, meditaré sobre ello, sopesaré mis opciones mientras estoy en la feria del libro de la semana que viene y te avisaré si alguna vez estoy lista para hablar sobre ello contigo. Si no, hablaremos de cómo queremos criar a nuestros hijos después. ¿Algo más que quieras comentar?

Parecía impactado por mi repentina declaración.

—Supongo que no. —Me encogí de hombros y salí por la puerta—. Que pases un fin de semana estupendo.

27

NO PUEDES ESCAPAR DE LO QUE ESTÁS HUYENDO

MÁS TARDE, ESA MISMA NOCHE

SEATTLE, WASHINGTON

TYLER

«DEJA QUE ESTA AMERICANA TE DÉ UN VIAJE»

«SERÉ TU PRINCESA»

«LO QUE LONDRES NO QUIERE ME LO QUEDO YO»

Esta noche no voy a llegar a casa sin que me pillen...

—Pensé que dijiste que las americanas estaban un poco menos desquiciadas. —Me quedé mirando los carteles improvisados que había en las ventanas del aparcamiento de mi oficina y les envié un mensaje a mis escoltas para que buscaran una ruta alternativa a casa—. Habría jurado que no estaban al día de la familia real.

—Les gusta la vida de los famosos. —Dillon estaba tumbado cuan largo era en mi sofá, mirando al techo—. Toda su cultura está obsesionada con la fama, y tú eres un exmiembro de la familia real muy guapo, con abdominales, hoyuelos y, al parecer, una cara que merece que se sienten sobre ella. Es la receta perfecta para una sed eterna, vayas donde vayas. ¿Quieres que invite a subir a algunas para sacarlas de la calle?

—La verdad es que no. —Entrecerré los ojos para mirar un cartel brillante, de color rosa fluorescente, que rezaba «VEN A METER TU P CORONADA EN ESTE CC».

—¿Qué es un «CC», Dillon?

—Coño Chorreante —respondió.

—Ya veo. —Sonreí—. Puede que debiésemos haber escogido una isla pequeña para comenzar mi nueva vida en vez de este lugar.

—No intentes seguir mi consejo ahora —se mofó—. Ese barco zarpó hace mucho. Por cierto, has elegido pésimamente, pero pésimamente, a esa Chloe.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que el diccionario haya descrito como «pésimamente» —contestó, sentándose—. Una chica muy lista, muy ambiciosa, muy «debería haber

conseguido más en la vida», pero...

—Pero ¿qué?

—Más te vale rezar para que nadie descubra la relación que hay entre los dos —advirtió—. La cosa se pondrá más fea de lo que nunca hayas experimentado.

—¿Acaso fue un demonio en su vida anterior?

—Peor. —Sacó una carpeta de debajo de un cojín—. Una romántica empedernida que ha salido con un montón de chicos y nunca ha podido conservar un novio durante más de unos pocos meses seguidos.

—Eso no tiene nada de preocupante.

—Ah, sí, claro. —Se encogió de hombros—. Solo que cada vez que rompía con uno, cambiaba su estado en Facebook y se hacía viral. Son todo un entretenimiento.

Arqueeé una ceja.

—Los he copiado y pegado todos para que los veas. Ah, y te va a encantar este. Una de sus mejores amigas dirige un *podcast* con millones de seguidoras en el que una vez invitó a Chloe. ¿Quieres saber cuál fue el tema de conversación?

—Estoy seguro de que estás a punto de contármelo.

—El arte de hacer unas mamadas inolvidables, «tan buenas que se correrán en tu boca en tan solo unos minutos», dicen. —Puso los ojos en blanco—. Muy elegante.

—Interesante. —Sonreí—. ¿Cómo se llama el *podcast* de su amiga?

—Esa parte puedes averiguarla tú mismo. —Me arrojó la carpeta.

—Has hecho todo el trabajo mientras te asegurabas de que quedara fuera del punto de mira, ¿verdad?

—Pues claro —respondió, asintiendo—. Siempre y cuando se trate de una tutela compartida sin sentimientos, sexo ni citas entre los dos, creo que irá bien. No habrá sexo, ¿no es así?

Evité la pregunta.

—¿Has encontrado la dirección de su casa?

—Sí.

—¿Me la das?

—¿Para qué?

—Me gustaría enviarle algunas flores.

—¿Para qué?

—Quiero que empecemos de nuevo —dije—. Que estemos en la misma página.

—Dime el tipo de flores y qué quieres que diga la nota. Yo me ocuparé de ello.

—Esperaba darle un toque más personal.

—Eso no va a suceder. —Sacó su móvil—. Tu hermano y tu hermana han llamado unas cuantas veces. Pasa la noche hablando con ellos en vez de preocuparte por la señorita March.

—¿No vas a darme nunca la dirección de su casa?

—Nunca.

En torno a la medianoche, traté de mantener una expresión estoica mientras mis hermanos gemelos menores «lloraban» en la pantalla de Skype.

—Es que no te entiendo, hermano —dijo Priscilla—. Nos has dejado atrás sin más, sin previo aviso. Ha sido egoísta y cruel.

—Eres un capullo y un idiota —añadió Charlie—. Hay mucha gente que mataría por esta vida, y tú la tiras como si no significase nada. ¿Y para qué? ¿Por libros?

—Aquí también tenemos libros. Has demostrado ya que se te dan bien. Puedes volver y hacer lo mismo aquí.

Hasta hablan con la misma cadencia que nuestro padre...

—Victoria ha estado llorando a mares. —Priscilla se secó los ojos con un pañuelo de papel—. Has hecho quedar como una idiota a esa pobrecita. Te quería.

Se quería a sí misma, pensé, haciendo un gesto de exasperación.

—La prensa continuará siguiendo todos y cada uno de tus movimientos allí —continuó Charlie—. No has escapado de nada. Solo te has llevado todos tus problemas contigo al otro lado del charco. Y dicho esto, si vuelves y te disculpas en el plazo de noventa días, seré el primero que te perdone públicamente.

—Puedes guardarte la disculpa —le contesté—. Ya os he dicho que volvería para vuestra fiesta de cumpleaños conjunta, y para la celebración anual de nuestra abuela, que es semanas después. Es lo único que puedo prometeros, y no he tomado esta decisión con la esperanza de que ninguno de los dos la entenderais.

—¡Eres mucho más egoísta de lo que pensaba! —gritó Priscilla—.

Eres...

Silencié el micrófono y puse un vídeo en bucle para aparentar que seguía estando presente.

Me acerqué a mis ventanales y observé Seattle desde lo alto, esperando echar de menos las vistas de Londres, pero eso no sucedió.

Mientras contemplaba cómo The Great Wheel daba vueltas con sus luces moradas y azules, una llamada hizo vibrar mi teléfono.

Era un número desconocido.

Dudé durante unos segundos antes de responder.

—¿Diga?

—Hola —sonó la voz rasgada y distintiva de Chloe desde el otro lado de la línea—. Soy yo, la señorita March.

—Ya lo sé, Chloe.

—Sí, bueno... —Se aclaró la garganta—. ¿Tienes unos minutos?

—Depende. ¿Es una llamada sobre trabajo?

—Es el único motivo por el que te llamaría alguna vez.

—Pues claro. —Sonreí—. ¿Qué ocurre?

—Se suponía que Hazel iba a enviarme algunos archivos importantes de Peter Truss antes de mi viaje, pero creo que te los ha enviado a ti. ¿Puedes comprobarlo y reenviármelos?

Puse el altavoz y comprobé mi buzón de entrada. Era cierto, Hazel me los había enviado a mí una hora antes, dirigidos a Chloe.

Abrí un segundo correo que me había enviado a mí directamente.

Asunto: Vida de codirectores

Señor Carrington:

Sé que acaba de empezar aquí, pero quiero que todos le respeten tanto como me respetan a mí, así que voy a enviarle unos cuantos recordatorios desde el cariño.

No se quede hasta tarde trabajando con los empleados y no pase demasiado tiempo hablando en la sala de descanso. No está al mismo nivel, y ellos deben mantenerse en su sitio. Usted está a mi nivel, y tenemos que seguir juntos.

¿Vale? ¡Vale!

¡Ah! Y me parece que no es pobre (¿verdad? ¿Sigue teniendo dinero?), ¿quiere acompañarme a ir de compras durante la comida el lunes? Tengo que conseguir un bolso de Versace para la próxima gala antes de que lo compre nadie más.

Hazel Swift

Codirectora

Editorial Canalla

Lo borré, ahogando un gemido.

—Voy a reenviarte el correo —le dije a Chloe—. ¿Algo más?

—No, gracias.

Se hizo un silencio.

—Ya puedes colgar, a menos que no tengas a nadie más con quien hablar esta noche.

—Tengo a mis dos mejores amigas a las que puedo llamar siempre que quiero —dijo—. Son como hermanas.

—Pero no están disponibles ahora mismo, ¿verdad?

No respondió, y yo me reí.

—¿Sigues en la oficina?

—No, estoy en... en el Whimstery Café —admitió, en tono un poco más suave de lo habitual—. Me gusta trabajar aquí cuando termino en la empresa porque te rellenan la taza todo el rato y el personal es agradable.

Me senté en una silla y tamborileé con los dedos sobre el reposabrazos.

—¿Y cómo es?

—Es muy bonito —admitió—. Tienen un montón de espacio de trabajo, mejor café que la mayoría del resto de cafeterías, y...

—No, eso no —la interrumpí—. ¿Qué tal es trabajar en una cafetería sin que nadie moleste? ¿Sin que nadie se acerque corriendo hacia ti cada pocos segundos?

—Ah. —Se quedó en silencio durante unos instantes—. Es muy tranquilo.

—¿Saben los camareros a qué te dedicas?

—No, y no les importa. —Se notaba que estaba sonriendo—. Pero son muy simpáticos. Tienen una sala privada abajo, por si algún día quieres reservarla para ti.

—Tendré que pensarlo algún día. —Pulsé en mi pantalla unas cuantas veces—. ¿Cuánto tiempo vas a estar allí?

—Hasta que tenga que recoger mi coche de alquiler por la mañana. ¿Tienes pensado aparecer y discutir conmigo?

—Esta noche no. —Terminé de jugar con la pantalla—. Pero dime una cosa: ¿cómo consiguió Hazel el puesto de directora general, antes que tú o cualquier otro?

—¿Te refieres a por qué le compró su papá multimillonario una empresa solo porque un día pasara por delante y dijera «¡Ay! ¡Canalla! Rima con “Balenciaga”, ¿me la compras, papi?»? ¿Es eso lo que querías saber?

—Por favor, dime que acabas de inventártelo.

—Es la triste realidad —dijo—. Es su primer trabajo y, por eso, su padre cree que es ella quien está llevando muy bien la empresa.

—Y tú no has dicho nada sobre este problema porque...

—Porque algunos de nosotros, las «personas pobres», no podemos permitirnos agitar las aguas si nadie va a creernos —añadió en voz baja—. No tengo un salvavidas al que agarrarme.

—Probablemente debamos hablar sobre darte un cargo nuevo y otro salario muy pronto.

—Eso estaría bien...

—Aunque todavía no he decidido si dependerá de lo que decidas sobre volver a considerar el tema del sexo conmigo —añadí—. Tengo que pensarlo en profundidad.

—Voy a colgar ya.

—Era una broma, Chloe.

—¿Lo era?, ¿en serio?

—No. —Sonreí, esperando que colgara, pero su risa ligera me llegó desde el otro lado de la línea.

—¿Qué nombre me has puesto en tu teléfono?

—Tyler.

—Lo dudo.

No habló durante unos segundos.

—El-padre-de-mi-bebé-a-quien-odio.

—Qué pegadizo.

—Lo es. —Se rio—. Ah, espera. Alguien quiere hablar conmigo. Un momento.

Me acerqué al portátil y vi que Charlie y Priscilla seguían parloteando, así que reinicié el vídeo en bucle.

—¿Son tuyas? —preguntó Chloe, en voz baja.

—¿El qué?

—Son rosas blancas y rosas de diseño.

—Estoy seguro de que van con una nota.

Se quedó callada un momento y después inspiró con fuerza.

—¿En serio?

—Tenía pensado dártelo la mañana de después de la noche que nunca ocurrió si me hubieses dado otro día más, claro, pero ya sabes cómo acabó la cosa.

—Vale, ahora sí que voy a colgar.

—Al menos podrías leérmela para que pueda decidir si quiero usar esa compañía otra vez.

—Te enviaré una foto. —Al fin colgó y mi teléfono vibró, avisando de que tenía un mensaje.

La nota de la foto estaba escrita tal y como yo lo había pedido.

«Feliz cumpleaños, Chloe.

Sé que acabamos de conocernos, pero he decidido hacerte un regalo de cumpleaños.

No estoy seguro de qué es lo que te gusta, aunque como tienes un coño tan apretado y seguramente seguiré pensando en él durante un tiempo, aquí tienes cincuenta rosas blancas y rosas bien apretaditas.

Deberías llamarme cuando las pongas en un jarrón.

Estoy dispuesto a pagarte un vuelo para que vengas a verme y podamos acabar lo que empezamos.

Esta vez, no pararemos en la séptima ronda.

Tyler».

28

EL PRECIO QUE TIENES QUE PAGAR

EMBARAZADA DE SIETE SEMANAS Y TRES DÍAS

FERIA ANUAL DEL LIBRO

PORTLAND, OREGÓN

CHLOE

A veces era difícil creer que la misma mente que había creado mis historias favoritas de todos los tiempos pertenecía a la misma persona que estaba hiperventilando y llorando en un baño.

O que a la persona detrás de la trilogía de suspense romántico más terrorífica le daba mucho más miedo enfrentarse al mundo real.

—¿Señorita Banks? —Llamé a la puerta de un cubículo—. Señorita Banks, este evento es muy importante para sus fans. No puede quedarse aquí durante toda la sesión de firmas.

—Mis fans me odian —lloró—. No les gusto en absoluto.

—No habrían comprado entradas para verla si fuera ese el caso. —Me miré el reloj—. Se lo prometo.

—Han comprado entradas para conocer al expríncipe. Esperan que aparezca. He visto algunas de sus pancartas.

—Ya envió un correo a todo el mundo diciendo que no vendría. —Reprimí las ganas de dejarla allí sola por tercera hora consecutiva—. Su sesión se vendió mucho antes de que se anunciara. ¿Quiere un poco de agua?

—No, quiero drogas.

—¿Un paracetamol? —Abrí la cremallera de mi bolso—. ¿Un ansiolítico?

—No, me refiero a cocaína, Chloe —dijo, sin inmutarse—. La señorita Swift siempre me la trae, y es lo que me ayuda.

Parpadeé varias veces.

—Iré a buscar a Hazel.

Cuando salí del baño, encontré a Hazel de inmediato. Estaba posando junto a una figura de cartón a tamaño real de ella y de Tyler delante de nuestro edificio.

—¿No estamos bien juntos? —Levantó su teléfono y se hizo un *selfie*—. ¿Alguna vez te has dado cuenta de que el señor Carrington se me queda mirando en la oficina? ¿Que parece quedarse totalmente embobado siempre que digo algo?

—Yo llevo mirándote exactamente de la misma manera desde hace años.

—Oh, Dios mío, ni siquiera me había dado cuenta. —Se llevó una mano al pecho y me puso la otra en el hombro—. Ay, lo siento, Chloe. No me gustan para nada las mujeres. Es decir, estás tan guapa como siempre, y últimamente brillas un montón, pero prefiero la sensación de una polla llenándome; no creo que pudiera acostumbrarme nunca a una mujer chupándome la pepita ni haciendo la tija, tú ya me entiendes.

—Nuestra mejor autora de romántica está en el baño y quiere cocaína. —Me negaba a continuar con aquella conversación—. Dice que esa es tu especialidad.

—Estaré allí en treinta segundos. —Me hizo una seña para que me pusiera delante de la figura de cartón—. Ponte delante de mi silueta para que parezca que eres tú quien está con Tyler.

—Así estáis bien. Y preferiría no hacerlo.

—Ponte *ya* —lloriqueó—. Es para mi álbum de recuerdos.

Puse los ojos en blanco e hice lo que me pedía mientras ella sacaba fotos. Se quedó mirando su pantalla unos instantes y después me miró a mí.

—¿Sabes? Si te gustaran los hombres, los dos haríais una pareja genial —Sonrió—. Apuesto a que harías una escena porno que te cagas con sus labios, la enorme polla que dicen que tiene y tus pechos, ¿lo sabías? A propósito... —me miró el pecho—, ¿te has operado de las tetas hace poco?

—La clienta, Hazel. —Señalé hacia el baño—. Ya lleva dos horas de retraso.

—Vale. Os he enviado la foto a Tyler y a ti. Te veré en la cena de esta noche.

Se marchó, y yo atravesé la multitud en dirección a los carteles de los libros y las mesas.

No tenía ganas de asistir a los eventos de ese día; solo quería volver a mi habitación, desmayarme y despertarme en la sala de partos.

Cuando estaba subiendo en el ascensor, el teléfono sonó para avisar de que tenía un mensaje.

La médica de Tyler.

Dra. Tevis: Buenas tardes, señorita March. Sé que puede que sea más tarde de la cena allí, pero acabo de hacerle los primeros análisis de sangre. Tiene unos niveles peligrosamente bajos de potasio y de vitamina A. Por tanto, adjunto una lista de alimentos recomendados que debe tomar de inmediato. ¿Podría empezar esta noche? Le llevaré vitaminas prenatales más fuertes en cuanto pueda.

Yo: Claro. Voy a ir a un restaurante ahora mismo. Muchas gracias.

Renuncié a mis planes en la *suite* del hotel y me dirigí hacia el restaurante de la azotea.

Le di un sorbo a mi segundo batido de plátano y leí las «noticias sobre la realeza» de ese día con el corazón cada vez más destrozado conforme iba avanzando.

Qué idiota soy...

—¿Está ocupado este asiento? —Un chico rubio muy mono apareció delante de mi mesa y evitó que siguiera hundiéndome.

—Para nada.

—Está bien saberlo. —Se sentó delante de mí—. Me llamo David, y no quiero que me interpretes mal, pero no conseguía averiguar por qué se te quedaban mirando todos los hombres de esta sala. Hasta ahora, claro. Eres muy guapa.

—Gracias. Yo me llamo Mia.

—¿Algún motivo por el que no estés bebiendo, Mia?

—Sí, eh... —Me aclaré la garganta—. Tengo que volver al trabajo tempranísimo mañana, así que no quiero arriesgarme a llegar tarde.

—Mañana es domingo.

—Trabajo los domingos.

—Lo pillo. —Asintió—. Bueno, ¿me permitirías que te invitara a mi plato favorito de aquí?

—Claro.

Hizo una señal al camarero y yo me obligué a tragar el mejunje salado que me pusieron delante.

Me hizo cuatro preguntas sobre mí y, después, pasó directamente a soltarme un rollo sobre cuánto dinero ganaba con la criptomoneda.

Mientras alardeaba sobre sus últimas vacaciones en Marruecos, el teléfono vibró en mi regazo.

Era una llamada de Tyler.

Le di a «Ignorar».

—Cuéntame algo sobre ti —dijo David—. Perdona de antemano por dejarme llevar.

—Creo que ya te he contado lo básico.

—Exacto. —Me miró el escote, y de inmediato me dio repelús—. Cuéntame algo sexy, algo que me ponga cachondo.

—Está embarazada del hijo de otro hombre —sonó de pronto la voz grave de Tyler a mi espalda—. Es lo bastante «sexy», ¿verdad?

—Perdona, ¿qué? —David se rio, nervioso—. Eso... eso no es verdad. ¿A que no, Mia?

Me di la vuelta y vi a Tyler vestido con una gorra de béisbol y unas gafas de sol enormes que le cubrían la cara, y aun así se las arreglaba para estar de lo más sexy.

—Ni siquiera se llama Mia de verdad. —Su tono era tenso—. Esa mujer no es quien crees que es.

Lo miré con los ojos entrecerrados, a sabiendas de que él estaba haciendo lo mismo detrás de las gafas de sol.

—Ah... —David nos miró al uno y al otro, y se puso de pie—. Vale, adiós.

Se alejó de la mesa sin decir ni una palabra más.

—Parecía un buen chico —comentó Tyler, tomando asiento frente a mí—. Siento mucho haber interrumpido.

—Lo dudo. ¿Has perdido la cabeza?

—No, pero tú sí que debes de haberlo hecho. —Le hizo una seña al camarero—. Ya hemos hablado de esto de las citas, y creo que he sido bastante claro al respecto.

—¿Me estás siguiendo?

—Has puesto un puñetero estado en Facebook. —Hizo un gesto de exasperación—. Has dicho que querías una compañía mejor para cenar.

—Eso no era para que lo vieras tú. No somos amigos ahí.

—Tu perfil es público. —Hizo una pausa—. Dije muy en serio lo de salir con otras personas, Chloe.

—Han sido solo una conversación y una comida —respondí—. No iba a convertirse en nada más.

—La forma en que te miraba decía otra cosa. —Se remangó—. Y si no hubiese sido él, había otros hombres en esta azotea esperando su oportunidad.

Miré por encima de mi hombro y me di cuenta de que todos los invitados que estaban bebiendo unos minutos antes habían desaparecido ahora, cortesía de los guardaespaldas de Tyler.

David estaba hablando con un escolta con traje azul oscuro y firmando sobre algo parecido a un bloc de notas.

¿Qué coño...?

—Dejando a un lado lo de espiarme en Facebook, pensaba que no ibas a venir a este evento.

—Y no iba a hacerlo —dijo—. Pero entonces te he visto sacándote una foto con mi imagen de cartón y me he imaginado que al fin querías al de carne y hueso.

—¿Y has hecho un viaje de dos horas y media para eso?

—Un vuelo de media hora. —Sonrió—. Será un placer que me acompañes en el vuelo de regreso. Podemos compensar tu indiscreción en mi cabina.

—Por enésima vez: no voy a acostarme contigo.

—Se supone que debías estar pensándotelo.

—Ya lo he hecho, y la respuesta es que no.

Tyler soltó una carcajada por lo bajo mientras el camarero rellenaba mi copa y le daba la carta.

—Tomaré agua —anunció él—, y lo que sea que esté tomando mi compañera para cenar.

—Sí, señor —respondió el camarero—. ¿Le gustaría también pimienta extra en su entrante?

—No. —Y esperó a que se marchara—. Me gusta el vestido que llevas —dijo—. Se parece al que llevaste en nuestra primera cita.

—Eso es porque es el mismo.

—¿No me haces ningún cumplido a mí?

—Sí. Estoy empezando a comprender que el padre de mis hijos es un egocéntrico que cree que puede controlar a todas las personas con las que habla.

—Tienes a tus amigas y a tus compañeros de trabajo. Puedes hablar con ellos todo lo que quieras.

Me levanté y él me agarró de la muñeca. Sus ojos se encontraron con los míos.

—Vuelve a sentarte —ordenó—. Ya.

Dudé durante un momento antes de soltarme. Después, volví a dudar durante unos cuantos minutos más antes de volver a sentarme.

—Con toda sinceridad —comenzó, en voz grave—, tienes que eliminar todos tus perfiles en las redes sociales. Se me olvidó mencionártelo en mi despacho.

—¿Y por qué debería hacerlo?

—Porque no quiero que seas una presa fácil a la que los medios de comunicación puedan destrozar. —La expresión de sus ojos pasó de divertida a seria—. Creo que lo he cubierto todo, pero, si por alguna casualidad no lo hubiera hecho... Si la gente se entera alguna vez de que hemos tenido hijos juntos —continuó—, preguntará por toda la ciudad, rebuscarán entre tus vídeos y peinarán todos tus perfiles de las redes sociales para calcular cuándo empezó todo. Tendrás mucha menos intimidad de la que tienes ahora, y la última de tus preocupaciones será que yo aparezca para ayudar a algún tipo a comprender que no tiene ni una maldita oportunidad de follar contigo.

Le di un sorbo a mi agua y sentí que todos los pelos de la nuca se me ponían como escarpas.

—Dicho esto, tampoco necesitas que haya fotos sobre alguna cena tuya que sea una «simple conversación» con un hombre, porque cuando esos mezquinos les echen la mano encima, no parecerá eso en absoluto. Así que, a pesar de que mis celos han entrado un poco en juego, tampoco es bueno que se te vea a solas con ningún otro hombre durante los seis o siete próximos meses.

Me quedé sin habla mientras él me observaba con atención.

Permanecemos en silencio hasta que el camarero nos trajo la comida.

Tyler cambió su plato por el mío.

—Mi madre se ponía mala siempre que se pasaba con la pimienta cuando estaba embarazada de mis hermanos gemelos. Hasta hoy, no pueden soportarla.

—Tomo buena nota. —Le hice una seña al camarero—. Me llevaré mi cena a casa y volveré en coche. Creo que todos se emocionarán al saber que has decidido venir.

—No he venido por el evento.

—Claro que sí. —Me puse de pie—. Si me marchó yo y Hazel es la única que se queda a representar a la empresa, no puedes irte. ¿Quién sabe

cuánto daño podría hacer?

—Chloe...

—Durará dos semanas —dije; me quité el pase y lo dejé sobre la mesa—. Hay una *suite* en el ático que estoy segura que al hotel le encantará ofrecerte.

—Siéntate para que podamos terminar de hablar.

Continué de pie.

—Preferiría disfrutar del resto de mi intimidad, mientras puedo. Ah, y, por cierto, tu prometida de Londres, Victoria...

—Nunca fue mi prometida —anunció—. Si te sientas, puedo contártelo.

—Hoy ha dado una entrevista de dos horas, llorando, sobre cómo te acostaste con ella noches antes de que te marcharas a Estados Unidos. —Di un paso atrás y me odié por haberla visto, por haber dejado que me hiciera parecer más estúpida todavía por sentirme atraída hacia él y dejar que me metiera el dedo en la oficina—. Los medios de comunicación de allí aseguran, además, que podría estar embarazada.

—Chloe. —Me lanzó una mirada furiosa—. Siéntate ya.

—A lo mejor te apetece llamarla y pedirle que se haga una prueba de paternidad también —dije—. Igual vienen más de dos bebés en camino.

—Si no pones tu culo en ese asiento en los cinco próximos segundos...

—¿Qué es lo que vas a hacer? —Di un paso atrás—. ¿Darme más normas que tengo que seguir? ¿Decirme que no puedo hacer alguna otra cosa porque estoy atada a ti durante los próximos meses?

Siguió fulminándome con la mirada mientras el camarero me preparaba la comida para llevar, y me marché antes de que pudiera seguirme, prometiéndome a mí misma todo el rato que lo evitaría lo máximo posible y le hablaría únicamente cuando fuese indispensable.

29

PREPARATIVOS Y SIMILARES

EMBARAZADA DE OCHO SEMANAS

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

Asunto: *UN FAVOR*

Estimada Hazel:

¿Puedes, por favor, reenviar el mensaje de abajo al señor Carrington? Es mi agenda para las dos (o quizá tres) próximas semanas.

Gracias.

Espero que estés disfrutando de la feria del libro.

Chloe.

Asunto: *Re: Un favor*

JAJAJAJA. ¿Para qué iba a usar el espacio de mi correo solo para eso?

Le he enseñado tu mensaje durante la cena.

No parecía muy contento, por cierto. ¿Desde cuándo necesitas viajar para reunirte con todos nuestros autores en sus ciudades de residencia?

Hazel Swift

Codirectora de Editorial Canalla

¿Por qué me molesto siquiera?

Asunto: *Re: Re: Un favor*

Es algo que sugirió el señor Carrington. Quería que me esforzase por mostrarme más «cercana» con nuestros clientes y que aprenda a mantener un «perfil invisible».

Ha sido idea suya al cien por cien. 😊

Chloe.

Asunto: *¿TRES SEMANAS FUERA DE LA OFICINA? Atrévete.*

Chloe:

Si crees que seguirás teniendo un trabajo a mis órdenes después de haberte marchado durante tres semanas para visitar a los autores sin motivo alguno, estás muy equivocada.

Te veré en el trabajo el lunes, que es el día en que regresaré de esta feria del libro.

No me pongas a prueba, Chloe.

(Contesta al teléfono. Te estoy llamando).

Tyler

Codirector de Editorial Canalla

Me arriesgaré...

TRES SEMANAS DESPUÉS

30

CAMBIO DE PLANES

OTRA SEMANA DESPUÉS

SEATTLE, WASHINGTON

TYLER

Se ha atrevido a ponerme a prueba...

Chloe no se tomó tres semanas. Se tomó *cuatro*.

—Ehhh... ¿Alguno de ustedes tiene pensado hablar durante esta cita?

—La doctora Tevis nos miró a Chloe y a mí el sábado por la tarde.

Estábamos sentados en un apartamento enorme que había comprado especialmente para sus visitas médicas, y lo bastante grande como para que la doctora Tevis se trajera a tres ayudantes y todos los equipos necesarios.

Aun así, Chloe no parecía demasiado emocionada con la situación, y sabía que se había puesto el vestido corto azul y rojo a propósito. Para distraerme y no dejar que me enfadara, y, por desgracia, casi estaba funcionando.

Casi.

—Es un poco difícil asegurarnos de que estamos en el mismo punto si no hablan conmigo —dijo la doctora Travis—. ¿Pueden comentarme cómo han sido las últimas semanas?

—No lo sé, doctora —respondí—. Es la primera vez que veo a la señorita March en casi un mes. Me sorprende que haya aparecido siquiera para esto.

—A mí también me sorprende que lo haya hecho él —soltó Chloe en tono de broma—. Seguro que alguien de su posición tiene un montón de cosas mejores que hacer que comprobar cómo está alguien que cree que es de su propiedad personal.

La doctora Tevis parpadeó.

—¿Alguno de los dos tiene algo que decir sobre el embarazo?

Nos quedamos mirándola sin pestañear.

—Vale, bien. —Colocó una silla delante de nosotros—. Seamos conscientes de que, al ser gemelos, hay que tener precaución hasta que sean

viales, pero ya llevamos doce semanas de embarazo y, hasta el momento, están sanos. Esa es una noticia maravillosa, ¿verdad?

Nadie dijo nada.

—Señorita March, ¿le importaría tumbarse para que pueda grabar los latidos del corazón del bebé y guardarlos en el historial?

Chloe se tumbó sobre la camilla de piel personalizada y se levantó el vestido despacio.

Yo la miré y me di cuenta del pequeño bulto.

La doctora Tevis le extendió un gel frío por el ombligo. Después, levantó una mano enguantada y me hizo una señal para que me acercara.

—¿Quiere moverlo hasta que escuche los latidos del corazón, señor Carrington?

Lo dijo más como una afirmación que como una pregunta, entregándome el ecógrafo. Presioné la punta sobre la piel de Chloe, y sus ojos se encontraron con los míos.

—Apriete un poco, despacio, y muévelo así —ordenó la doctora Tevis, y yo hice lo propio sin apartar la mirada de la de Chloe.

«*Te odio...*», me decía.

«*Yo también te odio*», le respondía yo.

Tum-tum, tum-tum, tum-tum, tum-tum...

Un ligero sonido galopante llenó la sala, y yo mantuve quieto el ecógrafo.

Los ojos de Chloe se llenaron de lágrimas, y se las limpió de inmediato.

—¡Ohhhh! —La doctora Tevis sonrió—. Los latidos del bebé suenan como caballos cabalgando, ¿verdad? Son como unos ciento cuarenta latidos por minuto. Siga moviendo el ecógrafo para que podamos escuchar al segundo bebé.

La desplacé hacia abajo y hacia la izquierda, después a la derecha, y el mismo sonido —ahora un poco más rápido— inundó el lugar.

—Ese está latiendo a unas ciento sesenta pulsaciones. —La doctora aplaudió—. ¡Perfecto!

Los ojos de Chloe volvieron a llenarse de lágrimas, y yo le pasé mi pañuelo de bolsillo.

La doctora Tevis me cogió el ecógrafo y escribió algunas notas en su libreta.

—Tendrá que venir para que le extraigamos sangre para el test prenatal

de control que le haremos dentro de tres semanas, señorita March —dijo—. ¿Querrá saber el sexo de los bebés con los resultados?

Al final, le hablé a Chloe.

—¿Quieres saberlo?

—No —respondió—. Mis amigas van a revelármelo en una fiesta privada especial para eso.

—Vale. Anotaré que tengo que entregarlos en un sobre sellado cuando los tenga. Iré a por otra prueba antes de que se marche. —Sonrió y salió de la estancia.

—¿Cuándo es esa fiesta privada? —pregunté.

—No estás invitado. —Se irguió, y se cubrió la barriguita con el vestido.

—¿Perdona?

—No estás invitado —repitió—. Te enviaré un vídeo.

—¿No estoy invitado a la fiesta de revelación del sexo de mis hijos? —Me quedé mirándola, furioso—. ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Puedo repetírtelo si quieres.

—Tenemos un acuerdo, Chloe. De ahí que estés en esta *suite* privada recibiendo los mejores cuidados.

—Y cuando empieces a cumplir con tu parte y dejes de pensar en manejar mi vida fuera de la oficina, o que puedes saltar de las bragas de tu exprometida a las mías, volveré a considerar mi decisión.

¿Qué?

—¿Qué acabas de decir?

—He hablado bien claro —respondió, bajándose de la camilla—. Todavía tienes que disculparte por lo que hiciste, e incluso entonces, dudo que sea suficiente. Gracias por sacar a la luz toda esa mierda de la prensa.

Se dirigió hacia la puerta, pero yo le agarré la mano desde atrás y le di la vuelta para apresarla contra la pared.

Coloqué las manos por encima de su cabeza y la atrapé con mis caderas, mirándola a los ojos con intensidad.

—¿De verdad piensas tan mal de mí? —pregunté—. ¿De verdad crees que follaríamos así y que te rogaría más si estuviese prometido con alguien? ¿Si estuviese remotamente interesado en otra persona?

Se le pusieron los ojos como platos.

—No perdería el tiempo yendo detrás de ti, esperando que entraras en

razón y que vieras que no me importa una mierda la vida que dejé atrás ni que me consideres el «padre-de-tus-bebés-a-quien-odias-pero-con-el-que-quieres-follar-en-secreto».

—Ese no es el nombre que tengo en mi teléfono.

—Pues deja de perder el tiempo y cámbialo.

Inspiró con fuerza.

—Hay más gente en esta planta... —murmuró.

—Pues, entonces, te sugiero que me dejes terminar de hablar y que no discutas. —No le quité los ojos de encima—. Todo está bajo control, la prensa está amordazada y atada de pies y manos y las únicas personas que importan en esta situación están justo aquí, en esta sala.

—Victoria Nauss...

—Es una puñetera mentirosa —confesé—. La besé *una vez*, meses antes de conocerte, y nunca volví a hacerlo. Está acaparando la atención, y mi familia está tirando de los hilos de este espectáculo de mierda. Si quieres, puedo enseñarte el guion.

Se quedó mirándome durante varios segundos, confundida.

—No es lo que tú crees —le dije—. No puedo explicarlo en solo unos minutos, pero necesito que confíes en mí. Dejé esa vida por un motivo, y cada mentira que inventan me hace darme cuenta de que tomé la decisión adecuada.

Ella tragó saliva, sin dejar de mirarme a los ojos.

—Me gustaría concertar una cita para que me des esa explicación.

—Vale. ¿Puedes volver al trabajo mañana?

—Lo pensaré.

—Necesito que hagas más que eso. No puedo hacer nada en el trabajo si Hazel es la única que está presente.

—Entonces, quiero un cargo distinto y otro sueldo.

—Si hubieses abierto cualquiera de mis correos durante las cuatro últimas semanas, habrías visto que ya te los he dado.

—¿Y eso incluye un aumento del veinte por ciento?

—No.

—¿Quince por ciento?

—No. —Me pasé la mano por el pelo—. Prueba otra vez.

—¿Diez, con extras?

—Recuérdame que nunca te deje negociar nada en mi nombre —me

quejé—. Los jefes de operaciones no suelen recibir aumentos de pequeños porcentajes de donde yo vengo, y estoy casi seguro de que aquí se sigue la misma política.

—¿Qué quieres decir?

—Te pago siete veces más de lo que cobras ahora, y hay un montón de extras —expliqué—. Uno de ellos, con carácter opcional, es que puedes follar con el jefe cuando entres en razón.

—Puede que renuncie a ese para que lo use otra persona.

—Tan solo tú puedes exigirlo. —Le acaricié los labios con el dedo—. Entonces, ¿te veré mañana en el trabajo?

—No. —Negó con la cabeza—. Hoy.

31

CAMBIO DE MAREAS

SEATTLE, WASHINGTON

TYLER

—¿Seguro que no quieres irte a casa? —Dillon apareció en el umbral de la puerta de mi despacho más tarde, esa misma noche—. No hay prensa en ninguna de las salidas, y tus fans ya han desaparecido.

—Me quedaré unas horas más.

—Como quieras.

—Dillon, espera.

—¿Sí? —Me miró por encima del hombro.

—En una escala del uno al cien, ¿cuál es el porcentaje de personas que me odian en nuestro país?

—Yo diría que es en torno al «no debería importarte una mierda» por ciento. —Sonrió—. ¿Qué puedes hacer al respecto desde aquí? —Se encogió de hombros y cerró la puerta.

Me recliné en mi silla y me obligué a aceptar una verdad que había estado evitando durante semanas.

«He calculado fatal esta transición».

Todo lo que pensaba que podía ir mal estaba ocurriendo al mismo tiempo, y no estaba seguro de por dónde podía empezar a resolverlo.

A pesar de haber pedido que me tratasen como a cualquier otra persona más, la prensa —tanto la americana como la británica— continuaba montando una campaña diaria fuera del edificio de la editorial. Las mujeres —y los hombres— flirteaban conmigo sin nada de sutileza durante las reuniones, y me estaba instalando un baño privado porque seis becarias me habían seguido «por accidente» hasta el servicio de caballeros un día.

Hacía mucho que había renunciado a pedir la opinión de Hazel en nada a excepción de listas de reproducción, recomendaciones de restaurantes o —cuando estaba desesperado— atracciones para los turistas.

Abrí mi portátil y pensé en enviarle un correo a Victoria Nauss para exigirle que dejara de fingir sus lágrimas, pero sabía que iba a enseñárselo a

mi padre y a encontrar la manera de tergiversarlo.

¡Toc! ¡Toc! ¡Toc!

—No la he cerrado todavía, Dillon —dije—. Puedes pasar.

La puerta se abrió, pero no era Dillon.

Era Chloe.

—El agua acaba de cortarse en mi casa —anunció—. ¿Te importaría si me quedo en tu *suite* extra a pasar la noche?

—¿Mi *suite* de aquí o la de mi apartamento?

—Aquí. —Se sonrojó—. Todavía tengo que trabajar unas cuantas horas, y después tendré que levantarme temprano para asistir a unas cuantas reuniones. Solo necesito un lugar donde echar una cabezadita que no sea el vestíbulo.

—¿Cuándo tienes pensado venir a quedarte en mi casa?

No respondió. En su lugar, colocó una mochila pequeña en mi sillón y se dejó caer sobre los cojines.

Sacó una carpeta y me miró.

—Gracias por el verdadero ascenso.

—Te lo merecías desde hace años —dije, acercándome a ella—. ¿En qué estás trabajando?

—En planes publicitarios.

—¿Necesitas ayuda?

Ella asintió y me entregó unas cuantas páginas.

—¿Puedes hacerme un favor?

—Claro —contesté—. ¿De qué se trata?

—¿Puedes volver a tu escritorio y prometer que no vas a quedarte mirándome?

—No. —Sonreí, me senté a su lado y la subí sobre mi regazo—. Si quisieras eso, no deberías haber estado fuera durante tanto tiempo.

—Entonces, ¿puedes contarme tu historia con Victoria?

—Claro. —Inhalé su aroma familiar—. ¿Por dónde quieres que empiece?

—Por el principio.

—¿Dejarás de leer tanto los titulares de la prensa cuando haya acabado?

—Lo intentaré —respondió—. ¿Puedo hacerte preguntas sobre los que me molesten?

—Sin ningún problema.

32

UNA ESTRELLA TODAVÍA

TYLER

«TYLER CARRINGTON, PILLADO CON UNA HEREDERA AMERICANA:
¿ES ELLA EL MOTIVO POR EL QUE SE MARCHÓ DE LONDRES?»

«LOS CRÍTICOS DUDAN DE QUE EL PRÍNCIPE CARRINGTON
REPITA SU ÉXITO EDITORIAL EN AMÉRICA»

«LA PRINCESA VICTORIA HARÁ UN DOCUMENTAL:
CORONA ROTA, PROMESAS ROTAS»

«LA FAMILIA REAL ESTÁ QUE TRINA POR
LA FALTA DE COMUNICACIÓN DEL PRÍNCIPE CARRINGTON»

33

ERES EL CENTRO DE LAS MIRADAS

EMBARAZADA DE TRECE SEMANAS Y CUATRO DÍAS

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

MADISON: *Chloe, ¿hay alguna noticia sobre el príncipe Carrington? ¿Por qué se lo ve tanto con Hazel en los medios cuando SABEMOS que quiere estar contigo? (Y sabemos que tú también con él).*

Kristin: *Sí, ¿cuándo vas a contarnos cosas sobre el SEXO? Nos lo dijiste todo sobre tu primera noche hace meses —demasiado, diría yo—, y ahora echo de menos tu parloteo. Corrijo: echo de menos tu parloteo sobre lo que ocurrió DE VERDAD. No sobre las cosas que QUIERES que ocurran.*

Madison: *¿Tengo que bloquearte otra vez para ayudarte a que des el paso con él? Creo que ya es hora de que te animes al fin. Ya sea tu jefe, un príncipe o lo que sea.*

Kristin: *Estoy de acuerdo, Madison. Deberíamos votar.*

Chloe: *Chloe se dejó el móvil en mi despacho anoche... Aunque le contaré sin falta que hay pendiente una votación importante. ;-). Tyler.*

34

QUÉDATE CONMIGO

EMBARAZADA DE QUINCE SEMANAS

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

Coloqué un lienzo enorme delante de las impresoras para bloquear la puerta al sótano y todos mis caballetes privados. De vez en cuando, a altas horas de la madrugada, me escabullía hasta ese lugar para dibujar y pintar ideas de novelas que nunca había escrito, robando un tiempo que después siempre tenía que devolver.

En un universo alternativo, nunca me habían contratado para esa empresa y los riesgos que asumía —autopublicarme, las campañas de *crowdfunding*, el arte callejero— me daban buenos resultados al fin y no me dejaban ahogada en sueños frustrados.

Destapé los bocetos para la gala, di un paso atrás y los observé durante unos segundos, contemplando la sala de baile de *Nubes de azúcar y felices para siempre* y el escenario del baile de disfraces de *Cuento de hadas obsceno*.

Cuando estaba cogiendo una regla, el teléfono vibró avisándome de que tenía una llamada.

Hazel.

Puaj.

—¿Sí? —No me molesté en actuar con profesionalidad.

—¿Sigues en la oficina?

—Durante un rato más, sí.

—Vale, mira qué historia más divertida. —Soltó unas risitas, y supe que lo que me iba a contar iba a distar de resultar nada gracioso—. Hace dos semanas, le dije a la librería independiente de la vuelta de la esquina que haríamos una impresión pequeña de mil copias para su director y, aunque conseguí hacer los libros, me olvidé de las portadas.

¿Cómo es que eres tan incompetente, joder?

—Así que estoy pensando que, ya que todavía sigues en la oficina y

sigues en proceso de transición a tu cargo de jefa de operaciones, ¿puedes ir corriendo a la sala de impresión y ocuparte de ello por mí?

—¿Quieres que imprima, pliegue y prepare mil ejemplares en tapa dura para mañana?

—¡Ja! No seas tonta, Chloe —dijo—. Ya es mañana. Tienes hasta las siete de la mañana.

Colgó sin darme la oportunidad de responder.

Cubrí mis caballetes, recogí mis bártulos y volví a colocar el lienzo grande en su sitio.

A sabiendas de que era imposible, me prometí hacer cincuenta e irme a casa. Entonces Tyler y yo íbamos a hablar sobre cómo ocuparnos de Hazel de alguna manera.

Si el asesinato no era una opción, podía bastar con una renuncia forzada.

Cuando bajé las escaleras, la sala estaba desierta —como de costumbre —, así que encendí la cafetera y me giré hacia la impresora.

Cuando estaba colocando el cartucho de color, Tyler apareció en la estancia.

Se recostó sobre la puerta y se me quedó mirando.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le pregunté.

—Esa frase me es familiar. —Sonrió—. Es lo primero que dije cuando nos conocimos, ¿verdad?

Asentí, y él se acercó a mí.

—Tengo que hacer algo para Hazel. Sea lo que sea lo que quieres, tendrá que esperar hasta después.

—¿Sabes? Creo que es bastante irónico que la mujer a la que más quiero ver, sobre todo últimamente, sea la misma que está tratando de encontrar excusas para hacerme el vacío.

—No te estoy haciendo el vacío para nada, Tyler.

—No he recibido pantallazos de tu aplicación de *Qué esperar*.

—De todas formas, casi nunca los abres. —Saqué una tapa impresa de la impresora—. Como prefieres las imágenes por ultrasonidos, mi próxima cita con la doctora Tevis es en la semana número dieciocho.

—Eso ya lo sé, Chloe —dijo—. Estamos en el mismo grupo de chat. Esta conversación se trata de que sigo sin verte.

—Yo te veo todos los días. —Negué con la cabeza—. Puede que sea de

paso, pero es que ahora tengo un montón de tareas distintas que hacer en mi nuevo puesto de trabajo.

—Eso también lo sé. —Se puso delante de mí y me quitó la tapa de las manos para tirarla al suelo—. Lo que no sé es por qué crees que va a pasar otra semana sin que lo retomemos donde lo habíamos dejado hace meses...

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

—Otra vez —añadió, estrechándome contra su pecho—: eres demasiado fácil de leer. ¿Tengo que comenzar una discusión para que me demuestres cuáles son tus verdaderos sentimientos?

—Siempre y cuando pueda esperar hasta que termine con este trabajo para Hazel.

—Que le jodan a Hazel. —Se acercó todavía más—. Ya no estás a sus órdenes, y tienes que dejar de utilizarla como una excusa para librarte de mí. Por si no te habías dado cuenta, no funciona. Solo retrasa lo inevitable.

—¿Lo inevitable?

—Sí. —Estampó su boca contra la mía—. Lo puto inevitable...

Cerré los ojos cuando me aplastó contra la impresora, besándome más fuerte de lo que lo había hecho en ninguna de mis fantasías, más de lo que lo había hecho cuando habíamos follado en mi habitación.

Oh, Dios...

—Ah..., Tyler... —gemí cuando me mordió con fuerza el labio inferior, proporcionándome una dosis perfecta de dolor y placer.

Me agarró de la cintura, se separó de mi boca durante un instante y me levantó, para sentarme encima de la superficie caliente de la impresora.

—Quítate el vestido —me ordenó.

Me quedé parada.

Como si pudiese adivinar que era completamente inútil, me agarró el dobladillo y me lo subió por los muslos. No se molestó en quitármelo por encima de la cabeza.

Me dejó besos largos, acalorados, por los muslos, acercándose cada vez más a mis bragas y asegurándose de dejarme marcas rojas que aparecerían a la mañana siguiente. Apartó la tela de seda hacia un lado y me dio un largo beso en el clítoris.

Inspiré con fuerza cuando se apartó.

—He echado de menos el sabor de tu coño en mi boca —murmuró.

Me eché hacia delante para desabrocharle el cinturón, pero él me agarró

de las muñecas. Con fuerza.

—Para —dijo—. Quiero follar de manera distinta esta vez para que al fin podamos llegar a la misma página y quedarnos en ella.

—Estamos en la misma página.

—No. —Me miró a los ojos mientras se desataba él el cinturón—. Pero estamos a punto de estarlo.

Se cernió sobre mí y deslizó las manos por debajo de mis muslos para separarme las caderas de la impresora y colocar su polla dura contra mi abertura.

—Mírame —dijo, mirándome a los ojos con intensidad—. Chloe, mírame.

Clavé mis ojos en los suyos, y sentí que cada uno de los nervios de mi cuerpo se volvía loco.

—Dime que me deseas —pidió, introduciéndose despacio en mí y haciéndome sentir cada milímetro de él—. Dime que ya no vas a continuar haciéndome el vacío, y que me deseas con locura.

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Te deseo. —Gemí cuando se introdujo por completo en mi interior y empezamos a follar despacio—. Te deseo desesperadamente.

Me besó en el cuello, controlando todavía mi cuerpo con el ritmo de sus caderas y dejando su marca en mi coño cada vez que empujaba.

—Tyler... —pronuncié su nombre cuando embistió con más fuerza y se aferró a mí.

Le envolví la cintura con las piernas y lo hice gemir mientras llegaba cada vez más adentro. Le rodeé el cuello con los brazos, y no pude evitar clavarle las uñas en la espalda.

Susurró mi nombre, y su polla pulsó en mi interior, provocándome oleadas de placer que me recorrieron todo el cuerpo. No tenía sentido aguantar, tratar de saborear unos segundos de más que no podía soportar.

—Ahhh...

—Joder...

Alcanzamos el clímax justo al mismo tiempo, y Tyler me aferró con fuerza hasta que dejé de temblar.

Cuando estuvo seguro de que estaba bien, salió de mi interior y me quedé mirándolo, esperando a ver qué hacía a continuación.

Qué hacíamos a continuación.

—¿Chloe? —susurró.

—¿Sí?

—Bájate de la impresora y échate sobre ese escritorio...

Sudorosa y agotada después de cuatro rondas de sexo en la oficina, me recliné en el asiento del pasajero del coche de Tyler mientras una música sinfónica sonaba por los altavoces.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí, estoy bien.

—¿Estás segura de que tienes que irte a casa?

Yo asentí.

—Sí.

—Vale.

Me colocó una mano sobre el muslo durante todo el viaje y, de vez en cuando, doblaba por una calle distinta para comprobar que nadie nos estaba siguiendo.

En cuanto se aseguró de que estábamos solos, se detuvo delante de mi apartamento.

—Gracias por traerme. —Lo miré mientras aparcaba—. No tienes por qué entrar.

—Insisto.

Portándose como un perfecto caballero, me ayudó a salir, sostuvo un paraguas por encima de mi cabeza y me llevó el bolso del trabajo.

Giré la cerradura de mi casa y empujé la puerta, haciéndole una señal para que entrara conmigo.

Entonces encendí las luces y miré a mi alrededor.

Mierda.

Las tuberías de agua que había denunciado semanas atrás seguían goteando en todos los cubos que había colocado, y un tarro nuevo de masilla instantánea que había en el alféizar confirmaba que la ventana seguiría rota a menos que la arreglara.

—Gracias de nuevo, Tyler —dije con suavidad—. Te veré en el trabajo mañana.

—No lo creo. —Me dio la vuelta para que lo mirara—. Deberías quedarte conmigo. Creo que es lo mejor para los bebés, de todas maneras.

—Yo no. —Me quedé quieta cuando las luces parpadearon sobre

nuestras cabezas—. Pero gracias por la sugerencia.

—Chloe March... —Me acercó a él para susurrarme contra los labios—. Llegados a este punto, ya no es una sugerencia.

—Mis mejores amigas tienen sofás —anuncié—. Estaré bien. No quiero molestar.

Me miró como si me hubiese vuelto loca de remate.

—¿Qué temes que ocurra si vives conmigo, Chloe?

—¿Aparte de querer apuñalarte si intentas controlarme?

—Sí. —Sonrió—. Aparte de eso.

—Podría empezar a pensar que puedes ser mi novio, y tienes demasiado equipaje como para serlo.

—¿Qué equipaje?

—Escotas, prensa, fans, todo eso.

—¿Y si digo que podría hacer que las cosas funcionasen contigo sin todo eso?

—No te creería.

—Pero ¿me darías la oportunidad?

No respondí.

—¿Y qué hay de una noche, entonces? —Me acunó la cara entre sus manos—. Una noche y unas cuantas horas más. Si no te gusta, no tendrás por qué quedarte.

—¿Y qué garantía vas a darme esta vez?

Él se rio.

—A mí.

35

SUEÑO Y ESPUMA

MEDIA HORA DESPUÉS

EMBARAZADA DE QUINCE SEMANAS

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

El «apartamento» de Tyler se parecía más a un conjunto de áticos que un diseñador demasiado ambicioso hubiera unido. Ocupaban toda una planta de un edificio de oficinas privado y contaba con más de veinte mil metros cuadrados.

Con sus habitaciones totalmente equipadas, cada una de ellas con un tema distinto en homenaje a varias ciudades del mundo, también era el sitio más lujoso que hubiese visto nunca. Me ofreció la *master suite*, un espacio fastuoso decorado en tonos azules y crema que era una réplica exacta de la habitación que tenía en el hotel Four Seasons.

—¿Necesitas algo antes de acostarte? —me preguntó.

—Estoy bien, gracias.

—Mi habitación está justo al final del pasillo si me necesitas.

—¿Es esa una invitación para acostarnos?

—Solo si quieres más. —Me miró de arriba abajo—. ¿Quieres?

—¿Y no puedes acabar conmigo aquí mismo? —pregunté—. No creo que pueda caminar hasta tan lejos.

Él sonrió, me besó en los labios y me empujó hacia la cama.

—Sin ningún problema.

Por la mañana, cuando abrí los ojos, me di cuenta de que ya no estaba en la cama con Tyler. Estaba cobijada bajo unas sábanas de seda de color gris oscuro en mi dormitorio, sola, y el ventanal que ocupaba toda la pared me regalaba una vista perfecta de Seattle.

Además, llegaba cuatro horas tarde al trabajo.

Mierda, mierda, mierda.

Aparté las sábanas de una patada, abrí la puerta y me topé cara a cara con una mujer morena mayor que yo.

—Estaba a punto de despertarla, señorita March. —Sonrió—. Tenemos

un día muy ajetreado ante nosotras.

—¿«Nosotras»? —Parpadeé varias veces—. ¿Quién es usted?

—Soy Zoey, el ama de llaves del señor Carrington —dijo, como si ya debiera haberlo sabido antes—. No pude resistirme a cruzar el charco con él. En fin, mi trabajo es asegurarme de que los invitados que se quedan a pasar la noche están siempre bien atendidos, y ha dejado una lista bien larga de exigencias para usted. Deben de ser muy buenos amigos.

—Algo parecido —contesté—. No quisiera ser maleducada, pero ¿puede apartarse de mi camino, por favor?

—Le he preparado un baño de espuma en la segunda *master suite*. —Juntó las manos—. Una peluquera vendrá y se ocupará de sus rizos más tarde, y después tenemos que ir a hacer unas cuantas compras.

—¿Y qué pasa si me marchó por la puerta principal sin más?

—La seguridad del señor Carrington la enviará de nuevo dentro.

—Necesito ir a trabajar, en serio —afirmé—. Tengo que leer dos ejemplares anticipados, y una de mis principales autoras está pasando por un bloqueo, así que tengo que hablar con ella.

—Eso no es lo que ha dicho el señor Carrington. —Se cruzó de brazos—. Ha dado órdenes muy estrictas, señorita March. No haga mi trabajo más complicado de lo que debe ser.

Miré por encima de su hombro para calcular si podía atraparme, y me pregunté si de verdad sus escoltas iban a enviarme de nuevo dentro.

Ni siquiera tengo energías...

—¿Se ha decidido ya, señorita March? —preguntó.

—Acompáñeme al baño.

—Excelente elección. —Continuó caminando, guiándome a lo largo de un pasillo serpenteante hasta un baño que era diez veces más grande que mi apartamento.

De una bañera enorme con patas de garra que había frente a la ventana salían burbujas de espuma, y había una bandeja con uvas, piña y fresas frescas junto a ella.

—Que lo disfrute. —Zoey colocó un albornoz sobre la encimera—. El agua está a una temperatura segura para usted y sus bebés, y si necesita algo más, por favor, pulse el botón gris que hay al borde de la bañera. Vendré a recogerla para ir de compras dentro dos horas. Necesitaremos bastante tiempo para agotar el presupuesto que ha sugerido, de eso estoy segura.

—¿Y cuál es el presupuesto?

Ella sonrió.

—Ninguno.

Se marchó de la estancia sin mediar palabra, y yo me desvestí con rapidez y me metí bajo las burbujas.

—¿Sí, Chloe? —respondió Tyler a mi llamada al primer tono, y su voz profunda me impresionó dentro del probador de Versace.

—No he podido llegar a trabajar hoy.

—Ya. —Se notaba que sonreía—. Soy muy consciente de ello.

—Necesito comprobar contigo algo que hay en mi agenda.

—No voy a hablar de trabajo contigo hasta mañana —dijo—. Necesitas relajarte.

—¿Aunque se trate de algo de alta prioridad?

—Tú crees que *todo* es de alta prioridad. —Se quedó callado un momento—. ¿De qué se trata?

—De los prototipos de *Felices para siempre* que hay en mi primer cajón —expliqué—. ¿Puedes pedirle a Sandra que saque uno de arriba y que se asegure de que le llegue al equipo de fotocopiado esta noche?

—Puedo hacerlo —accedió—. Dime una cosa: ¿cuántas compras has hecho hoy?

—No demasiadas. Solo estoy mirando, comprando algunas cosas que necesito, probándome otras por diversión.

—Mmm... ¿Puedes pasarle a Zoey tu teléfono, por favor?

—Claro. —Abrí la puerta y le hice una seña para que entrara en el probador. Después, le di mi teléfono.

—¿Sí, señor Carrington? —Se lo llevó al oído—. Sí, señor. Yo diría que sí. No está tan cabezota como cuando se ha levantado esta mañana, no.

Me crucé de brazos, esforzándome por escucharlo.

—Diría que hemos gastado unas cuatro mil libras hasta ahora —continuó ella—. Sí, sí. Entiendo. Está bien, lo haré, señor. —Colgó, y me devolvió el teléfono.

—¿Regresamos a casa ya? —pregunté—. ¿Estaba enfadado por los cuatro de los grandes?

—No, y no. —Sonrió—. No quiere que vuelva a casa hasta que se haya gastado veinte veces esa cantidad...

UNA SEMANA DESPUÉS

36

UN AGRADABLE CAMBIO DE RITMO

EMBARAZADA DE DIECISÉIS SEMANAS Y CUATRO DÍAS

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

No estaba segura de poder acostumbrarme nunca a «vivir» con Tyler. Era casi demasiado bueno para ser verdad, y mi rutina se parecía más a un sueño que a un estilo de vida.

Ambos nos despertábamos de madrugada, me besaba y follábamos en la ducha. Siempre se aseguraba de que tomara un desayuno *gourmet* completo que me estaba esperando en el comedor, y me llevaba a la oficina en un coche con chófer que iba cuatro vehículos por delante del suyo.

En el trabajo, cada uno iba por su lado, y a veces cerrábamos la puerta de nuestros despachos para que pudiera devorarme en cualquier superficie que estuviese disponible mientras los empleados estaban fuera durante la comida y, cuando todos se habían marchado hacía tiempo, me iba primero y esperaba a que me recogiera en la heladería Corazones de Hielo.

—Bueno, guau. —Madison me hizo dar una vuelta en su heladería un miércoles—. Retiro lo que dije sobre tu obsesión por las imitaciones. Este vestido y el que llevabas el otro día me parecen mucho más que convincentes.

—No son imitaciones —dije—. Tyler me los compró el fin de semana. Me hizo gastarme más de cien de los grandes.

—Si no fueses mi mejor amiga, estaría celosa a rabiar. El sexo debe de ser la hostia para que te haya regalado todo un guardarropa así.

—No estamos acostándonos. —Me metí detrás del mostrador de los helados—. Tenemos un «acuerdo» por el que podemos tener relaciones cuando mis hormonas están fuera de control.

—¿Así que al fin habéis follado?

—Sí.

—¿Y sigue siendo igual de bueno que las primeras veces?

—Mejor.

—Entonces, creo que sí estoy celosa. —Sonrió—. ¿Va a recogerte aquí? Yo asentí.

—Cuando averigüe cómo puede escapar a la prensa. ¿En qué momento crees que lo dejarán en paz?

—Deja que lo calcule. —Sacó el móvil—. Mmm... Antiguo miembro de la realeza, América, buenorro, así que... Sí, *nunca*.

—¿Crees que siempre tendrá que inventarse planes y buscar huecos para poder vivir su vida?

—Probablemente. —Asintió—. Aunque estoy segura de que ya es todo un profesional al respecto. ¿Vas a estar bien?

—No tiene nada que ver conmigo. —Me tragué una cucharada de «Arándanos de la dicha» antes de prepararle una tarrina a Tyler—. Esa es su vida. No tengo que lidiar con esa parte.

—Vale... ¿Y significa el sexo que ahora sois pareja?

—No, solo significa que el embarazo es mucho más divertido.

—Tú sabes que te conozco hasta la médula, ¿no?

—Desgraciadamente, sí.

—Ten cuidado de no enamorarte de él. —Me dio unas palmaditas en el hombro y me indicó que me sentara—. Y cuéntame todos los detalles guarros.

37

UNA NOCHE SIN SALIR

EMBARAZADA DE DIECISIETE SEMANAS Y CINCO DÍAS

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

Kristin: *¿Podemos aplazar nuestra reunión en la heladería de esta noche? Mi técnico no ha venido porque está enfermo, así que tengo que hacer el programa yo sola. Tengo una noche en vela por delante.* □

Madison: *¡Buah! Yo iba a preguntar lo mismo. Mi principal cliente ha venido con un montón de amigas adolescentes de su hija. Ya sabéis que siempre alargan su estancia y se ponen a bailar sobre todas mis sillas.*

Kristin: *Pero ¿no te pagan el triple precisamente por eso?*

Madison: *¿Quieres que lo aplacemos o no?*

Kristin: *JAJAJA. Chloe, confirma cuando leas esto, porfa.*

Salí de la ducha, cogí una de las camisetas de Tyler y suspiré mientras caminaba hacia la sala de estar. Llevaba toda la semana deseando pasar una noche con ellas.

Confirmé que estaba cancelado y dejé mi móvil en la cocina.

Abrí todas las persianas y disfruté de la vista de las luces nocturnas de Seattle, y de los ferris que dejaban olas en el mar conforme se iban desplazando por el agua.

Supongo que esto es lo más cerca que estaré de salir esta noche...

Cogí una manta, me tumbé en el sofá y encendí la televisión.

—Pensaba que ibas con tus amigas. —De repente, Tyler apareció en el umbral, sin camiseta y con unos pantalones de chándal grises—. Estaba deseando ver que te marchabas.

—¿Para que puedas tener el apartamento para ti solo?

—No. —Se acercó hacia mí—. Para poder verte con uno de esos vestidos de diseñador que te has comprado.

—Tenía pensado ponerme un abrigo por encima antes de salir.

—Podría habértelo quitado. —Sonrió.

—Casi he decidido ir a algún sitio yo sola, pero el padre de mis hijos es un psicópata que podría perder la cabeza si me atrevo a decirle siquiera «hola» a otro tipo en mitad del camino.

—Me gusta ver que estás progresando. —Se sentó a mi lado—. ¿No

tienes ningún excompañero de universidad con quien quedar?

—No en esta ciudad. Fui a la universidad en Florida.

—Florida. —Saboreó el nombre de ese estado con la lengua—. ¿No hace casi siempre sol allí?

Yo asentí.

—¿Por qué decidiste cambiarlo por un lugar donde llueve sin parar?

—Porque era para publicar, algo que me encantaba. —Me quedé callada mientras él me acomodaba la almohada detrás de la cabeza—. Recibí ofertas de trabajo en Nueva York, pero algo me dijo que tenía que elegir la Costa Oeste.

Él asintió, pero no dijo nada más.

—No es que te importe demasiado, pero cuando te busqué por primera vez para saber más de ti, encontré un rumor sobre ti y tu hermano menor.

—¿Y cuál era?

—Una teoría muy antigua sobre cómo él y tú estuvisteis colados una vez por la misma ama de llaves. ¿Es eso cierto?

—Esa puede que sea una de las cosas que sí son ciertas. —Se rio—. Es verdad. Era unos pocos años más joven que yo, pero le encantaba tanto el fútbol como a él. Así que nos peleamos por ella: el ganador conseguía a la chica.

—¿Y quién ganó?

—Ninguno de los dos. Ella quería a mi hermana. —Sonrió con suficiencia—. Aunque mis antiguas empleadas me contaron cosas muy atrevidas sobre sus habilidades orales. Te daré su número encantado si estás interesada.

—Si lo estuviera, ¿mirarías?

—Le enseñaría cómo se hace.

—Paso, gracias. —Me reí—. ¿Sabes? A veces, la verdad es que eres una persona medio decente. Casi has entrado en mis cinco mejores polvos de todos los tiempos.

—He sido el número uno desde el primer día. —Puso los ojos en blanco—. Por cierto, ahora que has dicho «medio decente», así es como calificaría algo que he escuchado hoy. Tú estabas bastante implicada.

—¿Eh? ¿De qué estás hablando?

—Del *podcast* de tu mejor amiga, *Soltera a los treinta*.

—Te dije que no lo escucharas. *Nunca*.

—Ya llevo ochenta episodios. —Sonrió—. Tengo que acabar de oírlos todos. Sobre todo, me ha gustado un episodio en que hubo una invitada. Es uno en el que dijiste que te *encanta* hacer mamadas, creo.

—Creo que te has equivocado de *podcast*. —Las mejillas se me pusieron coloradas—. No me suena para nada.

—Pensaba que dirías eso —afirmó; cogió un pequeño mando a distancia y pulsó el *play*. Mi voz sonó a través del sistema de altavoces de la casa, alta y clara.

—*Es que me encanta sentir una polla enorme en la boca* —dije—. *Sobre todo, cuando me provoca arcadas. Esas son mis favoritas.*

Tyler sonrió, y subió el volumen un poco más.

—*¿Tienes algunos consejos para las oyentes, Chloe?* —continuó la voz de Kristin.

—*Sí. En primer lugar, tienes que asegurarte de no agarrar la polla demasiado fuerte. Después, hay que prestar atención a la forma en que la lames.*

Tyler lo pausó.

—¿Te va sonando ya?

—Me lo inventé todo —dije—. Consulté unos cuantos libros antes de entrar y los reproduje palabra por palabra.

—Me lo imaginaba —contestó—. Porque es divertidísimo, porque todos los consejos que diste no son acertados y porque, además, nunca me has hecho ninguna mamada.

—¿Quieres llegar a alguna parte con esto? —Sentía fuego en las mejillas—. Estaba viendo un programa de televisión muy importante.

Él miró la pantalla.

—Viste ese mismo episodio la semana pasada.

Cogió el mando a distancia y la apagó.

Después, tomó asiento en la silla que había delante de mí.

—Deja que te enseñe cómo se hace, solo por si alguna vez vuelves a conceder otra entrevista.

—¿Me estás preguntando si es eso lo que quiero hacer ahora mismo?

—Sé que quieres hacerlo —dijo, en voz baja—. Ven aquí.

Me quité la manta de encima, me acerqué a él y me puse entre sus piernas. Él me acarició las caderas, hincando los dedos con suavidad en mi piel.

—Deberías ponerte de rodillas —sugirió, mirándome a los ojos—. No puedes chuparme la polla si estás de pie.

Lo obedecí, me hundí en su mullida alfombra y él me pasó los dedos por el pelo.

Nunca lo había visto mirarme así, de una manera tan primaria y controladora.

—Ahora tienes que sacarla —dijo, agarrándome con suavidad un mechón de pelo.

Me eché hacia delante y le solté el nudo de los pantalones, tirando de la cuerda todo lo que pude; le arranqué una suave carcajada de los labios.

Le metí una mano por dentro de los calzoncillos, le agarré la polla y la saqué, maravillada todavía por su longitud.

—No la sueltes —dijo, con voz ronca—. Acaríciala de arriba abajo.

Lo miré mientras mi mano se movía, y a cada caricia se le iba poniendo más dura.

—Abre tu preciosa boquita para mí —ordenó—. Tanto como puedas.

Lo hice, y él me metió dos dedos dentro y comenzó a meterlos y sacarlos. Llegó hasta el fondo de mi garganta, una y otra vez, antes de retirarlos y sacarlos por completo.

—Ahora —dijo—. Haz eso mismo con mi polla.

Coloqué las manos en la parte superior de sus muslos, enterré la cabeza en su regazo y me la metí, despacio, en la boca, entre los labios.

—Más hondo... —pidió.

Me la metí más, y él me agarró de la mano y la volvió a colocar en la base de su polla. Después, insistió en silencio en que le acariciara y le chupara al mismo tiempo, y me dio unos segundos para que estableciera el ritmo.

—Métetela hasta la garganta, Chloe —murmuró.

Doblé el cuello, y al fin la introduje tanto como me fue posible.

—Buena chica —me animó, con voz rasposa, y su polla me supo perfecta entre mis labios—. Ahora, mírame a los ojos mientras la chupas...

Lo complací, y no dejé de observarlo con cada movimiento que hacía sobre su miembro. Él me miró, fascinado, acariciándome el pelo con suavidad.

Alentada por la manera en que reaccionaba a mí, chupé un poco más rápido y él gimió más alto.

—Joder, Chloe... —Noté que su polla se hinchaba en mi boca, y todo su cuerpo se tensó mientras le rodeaba la punta con la lengua—. Estoy a punto de correrme —avisó con suavidad—. ¿Quieres tragártelo todo?

No respondí. Seguí dándole placer, sintiendo sus reacciones y, tras unos segundos, inspiró con fuerza y se liberó.

Un líquido cálido y salado me recorrió la garganta.

Me lo tragué hasta la última gota, disfrutando de su sabor, hasta que acabó.

Todavía duro como la piedra, me agarró las manos y me subió a su regazo para colocarme sobre su polla. Después me la metió dentro, y yo lo miré a los ojos durante todas las horas en que me mecí sobre él.

No salimos de su apartamento en todo el fin de semana.

38

ALGUNAS PALABRAS RARAS

SEATTLE, WASHINGTON

TYLER

Chloe entró en el comedor con dieciocho semanas y media de embarazo, vestida con una bata desatada que dejaba ver su barriguita.

Ahora se le notaba con toda la ropa, y todos sus compañeros estaban organizando un *baby shower* en la oficina para algún día de diciembre.

No me molesta que no me hayan invitado a ese...

—No puedo dormir —dijo, acercándose hacia mí.

—Yo tampoco. —Le acaricié la barriguita con suavidad unas cuantas veces antes de apartar una silla de la mesa—. ¿Estás cansada?

—Agotada.

Saqué nuestra agenda y me di cuenta de que no había trabajado menos de catorce horas al día desde su ascenso.

—Creo que necesitas tomarte unos días libres —dije—. También tienes que empezar a volver a casa a una hora decente.

—Estaré bien. —Se encogió de hombros—. Solo es la temporada alta.

—No te lo estoy pidiendo, Chloe —sostuve—. Te lo estoy *ordenando*. Quédate en casa unos cuantos días y, después, termina de trabajar a las seis.

—Lo pensaré —fue su extraña forma de acceder.

—¿Te apetece leer algo corto de ficción?

—Depende del tema.

—Una relación falsa para ocultar la verdadera.

—Mi favorito.

Solté el ejemplar de la revista *US Weekly*.

Hazel y yo aparecíamos en la portada —otra vez—, paseando por el mercado de Pike Place con un café de Starbucks en la mano. El titular rezaba:

«LA HEREDERA Y EL PRÍNCIPE: UN ROMANCE EN CIERNES».

—Ella estaba mucho más sexy en las otras portadas —dijo Chloe, sacando ejemplares de *The New York Post & Seattle Gossip* de nuestra

colección.

En esas, habían sacado los titulares de «*ENAMORÁNDOSE DEL PRÍNCIPE*» y «*CÓMO UNA HEREDERA AMERICANA DOMÓ AL PRÍNCIPE MALOTE*» del mismo tarro de tópicos.

—¿Ves? —Chloe repasó las cejas de Hazel—. La mirada soñadora de sus ojos en esta dice que sí podrías gustarle.

—Probablemente sea verdad.

—¿Estás interesado?

—Para que eso fuese remotamente posible, tendría que crecerle un cerebro. —La besé en la frente, y ella se sonrojó—. Dime si está bien escrito cuando hayas terminado de leerlo. Entre tanto, ¿puedes explicarme una cosa, por favor?

—Claro. ¿De qué se trata?

—En realidad, son varias cosas. —Pulsé la aplicación de notas de mi móvil, y abrí el archivo que actualizaba siempre que escuchaba a los americanos decir o hacer algo que me dejaba confundido—. Empecemos con el motivo por el que las becarias siguen trayéndome esas cosas raras crujientes siempre que pido una galleta con el té. Ya he descrito qué es lo que estoy pidiendo un montón de veces.

Ella sonrió.

—Podrías consultar en Google muy fácilmente lo que está sucediendo. Es una solución muy sencilla.

—Prefiero que me lo expliques tú. —Le acaricié el pelo con los dedos—. Serás mucho más condescendiente que un motor de búsqueda, y después podremos follar.

—No estoy segura de querer acostarme con alguien que no aprecie la maravilla que son los Twinkies.

—Ni se te ocurra traer ninguno de esos a casa otra vez. —Negué con la cabeza—. Me basta con los que ya he intentado comerme.

—No sentiste lo mismo cuando estabas colocado en nuestra primera cita.

—Porque es el único momento en que saben bien de verdad.

39

TAN CABEZOTA COMO SIEMPRE

EL FIN DE SEMANA SIGUIENTE

SEATTLE, WASHINGTON

TYLER

*«¡Enhorabuena, Tyler y Chloe!
¡Es un chico! ¡Por partida doble!».*

Pasé los dedos por encima de la foto en la que salíamos Chloe y yo, el fin de semana, cuando sus amigas la llevaron hasta la heladería para celebrar la fiesta privada de revelación del sexo de los bebés.

Solo estábamos los cuatro, y tuve un asiento en primera fila para observar lo estrecha que era su amistad, cómo podían pasarse horas riendo y hablando de nada en particular. Cómo protegían con ferocidad a Chloe y cómo me amenazaban, no tan en broma, con asesinarme si alguna vez le hacía daño.

Ella derramó lágrimas de alegría durante la mayor parte de la fiesta y puso la cara contra mi pecho cada vez que hablábamos de los bebés.

Guardé la foto en la cartera, cogí el teléfono que había sobre mi escritorio y llamé a la línea privada de mi apartamento.

—¿Sí, señor Carrington? —respondió Zoey al primer tono.

—Dígale a Chloe que esta noche llegaré a casa más tarde —anuncié—. Pregúntele qué quiere para cenar, y avísame si es de algún restaurante.

—Lo haré en cuanto la vea, señor.

—¿Qué quiere decir con «en cuanto la veas»? —pregunté—. ¿No está en casa?

—No, señor —contestó—. La he llamado al móvil varias veces, pero no responde. Estoy segura de que sigue en el trabajo, o algo así.

—Tomo nota. Gracias.

Colgué, y me di cuenta de que no había leído mis mensajes desde después del mediodía. Tampoco me había enviado sus pantallazos habituales de la aplicación *Qué esperar*.

Confundido, fui a su despacho, pero las luces estaban apagadas y todos los empleados se habían marchado de la oficina. Fui a comprobar si estaba

en la barra de la cafetería, en las salas de reuniones y en la sala de manuscritos que había en el sótano.

Cuando estaba revisando el departamento de publicidad, la vi tirada en una silla, junto a la ventana.

Joder.

—Chloe, ¿puedes oírme?

—Estoy bien —murmuró—. Solo estoy echando una siestecita.

Le levanté la cara con las yemas de los dedos. Tenía los ojos hinchados y rojos, y parecía estar a tan solo unos segundos de desmayarse sobre el suelo.

—¿Por qué no me has llamado?

—Tengo que entregar este encargo de Hazel esta noche. No puedo marcharme hasta haber acabado. No puedo creerme que no lo hubiese entregado hace meses. Es como si estuviese decidida a joderlo todo, ¿sabes?

—Creo que el otro director puede encargarse de eso por ti. —La miré, furioso—. Vas a irte a casa.

—Solo son náuseas, Tyler. De todas formas, casi he acabado.

—¿Puedes dejar de ser tan cabezota, por una vez, y dejar que te ayude?

Una sonrisa lenta apareció en sus labios.

—No puedo evitarlo. Lo siento.

—Disculpa *no* aceptada. —La agarré de las manos y la levanté despacio. Después, la sostuve junto a mi cuerpo y la llevé hasta el ascensor—. Finjamos que esta oficina no existe durante unos cuantos días.

—¿Vas a traerte el trabajo a casa?

—Shhh. —Le di un beso en la frente—. Hablaremos de eso más tarde.

40

ME PREOCUPO POR TI

EMBARAZADA DE VEINTE SEMANAS

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

Horas después de que Tyler me trajera a casa, me desperté con un sudor febril. Había tratado de llamarlo para pedirle ayuda, pero tenía la garganta reseca y la cabeza me pulsaba.

Me escuché a mí misma respirar con agitación, aunque no podía hacer nada por controlarlo. Casi no podía ver.

¿Qué demonios está pasando?

Tratando de permanecer en calma, salí de la cama con toda parsimonia y apoyé las manos contra la pared para guiarme hasta la cocina.

Intenté encender las luces, pero no ocurrió nada. Incapaz de dar otro paso más, temí haber usado toda mi energía, así que me apoyé sobre la barra del desayuno.

—¿Chloe? —Tyler encendió la luz de repente—. ¿Qué ocurre?

Yo negué con la cabeza.

Tenía la garganta cerrada.

—Bebe un poco de agua. —Inclinó una botella sobre mis labios, pero no pude tragar.

Me puso una mano en la frente.

—Tienes la piel ardiendo.

Cerré los ojos durante varios segundos mientras él me levantaba y me depositaba con gentileza sobre el sillón de piel. Lo siguiente que sentí fue un paño frío sobre mi cuello.

—Doctora Tevis, necesito que venga a mi apartamento cagando leches —dijo Tyler—. No, no es para mí. Es por Chloe.

Su teléfono cayó sobre el suelo con un ruido sordo, y me apretó la mano.

—¿Puedes decirme algo? —preguntó—. ¿Puedes decirme qué te pasa?

Intenté decir algo, pero todo se puso negro.

Cuando desperté, Tyler me estaba acariciando el pelo con los dedos y besándome en la mejilla cada pocos segundos.

—Uno de los bebés está teniendo algunas complicaciones leves. —Las palabras suaves de la doctora Tevis me provocaron un dolor en el corazón—. Creo que podremos controlarlo si establecemos un plan pronto, así que no se preocupe.

—¿Qué tipo de complicaciones? —preguntó Tyler.

—Lo sabré con certeza cuando haga algunas pruebas más —contestó—. Entre tanto, ¿qué es lo que ha cenado Chloe hoy?

—No estoy seguro. —Tyler me besó la frente—. No hemos cenado juntos esta noche.

—¿Está tomándose las recetas y las vitaminas prenatales tal y como debe?

—Que yo sepa, sí.

—¿Y qué hay del descanso?

—Hay bastante margen de mejora...

—Bueno, si descartamos cualquier resultado extraño en las pruebas, creo que bastará con hacer reposo en cama —anunció—. El agotamiento extremo es típico en este estadio del embarazo, sobre todo, con gemelos, pero es bueno que llamara cuando lo hizo.

La doctora Tevis se acercó a mí y me colocó algo frío contra el estómago. Después, me tocó el cuello.

—En cuanto se encuentre mejor, tiene que decirme si ha habido algún problema de salud en su familia que puede que haya pasado por alto, porque creo que esa podría ser la causa principal de lo que está pasando. También tiene que asegurarse de que hace todo lo de la lista que le he entregado.

¿Qué lista?

Intenté levantar la cabeza, pero seguía demasiado débil.

—Un montón de líquidos, nada de cafeína y reposo obligatorio durante cuatro semanas, para empezar —informó—. Vendré cada dos días para hacer más pruebas y comprobar cómo está, ya que me ha pedido con tanta amabilidad que esté de guardia las veinticuatro horas del día, toda la semana.

—No le he «pedido» nada —dijo Tyler en tono hosco.

—Ha sido sarcasmo, señor Carrington. Los veré a Chloe y a usted

dentro de unas pocas horas.

Se marchó de la *suite*, y Tyler suspiró y me habló en voz baja.

—¿Has escuchado todo eso?

—Sí —conseguí decir.

Me pasó las manos por debajo de las piernas y me colocó en su regazo.

—¿Hay algo en tu historial familiar que hayas pasado por alto? —Me miró a los ojos—. ¿Cualquier cosa?

—Ya te lo he contado todo —respondí—. Mi madre tenía la tensión alta, y mi padre a veces sufría convulsiones. Eso es todo.

Me acarició los costados.

—¿Cómo murieron, Chloe?

—El forense dijo que fue un accidente de coche —contesté—. Eso es lo que todo el mundo cree hasta el día de hoy. Pero yo sé que fue un suicidio conjunto.

Él arqueó una ceja.

—Mi padre estaba perdiendo la cabeza —proseguí—. Primero, fueron cosas pequeñas, como no acordarse de dónde había dejado las llaves, ir a la tienda y olvidarse de la compra, cosas así. Pero después empezó a olvidar otras más importantes: quién era yo, quién era mi madre... Y, a modo de broma, hacía esas búsquedas del tesoro en mi cumpleaños y me decía que me preocupara de mi propio cerebro y no del de él. —Cerré los ojos durante un momento, recordando la última mañana en la que vi su cara—. Los médicos querían que lo ingresáramos en una residencia, pero él no lo entendía, y mi madre no entendía vivir sin él, tanto si estaba presente por completo como si no, así que... Siguieron a un camión de combustible en la autopista, se acercaron demasiado y, bueno...

Me limpió las lágrimas que me resbalaban por la cara con los dedos, sin decir nada.

—No fue un accidente —declaré—. Me niego a aceptarlo.

Tyler me abrazó un poco más fuerte.

—¿Qué hay de tu madre? —le pregunté, mirándolo—. No he investigado los detalles por respeto, así que, si prefieres no hablar de ello, lo entiendo.

—En realidad, sí fue un accidente de coche —respondió él—. Había un fotógrafo obsesionado siguiéndola por la autopista, como siempre. Mucho después de que anunciara que abandonaba la familia real, continuaban

siguiendo cada uno de sus movimientos y una noche se acercaron demasiado y se cruzaron con ella. Murió en el acto, y nadie ha publicado nunca una disculpa.

—¿Y por eso odias tanto a la prensa?

—En parte. Luego está mi familia, y la manera en que han vuelto a confiar en ella con tanta facilidad. Deberían haberlos bloqueado a todos después de lo sucedido, y no haberlos utilizado para ningún tipo de juego.

—Lo siento —dije—. ¿Crees que tu madre estaría contenta con tu decisión?

—Estoy seguro de que estaría eufórica. —Me dio un beso en la frente y me tapó con una manta—. Le habrías gustado.

—¿Con mi apartamento cochambroso y todo?

—Nunca le habría dejado ver tu apartamento. —Se rio y me apartó el pelo de la frente—. Sé que vas a discutir conmigo por esto, pero no voy a dejar que incumplas el reposo. Tendrás que perderte lo que haya en el calendario, puede que incluso la gala. Sacaré fotos para ti, ¿vale?

—El reposo es solo de cuatro semanas. —Ya les había dado vueltas a mis opciones mientras la doctora continuaba hablando—. La gala es dentro de cuatro semanas y un día. A esa puedo llegar.

—Ya veremos. Podrías pasar el rato aquí, trabajando en las campañas para el lanzamiento de los libros más importantes de este mes.

—Ya he terminado con eso —contesté—. Éxitos de ventas garantizados para tu primer lanzamiento oficial.

—¿Solo para uno?

—Al menos cuatro.

Sonrió.

—Lo creeré cuando lo vea.

41

AVANCES

SEATTLE, WASHINGTON

TYLER

«TYLER CARRINGTON II CONSIGUE CUATRO *BESTSELLERS* DEL *NYT*
Y DEL *SUNDAY TIMES* COMO CODIRECTOR DE EDITORIAL CANALLA»

«LA HEREDERA HAZEL SWIFT, PILLADA DE NUEVO CON EL PRÍNCIPE
HARRINGTON; SUS EMPLEADOS GUARDAN EL SECRETO DE LA RELACIÓN»

«LA EDITORIAL CANALLA CELEBRA UNA “GALA PARA RECORDAR”;
CARRINGTON PROMETE CELEBRAR UNA FIESTA POR TODO LO ALTO»

«¿QUIÉN ES LA NUEVA JEFA DE OPERACIONES SECRETA? LA HEREDERA
Y EL PRÍNCIPE COMPARTEN A UNA ANTIGUA ASISTENTE, CHLOE MARCH»

42

SOSPECHAS

EMBARAZADA DE VEINTIDÓS SEMANAS Y SEIS DÍAS

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

El reposo en cama es para las marmotas. No podía hacer demasiado desde casa, solo leer algunas cosas tumbada antes de que me entraran ganas de levantarme y caminar.

Por desgracia, Zoey vigilaba todos y cada uno de mis movimientos como un halcón y avisaba a Tyler siempre que intentaba dar algún paseo de más.

Hasta el momento, me había perdido casi todos los eventos publicitarios de lanzamiento, y el corazón me dolía con cada cesta de «Te hemos echado de menos» que mis compañeros me enviaban al día siguiente.

Hubo una convención de *Young Adult*, una cena especial de misterio y *thrillers*, y mi favorito, el día del discurso anual, y me quedaban poco más de dos semanas para perderme la ansiada gala para la que Tyler me había prometido que, con el fin de quitarme las penas, podíamos usar mis bocetos como inspiración para decorarla.

Me recordé que, en los años venideros, debería ir espaciando un poco este tipo de eventos, y que nadie más se viera obligado a perderselos si se viera sujeto a reposo en cama.

Mientras estaba viendo la grabación de la convención de YA, Tyler cruzó la puerta de entrada.

—¿Y bien? —Me erguí en el sofá—. ¿Qué me he perdido del día del discurso anual? Por favor, no me hagas demasiado daño.

Él sonrió y se tomó su preciado tiempo para desabotonarse la chaqueta. Después se soltó la corbata.

—¿En serio? —Me crucé de brazos—. Dime qué discursos se han aceptado y cuáles se han rechazado, qué títulos vamos a dejar para la primavera y qué autores nuevos van a conseguir los grandes paquetes de lanzamiento.

—Hemos aplazado la reunión otro mes más.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque cierta persona tiene que estar presente, y es injusto que quien siente más entusiasmo no tenga un asiento en la mesa solo porque se encuentre indispuesta.

—Lo dices por decir.

—No. —Se acercó a mí y se sentó en el borde del sofá—. Todo el mundo ha estado de acuerdo. Menos Hazel, claro.

—Claro.

—Está empezando a sospechar que me gustas.

—¿Y está equivocada?

—Sí. —Me recorrió la boca con un dedo—. Es más que «gustarme», y lleva meses de retraso en haberlo sospechado.

—Define «más que gustar».

—Es otra palabra que empieza por «a» y que juré que nunca diría.

—¿Aborrecer?

—Casi.

—¿Ansiar?

—Eso lo sentí desde el primer día. —Sonrió—. ¿Es lo único que se te ocurre?

Me encogí de hombros, porque no me atrevía a pronunciar la otra.

—Amor, Chloe —dijo, mirándome a los ojos—. Finge que no lo has escuchado para que pueda hacer que suene mucho más dramático dentro de unas semanas.

—Yo también te quiero... —La voz se me quebró, y él me besó—. ¿Y qué hay de la gala, vas a aplazarla? —No pude evitar preguntarlo.

—De ninguna manera. —Negó con la cabeza—. Preferiría quitármela de encima, igual que los malditos viajes a Londres, para poder centrarme en la oficina. No debería haber accedido nunca a volver. No estoy listo para hacerlo.

—Estoy segura de que tu hermano y tu hermana se alegrarán de verte en su fiesta de cumpleaños —le dije.

—Si no lo hacen, en las fotos lo parecerá.

—Y, semanas más tarde, tu abuela también se alegrará de que asistas al aniversario.

—Se la ha declarado legalmente ciega y casi senil, así que lo dudo. —

Yo le sonreí—. No le digas a nadie que te lo he contado.

—No lo haré.

Sin dejar de sonreír, cogió dos libros infantiles de la mesita de centro.

—¿Cuáles de estos dos quieres que les lea a los niños esta noche?

—El que leerías tú, sin tus molestos comentarios entre capítulos.

—Entonces, ¿ninguno?

—¿Podrías esperar al menos hasta el final del libro para compartir esos pensamientos?

—No. —Abrió un libro del Dr. Seuss—. Si un autor se atreve a inventarse palabras solo para que rimen, mis hijos tienen que saber de antemano la mierda que son.

Me reí y me recosté, y él me acarició la tripa mientras nos leía a los tres durante el resto de la noche.

43

UN BESO MÁS

EMBARAZADA DE VEINTICUATRO SEMANAS Y UN DÍA

NOCHE DE LA GALA

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

Unas luces cegadoras brillaban fuera del Emerald Center cuando salí de la limusina.

La alfombra roja tenía un estampado de libros de tapa dura en azul «canalla», y había un guarda de seguridad delante de cada una de las ventanas.

Capté mi reflejo en el cristal, y admiré el bulto que había debajo de mi vestido de gasa de color menta.

—Su invitación, por favor. —El anfitrión estiró una mano hacia mí.

—No tengo —respondí—. Pero tengo una identificación de empleada.

Él suspiró y negó con la cabeza mientras cogía una *tablet*.

—¿Cuál es su nombre y apellido, señorita?

—Chloe March.

Pulsó unas cuantas veces en la pantalla, y después habló a un micrófono que tenía en la chaqueta.

—Ha llegado una de las invitadas vip del señor Carrington. ¿Podéis acompañarla dentro, por favor?

Tras unos segundos, apareció un hombre vestido de esmoquin negro y me tomó de la mano. Me sonrió, me ayudó a saltarme la cola y me llevó al interior de la enorme sala de baile.

Sentí que el corazón me palpitaba alegre cuando vi mis bocetos cobrar vida en cada objeto de decoración. Divisé a algunos autores que adoraba riendo junto a la barra de «Algodones de azúcar y felices para siempre», y a otros que se hacían *selfies* junto a las mesas de «Cuentos de hadas y cenas guarras».

—Ay, ¡guau! —Sandra apareció delante de mí, sonriendo—. Al final lo has conseguido, ¡y estás absolutamente preciosa!

—Gracias, Sandra. —Le tiré con suavidad de la manga roja de seda—.

Tú también estás muy guapa. ¿Ha llegado ya el señor Carrington?

—Sí. —Señaló hacia el otro lado de la sala, y la respiración se me entrecortó al verlo con un traje negro a medida y una corbata en tono gris y verde que hacía juego con mi vestido.

—Está comportándose de una manera más cercana que nunca. —Me enseñó su teléfono—. Me he sacado una foto con él. Tú también deberías sacarte una.

—Lo pensaré —dije.

El *DJ* puso otra canción nueva, y ella dejó su bebida.

—¡Me pondré al día contigo después de esta! ¡Hasta luego!

Desapareció entre la multitud, y yo caminé hacia Tyler.

Estaba hablando con Tasha, de contabilidad, pero, cuando estaba a medio camino, sus ojos se encontraron con los míos y no los apartó.

—Qué guapa estás, Chloe —dijo Tasha, sonriendo—. Te sienta de maravilla el embarazo.

—Gracias. —No podía dejar de mirar a Tyler—. ¿Te importaría si te tomo prestado al señor Carrington durante un momento?

—Claro que no. —Me dio unas palmaditas en el hombro y se marchó.

—Tyler, yo...

—Nos vemos en el guardarropa dentro de cinco minutos —me interrumpió.

—¿No puedes hablar conmigo aquí?

—No, a menos que quieras que todos los que hay en esta sala se enteren de lo que siento de verdad al verte con ese vestido. —Alargó la mano para tocarme, pero suspiró—. Deberías marcharte tú primero.

—Está bien.

Me giré y volví al vestíbulo, siguiendo las señales que llevaban hacia el guardarropa.

Entré, cerré la puerta y esperé.

Varios minutos más tarde, escuché un par de voces profundas y después entró Tyler.

Me miró de arriba abajo, con una media sonrisa.

—Habría jurado que te había dicho que te quedaras en casa —dijo—. Dame una buena razón por la que hayas insistido en hacer totalmente lo contrario a lo que te he indicado.

—¿De verdad estás molesto conmigo por esto?

—En absoluto. —Se acercó, y apoyó su frente en la mía—. Eres lo mejor de mi noche. Aunque todavía sigo queriendo un buen motivo.

—Bueno, te has dejado el discurso en la cocina, así que he decidido venir en tu rescate y evitarte la vergüenza.

—Hay una cosa que se llama *e-mail*. —Me acunó la cara entre las manos—. Podrías haberlo usado para mandármelo. Vuelve a probar.

—No puedo dormir y no me quedan libros. He pensado que podía pasarme a saludar de camino a la oficina para coger algunos más.

—Ya veo. —Me miró el vestido—. ¿Y también has decidido arreglarte para el baile y ponerte maquillaje?

—Zoey me ha maquillado.

Me acarició los párpados brillantes con los dedos.

—Es impresionante, pero, en serio, no lo necesitas. ¿Por qué estás aquí de verdad, Chloe?

—Quería verte antes de que te marcharas a Londres. —La voz se me quebró—. Mentí sobre lo de que no me importaba que te marcharas directo desde aquí.

—Tenía pensado ir a casa a despedirme primero. —Sonrió—. ¿Te gustaría acompañarme durante el vuelo?

—La doctora Tevis dice que no debería volar ahora mismo —aduje—. Si no, me habría unido al club de los que follan durante los vuelos.

—Podemos hacerlo en el futuro. —Me empujó hacia el otro lado del armario y me besó en los labios—. Por ahora, llegaremos a un acuerdo... —Me acarició el culo con suavidad—. Agarra la repisa que hay detrás de mí.

Le obedecí, y él llevó los labios a mi cuello y chupó y mordió mi piel con suavidad.

—Tyler... —gemí.

—Shhh... —Me dio una palmada en el culo y descendió con la boca hasta la parte superior de mis pechos.

Me agarró de la cintura y, despacio, se sentó en la silla. Sin dejar de mirarme a los ojos, apartó la tela de mi vestido y la sujetó con una mano.

Me besó la parte delantera de las bragas y usó los dientes para arrancar el encaje.

Cayeron al suelo hechas jirones.

Sin mediar palabra, me besó el coño, y yo eché la cabeza hacia atrás cuando su lengua llegó a los lugares que conocía tan bien. Con la mano

libre me acarició los muslos.

—¿Sigue gustándote cómo te como el coño?

—Sí... —gemí—. Me encanta, Tyler...

—A mí también me encanta. —Puso el pulgar sobre mi clítoris inflamado, incitándolo entre besos, y tuve que mordirme el labio inferior para reprimir un grito.

—Ahhh.... —Lo agarré del pelo, y él me sujetó mientras me corría en su boca.

Me besó los muslos y sacó el pañuelo de tela del bolsillo de la chaqueta para limpiarme con gentileza.

Se puso de pie y me besó en el cuello.

—¿Tienes pensado quedarte durante toda la fiesta?

Yo negué con la cabeza, todavía incapaz de hablar.

—Vale. —Me alisó el vestido—. Haré que Dillon te lleve a casa cuando estés lista.

Dio un paso atrás y miró el reloj.

—Deberías esperar unos minutos antes de salir. Pareces alguien cuyo novio acaba de proporcionarle unos cuantos orgasmos.

Continuó riéndose al salir del armario.

Cogí mi teléfono y leí unos cuantos discursos antes de seguirlo.

—¿Cuánto tiempo? —Hazel apareció de repente delante de mí, con los ojos rojos e hinchados—. ¿Cuánto maldito tiempo?

—¿Qué? —tartamudeé, parpadeando varias veces—. ¿De qué estás hablando?

—No nací ayer —respondió ella—. ¿Cuánto tiempo llevas acostándote con Tyler?

No dije ni una palabra.

—Te he visto entrar ahí con él —dijo—. Y te he *escuchado*.

—Estás entendiendo mal esta situación, Hazel.

—Has dicho «Me encanta, Tyler», y él también te ha dicho lo mismo. Así que está claro que habéis estado follando durante mucho tiempo.

—Hazel, de verdad, no es lo que crees.

—¡Deja de comerme la cabeza! —Más lágrimas le resbalaron por las mejillas—. Todo este tiempo, todo este maldito tiempo, cuando he ido corriendo en tu busca por nuestras fotos en la prensa y te he pedido que concertaras citas especiales, has estado follando con él y riéndote a mi

espalda, ¿verdad?

Yo suspiré.

—Eso pensaba. —Meneó la cabeza y dio un paso atrás—. ¿Sabes? En un mundo perfecto, te despediría ahora mismo. Pero no tiene sentido. Follará contigo y volverá a contratarte de inmediato.

—Estoy enamorada de él, Hazel. —No pude evitarlo—. Y él también lo está de mí.

—Él no lo está de ti —resopló—. Me quiere a mí, y tolera tu presencia porque está acostumbrado a cargar con pringados irrelevantes a sus espaldas.

—No te lo he contado porque no quería que te enfadaras —dije—. Solo pensaba que...

—No estabas pensando para nada. —Me fulminó con la mirada—. Tú eres quien se ocupaba de nuestras agendas, y siempre venías cuando yo...

—La voz se le apagó durante unos segundos, y después se cruzó de brazos, mirándome la barriga—. Es su hijo, ¿verdad? Perdona, hijos. ¿Son suyos?

—Hazel...

—¿Lo son?

No respondí.

—Sus descansos para comer, tus citas para el médico, tus días de baja, los días que se quedaba en casa... Todo encaja. —Meneó la cabeza—. Pensaba que éramos amigas.

—Nunca hemos sido amigas, Hazel. —Me negaba a dejar que reescribiera esa parte de la historia—. No tienes ni idea de lo que significa esa palabra.

—¿Lo sedujiste el primer día que llegó? ¿Cómo ha ocurrido esto?

Reprimí un gemido y apreté los puños. No tenía sentido explicar nada. Ya había decidido qué era lo que quería creer.

—Supongo que no te conocía bien. No sabía que eras tan maquinadora, tan traicionera, tan...

—Hasta luego. —No podía soportar escucharla durante otro segundo más—. Que disfrutes del resto de la fiesta.

—Eres una zorra falsa, hija de puta. —Pasó a mi lado, me dio un golpe en el hombro y volvió al vestíbulo.

Esperé hasta dejar de escuchar el sonido de sus tacones repiqueteando sobre el suelo antes de refrescarme en el baño y volver a la fiesta.

Durante el resto de la noche, miré cómo Tyler hablaba con todas las personas que podía. De vez en cuando murmuraba «¿Segunda ronda?», y yo me sonrojaba y fingía no entenderlo.

A la mañana siguiente, mi teléfono vibró sin parar mientras atravesaba las puertas de Editorial Canalla. Cerré los ojos un momento y me preparé para una lista interminable de peticiones de Hazel.

Esperé hasta que hubo una pausa entre vibraciones antes de mirarlo.

Kristin: *Hagas lo que hagas, NO entres en internet hoy. Nada de redes sociales, ni de emails, NADA.*

Madison: *Por favor. Ven directamente a mi tienda.*

Kristin: *¿Estás ahí? ¿Estás viendo esto?*

Madison: *¿Necesitas que vayamos a recogerte? ¡Respóndenlos, Chloe!*

Confundida, abrí mi buzón de entrada y de inmediato me arrepentí de haberlo hecho.

Ay, Dios. No, no, no...

44

TODO SE DERRUMBA

EMBARAZADA DE VEINTICUATRO SEMANAS Y DOS DÍAS

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

«TRAICIÓN “REAL”: UNA ASISTENTE ROMPEHOGARES»

«TYLER CARRINGTON ESPERA GEMELOS ILEGÍTIMOS»

«LA HEREDERA EDITORA TIENE EL CORAZÓN ROTO:

LO CUENTA TODO»

El corazón se me cayó al suelo al leer los titulares reenviados y, cuando levanté la mirada, cientos de empleados me estaban observando en el vestíbulo.

Sus expresiones eran frías y hostiles; tanto que pensé que estaban mirando a otra persona.

—¿Es cierto? —Sandra apareció delante de mí y me colocó un ejemplar de *Seattle Gossip* en las manos—. ¿Todo este tiempo ha sido él el padre de tus hijos y has fingido que era otra persona?

No me dio la oportunidad de responderle.

—No eres mejor de lo que lo es Hazel. —Se encogió de hombros—. Ella ha llegado hasta arriba a base de engaños y con el dinero de papá, y tú llegas a través de la cama, atrapando al jefe. Por otro lado, estoy bastante impresionada, no tenía ni idea de que estaba haciéndome amiga de la puta del jefe.

Levanté la mano para darle una bofetada, pero todos mis compañeros de trabajo levantaron los móviles, esperando mi reacción.

Sin mediar palabra, corrí hacia las escaleras de emergencia y bajé por ellas hasta la salida al callejón.

En cuanto abrí las puertas, los flashes me dejaron ciega.

—¡Ahí está!

—¿De cuánto tiempo estás embarazada de los bebés de Carrington?

—¿Cuánto tiempo llevas acostándote con él a espaldas de Hazel Swift?

Me quedé congelada, sin saber qué decir o qué hacer.

—¿Te estabas acostando con él mientras estaba con Victoria?

—¿Cuándo os conocisteis?

—¿De verdad crees que ese es un buen *look* para mujeres trabajadoras como nosotras?

Me rodearon, haciéndome sus preguntas en voz cada vez más alta, y, de pronto, una mano agarró la mía y me sacó de allí.

Dillon.

—No mires atrás y no digas ni una palabra. —Me apretó la mano con más fuerza. Me llevó hasta el coche, abrió la puerta de atrás y me metió dentro. Después, corrió hacia el asiento del conductor y salió pitando.

Su mirada, llena de compasión, se cruzó con la mía a través del espejo retrovisor, y me tendió un pañuelo.

45

DATE LA VUELTA

LONDRES, INGLATERRA

TYLER

—¿Cuándo ha filtrado Hazel toda esta mierda, Dillon? —Me faltaba un pelo para estallar—. Quiero la hora exacta, la revista y el nombre del reportero.

—Voy a averiguar lo que pasó.

—¿Dónde está Chloe? —pregunté—. No responde al teléfono.

—Está... —Suspiró—. No ha salido de su habitación desde que la recogí del trabajo. Se niega a hablar con nadie.

—¿Está llorando?

—No ha parado ni un minuto.

—Voy a acortar mi viaje y a volver a casa dentro de una hora —dije—. ¿Puedes dejarle comida en la puerta de la habitación, por favor?

—Claro.

Colgué y negué con la cabeza. Que la prensa me persiguiera continuamente era una cosa, pero el corazón me dolió en cuanto vi todas aquellas palabras dirigidas contra Chloe.

Marqué el número de Hazel, pero no hice la llamada.

Trataré con ella en persona.

La puerta de la *suite* del hotel se abrió y entró mi padre.

—Márchate antes de que ordene que te echen. —Cerré mi maletín—. No tengo nada que decirte.

—¿Ni siquiera un «hola»? —preguntó—. ¿Has hecho todo el viaje a Londres solo para...?

—Por mi hermano y mi hermana —contesté—. Los únicos hijos que creen de verdad que solo piensas en lo mejor para ellos.

—¿Cuántos de esos rumores sobre tu amante embarazada son reales?

—No estaba bromeando con lo de que te echen.

—Tyler, estoy intentando ayudar.

—Ya has hecho suficiente —dije—. Créeme.

—Me estoy muriendo —anunció—. No me queda mucho por vivir.

—Eso son buenas noticias, ¿no?

La expresión de sus ojos era la más vulnerable que había visto nunca, pero había asistido a demasiadas actuaciones tuyas merecedoras de un Oscar a lo largo de los años como para creérmelo.

—Sé que te he exigido demasiado en todo, pero quería que fueses el primero en saberlo —continuó.

—¿Y por qué debería creerte?

—No tienes motivos para hacerlo —respondió—, pero yo tampoco los tengo para mentir. Ya no estás en la línea de sucesión al trono, y tu hermano lo asumirá cuando yo ya no esté.

—¿Qué tipo de enfermedad tienes?

—Cáncer.

—¿De qué tipo y en qué estadio?

—¿Y eso qué importa?

—Dímelo.

—Voy a dar una entrevista sobre ello dentro unos días —dijo—. Deberías quedarte, encender la televisión y verla.

—La mayoría de la gente enferma no quiere la atención extra. Están demasiado ocupados... —De repente, caí en la cuenta. No estaba enfermo en absoluto. Aquello seguía siendo parte del espectáculo para él, el siguiente nivel para conseguir la atención que tanto ansiaba.

A costa de lo que fuese.

—Hay que ser muy retorcido para fingir tener cáncer —espeté—. Pero deja que adivine cómo irá. Vas a anunciar que lo tienes, conseguirás la compasión internacional y, meses más tarde, te habrás «curado milagrosamente». Mientras tanto, habrás usado toda esa compasión para montarte todas las historias que quieras.

Él no respondió.

Su expresión me decía que había acertado.

—Me das asco.

—La manera en que lo cuentas lo hace parecer mucho más terrible de lo que es en realidad.

—Volveré a la cena de la reina del fin de semana que viene y ya está —añadí—. Y solo porque hice una promesa.

Comenzó a hablar de nuevo, pero yo me marché y llamé a la única

persona que de verdad me importaba en esos momentos.

Responde, Chloe.

46

NI UNA PIEDRA SIN REMOVER

EMBARAZADA DE VEINTICUATRO SEMANAS Y DOS DÍAS

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

«¿UNA AMANTE EMBARAZADA? LA MAYOR VERGÜENZA»

«¿CÓMO SABE QUE LOS BEBÉS SON SUYOS?»

«UNA *MASTER CLASS* DE ARTIMAÑAS:

CÓMO ATRAPAR A UN PRÍNCIPE»

«NO HACE FALTA HABLAR DEL VESTIDO DE NOVIA.

TODOS SABEMOS QUE NO PUEDE IR DE BLANCO»

47

CRUEL E INUSUAL

EMBARAZADA DE VEINTICUATRO SEMANAS Y TRES DÍAS

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

—*Siempre ha tenido celos de Hazel* —le decía Sandra a una reportera en las noticias de la tarde—. *O sea, durante mucho tiempo, pensaba que estaba con nosotros en lo de «odiar al jefe», pero no ha sido más que una serpiente todo el rato.*

La reportera sonrió.

—*¿Te importaría decirnos todo lo que sepas sobre Chloe March? ¿Qué tal un recorrido rápido por su oficina?*

Gente con la que no había hablado en años, antiguos profesores y compañeros del instituto que casi ni recordaba le contaban lo poco que sabían sobre mí a la prensa a la mínima oportunidad que tenían. Por mucho que quisiese fingir que no me dolía, cada palabra que pronunciaban me provocaba una herida en el corazón. Y, aun a sabiendas de que iba a dolerme, no podía apartar la mirada de aquella escabechina.

—Gracias por venir tan tarde, Kristin. —La hice entrar en el apartamento de Tyler en torno a la medianoche—. Sé que acabas de volver de un programa en directo, y debería haberte dejado un día para que te aclimataras, pero...

—Shhh. —Me dio un abrazo, y los sollozos comenzaron a manarme del pecho—. No tienes que explicármelo todo, Chloe.

Me acarició la espalda hasta que dejé de llorar, y la acompañé a la cocina.

Como si se tratase de su casa, me hizo un gesto para que me sentara junto a la barra y abrió los armarios en busca de té.

Encendió una tetera y me miró.

—Suéltalo todo.

—Son tan mezquinos y malintencionados... Esta gente no se detiene ante nada —lloré—. Han encontrado mis antiguas publicaciones de

Facebook, incluso aunque las borré del perfil. Están localizando a mis antiguos novios, y ellos me están haciendo parecer una zorra, como si fuera una mala persona, una trastornada que los cazó a todos.

Me sirvió una taza de té mientras yo seguía divagando, sin interrumpirme ni juzgarme nunca.

—Es decir, no se trata solo de cómo me imaginaba que iban a ser mis últimos meses de embarazo. Es que creo que es veinte veces peor. —Di un sorbo largo—. Ya está. No me quedan palabras.

—Bueno, antes de que diga nada, hazme un favor. —Sacó el móvil del bolsillo y pulsó en la pantalla.

Madison y su mejor empleada estaban sentadas en un coche.

—¿Se encuentra bien Chloe? —preguntó—. ¿La has visto ya?

—Estoy aquí con ella ahora. —Kristin acercó el teléfono hacia mí—. ¿Puedes decirme qué coches son de Hazel?

—¿Por qué?

—Porque estamos a punto de destruirlos todos —contestó Madison—. Y de hacer algunas cosas más que no podemos decirte.

—¿Qué ha pasado con lo de no querer tropezarse con ella nunca más?

—Eso fue antes de que armara todo esto y te hiciera daño. —Madison parecía furiosa—. Nos encargaremos de esto encantadas. Confía en mí.

—El Porsche, el Mercedes y el Audi —dije—. Esos son suyos.

—Vale, gracias. Pásate por la heladería cuando puedas a lo largo de la semana, ¿vale? Puedo quedarme después de cerrar y me aseguraré de que no entre nadie mientras tú estés allí. Solo dime cuándo.

—Vale, lo haré.

Colgaron, y Kristin me agarró de la mano.

—Esa gente de la prensa no te conoce, y nunca lo hará —dijo—. No leas ni una sola palabra de lo que escriben y no muestres nunca ni una pizca de emoción cuando te sigan. No les debes nada, así que dales exactamente eso. ¿Me escuchas?

Yo asentí.

—¿Y Tyler?

—Dile que tienes que hablar con él cuanto antes. Estoy seguro de que él también tiene algo que decirte.

—Él piensa que este estilo de vida es normal. No lo entenderá.

—¿Has hablado con él sobre el tema ya?

No dije nada.

—Exacto —añadió—. No lo sabes todavía. ¿Cómo te está tratando tu doctora privada?

—Genial —admití—. Es la única parte buena de todo esto. Tampoco me ha pedido que cometa ningún delito ni que vea vídeos sobre criminales en YouTube... todavía.

Se rio y se apoyó en la encimera.

—¿Quieres hacerme una ruta real por este apartamento para aclararte la mente?

—Claro. —Me levanté del taburete y le hice una señal para que me siguiera por el pasillo.

Se lo enseñé todo, a excepción del despacho y el dormitorio de Tyler, y cuando estábamos observando las vistas sobre la ciudad desde el salón, sonó su teléfono con el tono de llamada de su agente.

Una emergencia seria.

—Uno de estos días, podré tirar esta cosa al mar. —Me abrazó—. Tengo que irme, pero te llamaré a primera hora de la mañana, ¿vale?

—Vale. —La estreché con fuerza y la acompañé hasta la puerta.

Cuando la abrí, Tyler estaba allí de pie, con aspecto de sentirse tan dolido como lo estaba yo.

Kristin se despidió por última vez y se marchó.

—¿Qué es lo que te imaginabas de manera tan distinta? —preguntó Tyler.

—No estaba... —Lo miré a los ojos—. No sabía que volverías tan temprano.

—He estado intentando llamarte para decírtelo. —Se acercó y me levantó la barbilla con los dedos—. Dime cómo querías que fuese todo esto.

—Es demasiado tarde. No importa.

—Te prometo que sí.

—Intimidación, para empezar.

—Eso se da por hecho. ¿Qué más?

Me encogí de hombros.

—Cuéntamelo, Chloe —dijo con suavidad—. ¿Qué podría mejorar las cosas? Incluso aunque fuese solo a corto plazo.

—Una escapada a una cabaña en medio de la nada, donde podría relajarme sin más y disfrutar de todo por última vez antes de que todo

cambie.

Me acarició el pelo con los dedos, mirándome con intensidad a los ojos. Después, sacó el móvil del bolsillo y se lo llevó al oído.

—¿Dillon? Necesito tu ayuda para algo importante.

48

NUBES EN EL CIELO

OCHO HORAS MÁS TARDE

CHLOE

Tyler me quitó un antifaz de la cabeza y me reveló un mundo tranquilo lleno de pinos altos, un enorme lago de aguas cristalinas y una pequeña cabaña de madera en la distancia.

—No hay más huéspedes aquí —dijo, leyéndome la mente—. Todos los empleados han firmado el acuerdo de confidencialidad más estricto del planeta y tenemos el parque completo para nosotros. ¿Te parece bien así?

Yo asentí.

—¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos?

—Cinco días. —Me acunó la cara entre las manos—. Es lo máximo que he podido conseguir con tan poca antelación.

—Gracias, Tyler.

—De nada, Chloe. —Me besó, y volvió a susurrar—: Dame la oportunidad de encontrar una solución a largo plazo. Eres lo único que me importa, y siempre haré lo que sea mejor para ti... Sea lo que sea.

—¿Puedes decirme cosas bonitas como esa durante todo el fin de semana? —Sonreí—. ¿Sin parar?

—Claro.

49

UN HUÉSPED INDESEADO

EMBARAZADA DE VEINTICINCO SEMANAS

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

El avión de Tyler voló por encima de Washington horas después de habernos marchado de la cabaña, justo cuando la niebla reptaba por la costa.

—¿Vas a ir a trabajar hoy? —pregunté.

—Un poco.

—¿Y vas a volver a Londres para la fiesta de la reina?

—Volveré en el mismo día. —Me besó en la frente.

—¿Qué tienes pensado hacer con Hazel? —volví a preguntar.

—No puedo trabajar con alguien que le ha hecho daño a la mujer a la que quiero. —Me acarició el cuello con un dedo—. Le he dicho que tiene que renunciar. Con efecto inmediato.

—¿Y qué hay de mi trabajo?

—Puedes quedártelo, pero, personalmente, creo que te iría mejor trabajando en tu arte que con gente que utilizará tus momentos más cotidianos para cotillear.

—¿Y si los ignoro sin más y me centro solo en mi trabajo?

—Ojalá fuese tan fácil. —Me lanzó una mirada de compasión—. A estas alturas, se trata de confianza, y no puedes tratar con gente que no piensa en lo que es mejor para ti. —Hizo una pausa antes de continuar—. Y Sandra no lo hace, por cierto.

—Me he dado cuenta... ¿No crees que merece la pena explicar alguna vez mi punto de vista?

—En absoluto. —Me levantó la barbilla y me besó en los labios—. No se trata de la verdad, Chloe. Se trata de lo que vende...

—¿Y qué hay de entrevistas personales, cara a cara? —pregunté—. ¿Esas funcionan?

—No. —Volvió a besarme—. La gente solo escucha lo que quiere

escuchar.

Me apoyé en su pecho y él me acarició hasta que aterrizamos.

Cuando Tyler volvió a subirse a un avión con destino a Londres, monté un estudio de arte en su salón. Había siete caballetes nuevos observándome, listos para nuevas aventuras.

Mientras limpiaba los pinceles, un guarda de seguridad llamó a la puerta.

—¿Sí? —pregunté.

—Tiene visita —respondió.

Me di la vuelta y vi a una mujer con un vestido morado precioso. Una mujer que me era terriblemente familiar.

—Soy la hermana pequeña de Tyler, Priscilla. —Me tendió la mano—. Hola, Chloe.

—Encantada de conocerte —dije—. ¿No vas a asistir a la fiesta de la reina con Tyler?

—No —contestó—. Los he convencido a todos de que no me encontraba bien y he hecho algunos arreglos para poder venir a pasar un tiempo con mi hermano cuando vuelva, pero... ¿Vives aquí con él? ¿De manera permanente?

Yo asentí.

—¿Quieres algo de beber?

—No, estoy bien. —Se quitó los guantes y los pasó con lentitud por encima de los muebles.

—Voy a celebrar pronto un *baby shower* —le conté, cogiendo una de las invitaciones adornadas y tendiéndosela—. Por ahora, va a ser en el ático de alquiler de mi mejor amiga, Kristin, pero la fecha y la ubicación oficial aparecerán en la aplicación cuando tenga un plan para la prensa. Sé que tu familia y tú tenéis una agenda muy apretada, pero he supuesto que agradeceríais la invitación.

—Un plan para la prensa, ¿eh? —Sonrió y se guardó la invitación en el bolsillo—. Mira, voy a confesarte algo. He venido a darte las gracias.

—¿Por qué?

—Por avergonzar a toda nuestra familia. —Le cambió el semblante—. Por desviar las miradas de mi otro hermano y de mí y de lo que teníamos planeado, y por haber hecho que no se pueda hablar de otra cosa que de los escandalosos vástagos que llevas en tu barriguita de zorra.

—Vale. Devuélveme la puñetera invitación.

—Nunca te aceptaremos en nuestra familia, así que no hace falta que te molestes en mostrarte cordial con nosotros. No sabes lo que significa la palabra «cordialidad», y que Tyler te deje vivir con él y que aparezcáis juntos en público es una afrenta para todos nosotros.

—Deberías marcharte ahora mismo. Si no, puede que me olvide de que eres familia de Tyler y te dé una buena paliza. Embarazada y todo.

—Adónde crees que te llevará todo esto cuando se haya dicho y hecho todo, ¿eh? —Su sonrisa odiosa me estaba poniendo de los nervios—. ¿A decirte que quiere estar contigo toda la vida?

—Eso ya me lo ha dicho. Llegas tarde. —Fui a quitarle la invitación que tenía en el bolsillo, pero se apartó.

—Bueno, al menos le gustas a un miembro de esta familia, pero quedas avisada. —Bajó la voz—. Estoy decidida a convertir tu vida en un infierno en la tierra con los medios de comunicación, tanto en casa como en Estados Unidos, hasta sacarte de nuestras vidas, hasta que no seas más que una anécdota borrosa y olvidada de la que todo el mundo se ría.

Me rozó el hombro de camino hacia la puerta, y después me miró por encima del suyo.

—Al menos podrías haberlo mantenido todo en secreto y haber conseguido unos cuantos millones. ¿En qué estabas pensando?

50

UNA MANCHA DE TÉ

LONDRES, INGLATERRA

TYLER

No debería haber venido...

—Tyler, ¿no quieres ponerte al día con la princesa Victoria mientras estás aquí? —Mi madrastra me acorraló en el salón de té superior—. Está preocupadísima por ti con todo este último escándalo.

—Por enésima vez, solo he venido porque le prometí a mi abuela que me dejaría ver —contesté—. No esperes nada más que eso.

—Vale. —Hizo una seña a los de seguridad y, de repente, la sala se vació y nos quedamos solos los dos.

Por Dios Santo.

—Mi vuelo sale dentro de unas pocas horas —dije—. Preferiría que me dejaras en paz. A no ser que seas la única persona de esta familia que tenga cáncer.

—¿Quién tiene cáncer de la familia, Tyler?

Negué con la cabeza.

—Nadie, evidentemente.

—¿Cuánto quiere esa chica?

—¿Quién?

Suspiró y bajó la voz.

—Esa a la que has dejado preñada. Esa feúcha de Chloe March.

—Chloe no tiene nada feúcho.

—Eso es subjetivo. —Se encogió de hombros—. ¿Cuánto crees que podemos pagarle para que se marche y diga que todo ha sido una estratagema?

—¿Disculpa?

—Hemos dejado de controlar el discurso público desde que saltó la noticia. Justo cuando volvíamos a estar en la cima, esa mujer disoluta va y nos derriba de una patada con sus jueguecitos.

Dejé mi copa y sentí que la sangre me hervía.

—Nunca has permanecido fiel a una sola mujer durante más de unas cuantas semanas seguidas, así que tampoco es que alguien vaya a encontrar imposible que no funcionara lo de vosotros dos. Sobre todo, si podemos tomar las riendas de esta historia antes de que se salga de madre.

—Define «salirse de madre».

—Ah, no sé. —Tuvo el descaro de sonreír—. Alguien podría pensar que se trata de una relación real y no de un error en una noche de borrachera por tu parte. Rumores de matrimonio y todo eso.

—Voy a pedirle que se case conmigo la semana que viene.

—Esa es una broma muy divertida.

—Ninguno de nosotros dos se está riendo.

—Solo quiero lo que es mejor para la familia —dijo—. Si estás aquí, cumpliendo con tus obligaciones en la vida pública londinense, tus acciones tienen consecuencias, y necesitamos librarnos de este problema lo antes posible.

—Vale.

—¿Vale, nos ayudarás a librarnos de ella?

—No. Algo así como: «Vale, me he equivocado al venir aquí, incluso aunque fuese por la abuela» —dije, mirándola directamente a los ojos—. Estoy harto de vosotros, de *todos* vosotros.

—Tyler...

—No me llames y no te pongas en contacto con nadie que esté conmigo en Estados Unidos. No recibirás respuesta. Nunca.

Se quedó pálida.

—Y ya que quieres escribir discursos, puedes decirle a todo el que quieras que nunca más volveré a este país. Ni siquiera en un maldito ataúd. Para mí, estáis todos muertos.

—Por favor, espera. No pretendía...

—Ahórratelo. —Pasé a su lado en dirección a la salida y fui directamente a mi coche.

Seattle era la única ciudad que podía considerar mi hogar.

51

UN DESVÍO NECESARIO

EMBARAZADA DE VEINTISIETE SEMANAS Y CINCO DÍAS

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

—¡Chloe March estuvo ingresada en una institución mental hace seis años! —La reportera sonrió en televisión—. *Con nosotros tenemos a la doctora Lee Ann Barbara para contarnos, en exclusiva, su opinión y el motivo por el que podría haber acabado allí, dado su limitado historial laboral.*

—La señorita March es todo un personaje. —La doctora rio mientras especulaba sobre mi visita por todos los motivos equivocados, demasiado estúpida como para comprobar que se correspondía con las muertes de mis padres.

No se trata de la verdad, Chloe. Se trata de lo que vende...

Las lágrimas me resbalaron por las mejillas y me confirmaron que estaba tomando la decisión adecuada ese día. Daba igual cuánto doliera: era la decisión adecuada, de una vez por todas.

De repente, los pasos de Tyler sonaron en el pasillo, seguidos del sonido de las ruedas de su pequeña maleta, y apagué la televisión. Volví a comprobar que lo tenía todo conmigo y me puse de pie.

Me sonrió cuando apareció en el umbral, pero pronto esa sonrisa se esfumó.

—¿Por qué parece que hayas estado llorando todo el día?

—Porque eso es lo que ha pasado.

—¿Quieres darte una ducha y hablar sobre ello? —Miró alrededor de la sala—. Espera un momento. ¿Dónde están tus cosas?

—Kristin y Madison me han ayudado a llevármelas a lo largo del fin de semana.

—¿A llevártelas dónde?

—A otro sitio. —La voz se me quebró—. Me marchó de aquí.

Se soltó el nudo de la corbata.

—¿Me estoy perdiendo algo?

—No puedo seguir aquí.

—No vas a volver a la caja de cerillas, ¿verdad?

Sonreí. El corazón me dolía demasiado cuando trataba de hacerlo.

—No voy a vivir allí —dije—. Es... en otro sitio.

—¿Cuál es la dirección?

—Preferiría que no lo supieras.

Él parpadeó varias veces, confundido.

—No puedo vivir así, Tyler —confesé—. Lo siento, pero he terminado con todo esto. Tampoco puedo seguir estando contigo.

—¿Qué?

—No estoy hecha para esto. —Lo miré a los ojos cuando se acercó a mí.

—Pensé que habíamos quedado en que ibas a darme tiempo para pensar qué hacíamos a largo plazo.

—No creo que haya solución para esta situación —afirmé.

—Chloe...

—Esto no es vida. —Sentí un nudo en la garganta—. Todo lo que haces tiene que estar programado, y no puedes hacer nada de manera espontánea sin que se convierta en un espectáculo. Y ahora yo tampoco puedo.

Dio otro paso adelante y me acarició la mejilla, pero yo sacudí la cabeza.

—He perdido mi empleo, mi intimidad y, con las historias de hoy, estoy a punto de perder la voluntad de vivir —confesé—. Para ellos no hay nada vedado. Nada...

—¿Vas a dejarme por culpa de la prensa? —Entrecerró los ojos.

—Voy a dejarte porque necesito tiempo para mí misma, tiempo fuera de la familia real.

—Ya no formo parte de la familia real.

—Puede que no oficialmente —dije—. Pero siempre lo serás para quien quiera que te vea. Siempre serás alguien sobre quien merezca la pena escribir, y quien vaya de tu brazo será también presa fácil. Tú puedes quitártelo de encima y seguir con tu rutina —continué—. Yo me quedo despierta por la noche y lloro, recordándolo todo y preguntándome si no tendrán razón.

—Puedes aprender a adaptarte a ello.

—No si no quiero —admití—. No quiero hacerlo. Y creo que el que tu hermana viniera aquí me lo ha dejado más que claro.

—¿Priscilla ha estado aquí? —Alzó las cejas—. ¿Cuándo?

—Hace poco —respondí.

—¿Qué te ha dicho?

—Lo suficiente como para comprender que esto no es para mí.

—Mi familia es una puñetera mierda. —Apretó la mandíbula—. Todos y cada uno de ellos son terribles, ella incluida.

—Incluso las personas terribles pueden tener razón.

—Estamos a punto de ser padres, Chloe.

—Y por eso he redactado un nuevo plan de tutela compartida. —Levanté una carpeta, pero él no hizo ademán de cogerla—. Estoy abierta a negociar las condiciones que creas que son injustas.

—No voy a criar así a mis hijos contigo, Chloe —dijo—. Encontraremos una solución a esto.

—Yo ya lo he hecho. —Dejé la carpeta sobre la cama. Después, agarré el asa de mi maleta y caminé hacia la puerta.

Él me agarró la mano y me obligó a darme la vuelta.

—¿Qué ha pasado entre nuestro viaje y ahora? Estás comportándote de forma absurda.

—He leído a fondo tu discurso de despedida. —Aparté la mano—. Al principio no lo comprendí, aunque ahora me queda bastante claro. Puede que odies a tu familia, pero son tu plan alternativo si tu vida aquí no funciona. No lo has dicho de manera explícita, sin embargo, sabes que no soy Hazel. Sé que lo que no se escribe directamente queda implícito, y sé que no sería bienvenida allí si tuvieses que volver.

—Ahora estás siendo todavía más absurda.

—Hay una parte de ti, una muy pequeña, que disfruta siendo el centro de atención, una parte que no puedes explicar porque ha sido así durante toda tu vida. Tienes un pie dentro y otro fuera, y solo será cuestión de tiempo que me veas igual que lo hacen ellos, y ahora lo único que quiero es proteger mi corazón de todo eso.

—Chloe, por favor.

—No me sigas —dije—. Te enviaré información todas las semanas sobre los bebés, y encenderé mi localizador si por casualidad se me rompen las tuberías, ¿vale?

Él no respondió, y yo me dirigí hacia el pasillo con él tras mis talones. Haciendo caso omiso de mi petición, me dio la vuelta para tenerme cara a cara.

—Eres lo único que me importa, Chloe —dijo, cogiéndome las dos manos—. Lo digo en serio.

—Entonces, mantén tu promesa de hacer siempre lo que sea mejor para mí. —El corazón se me rompió dentro del pecho—. Ponte en mi lugar durante cinco segundos y piensa en todo lo que acabo de decir... Después, deja que haga lo que es mejor para mí.

Se me quedó mirando con incredulidad y, conforme iban pasando los segundos, el dolor fue tomando posesión de sus ojos. Luego, despacio, me soltó las manos.

Me alejé antes de que se me ocurriera cambiar de opinión.

52

NO ES LO QUE YO PENSABA

DOS DÍAS MÁS TARDE

SEATTLE, WASHINGTON

TYLER

No hubo llamadas ni mensajes de Chloe, ni tampoco correos.

Por primera vez en semanas, me di la vuelta en la cama sin ella entre mis brazos, sin que diera comienzo a mi día con su risa ronca.

No pretendía romper conmigo.

En un estado de negación, refresqué todas nuestras conversaciones, pensando que estaba pasando por un bache emocional porque no estábamos juntos. Que iba a entrar en razón y a comprender que todo podía solucionarse con el tiempo.

—¿Has enviado mi carta a los editores de los periódicos, Dillon? —Lo miré desde mi escritorio.

—No —respondió—. Pero he hecho que uno de tus verdaderos empleados lo haga por ti.

—Bien. —Asentí—. Bueno, ahora, nuestro principal problema debería solucionarse, y Chloe volverá, ¿verdad?

No respondió.

—¿Necesitas que haga algo más hoy por ti?

—Aparte de encontrar a Chloe, no.

—Muy bien. —Dio unos pasos atrás—. Volveré cuando me necesites.

—Ya sabes dónde vive, ¿verdad?

La expresión de sus ojos me lo confirmó, pero se marchó de la sala sin mediar palabra.

De inmediato cogí mi teléfono.

Yo: ¿Dónde estás viviendo ahora? Dímelo, para que pueda ir y hablar contigo.

Yo: Te he llamado cinco veces. Cada hora. Responde.

Yo: Enviar a tus mejores amigas a recoger tus últimos libros es un poco dramático, ¿no crees?

Yo: ¿Cuánto tiempo más esperas que me conforme sin hablar contigo? ¿De verdad crees que puede funcionar una tutela compartida si no nos hablamos?

No respondió.

Pensé que su comportamiento iba a durar un día, como mucho, pero pasó otro, y luego otros tres más.

Y antes de darme cuenta, ya había transcurrido toda una semana y media, y lo único que me había enviado era un pantallazo de su aplicación *Qué esperar*.

Había vuelto a hacerme el vacío que tan bien se le daba hacer, y que tanto dolía.

53

CEÑIRSE AL PLAN

EMBARAZADA DE VEINTINUEVE SEMANAS Y CUATRO DÍAS

ISLA DE BAINBRIDGE, WASHINGTON

CHLOE

El ferry salió despacio del puerto, y yo me ajusté las gafas de sol para ocultar las lágrimas. Dejar a Tyler no me había hecho la vida más fácil. Al contrario: ahora tenía todavía más problemas. Aun así, decidí mantenerme fuerte y continuar con mi nueva rutina mañanera exenta de sus caricias.

Me despertaba dos horas antes que Kristin, cogía el primer ferry disponible a la ciudad vestida con ropa extragrande, y me colaba por la entrada lateral de la heladería de Madison antes de que sirviera el primer cucurucho.

Había dejado de leer las noticias, pero a veces veía una imagen en miniatura mía junto al titular «ATENTOS A LA ROMPEHOGARES».

—Eh... —Una mujer mayor me dio unos golpecitos en el hombro—. ¿Qué drogas estás tomando, rica?

—Eeeh... ninguna. —Me planteé levantarme y cambiar de asiento—. No estoy tomando ninguna droga.

—¿Estás segura? —preguntó—. Porque solo alguien que va drogado escribiría algo así.

Señaló la carátula de mi libreta, donde había escrito las palabras «COSAS QUE HABRÉ SOLUCIONADO CUANDO CUMPLA LOS TREINTA».

—Esa es la edad en que se supone que ya debemos haberlo solucionado todo —dije—. O al menos, eso es lo que he oído.

—Pues has oído mal —respondió, entre risas—. Tengo cincuenta y cinco años y todavía no tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Aunque sí que me estoy divirtiendo. El mes pasado hice mi primer trío.

—¿Trío?

—Sí. —Sonrió—. El mejor regalo de cumpleaños que me he comprado nunca. Esos dos chicos no se cansaban nunca de estos muslos.

Me reí por primera vez esa semana, y ella me dio unas palmaditas en la

espalda.

—Mi marido nunca podría haberme hecho lo que me hicieron ellos a mí —añadió—. Si pudiese dar marcha atrás en el tiempo a cuando tenía treinta, me habría encargado de hacer uno de esos al menos una vez al año.

—Lo tendré en cuenta. —Sonreí—. ¿Cambiarías alguna cosa más si pudieses volver?

—Ni una maldita cosa, niña. —Me apretó la mano—. Cada semana cambiaba de opinión sobre quién quería ser y sobre qué pensaba de mi vida, así que al final dejé todo eso. Me limité a disfrutar de la vida, y te sugiero que tires esa libreta y que hagas lo mismo, ¿me escuchas? —No me dio la oportunidad de responder—. Cuida de ti misma —dijo, antes de marcharse hacia los escalones.

Abrí mi libreta y leí todas las listas y objetivos que quería, y vi que solo me quedaban unos cuantos meses para convertirlos en realidad.

Mientras el ferry se acercaba al muelle de Seattle, hice añicos todas las hojas y las tiré a la basura.

Me coloqué bien las gafas de sol, elegí la ruta más larga hasta la heladería de Madison y ocupé mi lugar habitual en la trastienda.

Tras unos segundos, escuché una voz familiar.

—¿Chloe? —dijo Tyler.

—Guau. —Madison salió a la barra, y yo traté de echarle un vistazo desde la ventana.

Como de costumbre, estaba perfecto, con su traje oscuro hecho a medida y su corbata, pero se me encogió el corazón al ver la expresión de sus ojos. No hacían juego con la ira que rezumaban sus mensajes.

Era angustia, dolor.

—No abriremos hasta dentro de dos horas, señor —se mofó Madison—. Tiene que marcharse si no quiere que llame a la policía.

—Estoy buscando a Chloe.

—No sé quién es esa.

—La he visto entrar aquí. —Miró hacia la parte trasera—. También vino ayer.

—Así que, además de llamarla veinte veces al día, ahora la estás acosando, ¿no?

—Sí.

—Ha recogido algo que necesitaba y ha salido por la puerta del callejón.

—Mantuvo un tono de voz firme—. De verdad que no quiero tener que tratar con reporteros que me hagan perder mi tienda para preguntar qué tipo de sabor has elegido hoy o qué has tirado a la basura, así que... —Señaló hacia la puerta—. ¿Puedes marcharte ya, por favor?

Sacó una cajita del bolsillo y la colocó sobre el mostrador.

—Dale esto cuando regrese.

—No va a leer ninguna nota tuya.

—No es una nota —dijo—. Es algo que tenía intención de darle hace tiempo. ¿Le dirás que me he pasado por aquí?

—Lo pensaré.

Parecía como si quisiera decir más, pero se dio la vuelta y se marchó de la tienda.

Madison corrió tras él y cerró las puertas.

—Ya puedes salir, Chloe —avisó—. Se ha ido.

Cogí con rapidez la cajita que había dejado y la abrí.

Las lágrimas me escocieron en los ojos al ver una versión más grande y enmarcada de la foto que nos sacamos en el fotomatón de The Great Wheel. Debajo, había una inscripción:

«La primera vez que te vi me sentí intrigado por ti, Chloe.

Sigue siendo una de las mejores noches de mi vida.

Sin embargo, la diferencia entre esa y ahora es que tengo tu número de teléfono.

Responde, por favor.

Te quiero.

Tyler».

—¿Debería seguirlo? —Me dolía el corazón—. Tal vez podamos solucionarlo hablando.

—Dios, no. —Me miró furiosa—. Hazte un cono de «Cíñete al plan con arándanos», y siéntate de una maldita vez.

54

SEGUIR INTENTÁNDOLO

SEATTLE, WASHINGTON

TYLER

—¿Señor Carrington? ¿Señor?

Levanté la mirada de mis notas y me di cuenta de que había cinco ejecutivos mirándome expectantes. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaban ahí ni tampoco de lo que yo estaba haciendo.

Nadie del exterior sabía que Chloe y yo ya no nos hablábamos, pero su ausencia en las últimas semanas había dejado un agujero enorme en ese edificio.

Todo el mundo lo sentía.

—¿Sí? —pregunté.

—Hemos acabado la agenda final para los *bestsellers* que vamos a enviar de gira el próximo trimestre —anunció la señorita Swan—. ¿Podemos marcharnos ya para disfrutar del fin de semana?

—Pues claro. —Me obligué a sonreír—. Pásenlo bien.

Salieron en fila de la estancia, pero la señorita Swan se quedó atrás.

—¿Puedo ayudarla en algo? —le pregunté.

—¿Me da permiso para hablar de manera extraoficial?

—No, a menos que quiera unirse al resto de empleados que he tenido que dejar marchar por hablar sobre mi vida privada.

—Creo que debería tomarse más tiempo libre. Es decir, se le da bien su trabajo, para sorpresa de todos, dado que viene de la realeza y... —No acabó la frase—. Es solo que parece deprimido.

Estoy deprimido, joder.

—En fin —continuó—. A grandes rasgos, me alegro de que sea nuestro director general. Ah, y sé que Chloe renunció por motivos personales, pero ¿puede darle este regalo de mi parte? Aunque, técnicamente, también es para usted.

—Así que ¿me está pidiendo que la despida?

—Me arriesgaré. —Dio un paso adelante y sacó una bolsita gris

pequeña del bolso—. Es de parte de todo el mundo de nuestro departamento.

Me quedé mirándola.

—Que tenga un buen fin de semana, señor Carrington. —Salió de mi despacho, y yo esperé a que cerrara la puerta.

Saqué una cajita envuelta en seda y desaté la cinta de color verde claro.

Era un álbum de recuerdos en miniatura con una foto de Chloe y de mí en la portada. La foto se había tomado mucho antes de que nuestra relación saliera a la luz, antes de que lo supiera nadie en la oficina.

«O eso pensaba yo».

Estábamos sentados en el sofá azul de mi despacho, con Chloe reclinada sobre mí, sonriendo, y mi brazo rodeándole el hombro, a tan solo unos segundos de probar sus labios.

En la portada del álbum ponía «*EL PRÍNCIPE Y LA PRINCESA DE EDITORIAL CANALLA*».

Recorrí las mejillas de Chloe con el dedo y suspiré.

La puerta de mi despacho se abrió de repente, y me preparé para enfrentarme a otro ejecutivo.

Sin embargo, no fue ninguno de mis empleados quien atravesó la puerta.

Fue Hazel.

—Ah, yo... —Se aclaró la garganta—. No sabía que estarías aquí.

—No veo por qué no iba a estarlo. —Dejé el álbum encima de la mesa—. Hay un montón de puñeteros fuegos que apagar, y todo gracias a ti.

—Te debo una disculpa.

—Puedes guardártela.

—Actué por impulso —dijo—. No pensé que fuesen a llevar las cosas tan lejos.

—No, *sabías* que iba a ser así. —Apreté la mandíbula—. Querías hacerle daño, y se lo hiciste. Querías destruirla a ella sola, pero, en su lugar, acabaste con todo.

—Pensaba que yo te gustaba.

—Te toleraba —confesé—. Como codirectora y compañera «casi presente».

—Puedo emitir otro comunicado si quieres. Puedo arreglarlo.

—Has hecho más que suficiente. No te olvides de recoger todo lo que

necesites de tu despacho antes de salir.

—Espera. —Se había puesto pálida—. ¿Decías en serio lo de que dejar mi trabajo en la empresa que ha triunfado gracias a mí?

—No, Chloe la ha hecho triunfar —dije—. Tú la estuviste utilizando todo el tiempo. Pero eso no viene al caso. Tienes hasta esta tarde para firmar la carta de renuncia que he redactado para ti. —La fulminé con la mirada—. O te vas a enterar.

—¿O me voy a enterar de qué?

—Le daré a la prensa un buen motivo para acosarte, para que pruebes un poco de tu propia medicina, esa que has usado para joder a Chloe.

—Vale. —Inspiró hondo y cogió una carpeta—. Si es así como debe ser...

—Lo es.

Se marchó sin decir nada más y, de todas formas, empecé a enviarle cartas a la prensa sobre Hazel.

No le debía nada.

Se lo debía a Chloe.

55

ALGUNAS COSAS NO CAMBIAN

EMBARAZADA DE TREINTA SEMANAS

CHLOE

—¿Chloe? —Kristin encendió la luz de la habitación de invitados—. Chloe, ¿qué demonios estás haciendo?

Solté un gemido y ahuequé la almohada debajo de mi cabeza, mirando al techo. Los bebés no paraban de darme patadas y puñetazos en el estómago, y no me estaban dejando pegar ojo. Era como si supieran que algo andaba mal. Su rutina habitual había desaparecido hacía mucho.

Kristin se dejó caer en el suelo, a mi lado, y me enjugó los ojos con los dedos.

—¿Necesitas que llame a un médico?

—No. —Negué con la cabeza—. ¿Puedo pedirte algo sin que me juzgues?

—¿Implica que tenga que devolverte el teléfono? —Entrecerró los ojos—. Sigues siendo portada en las noticias, Tyler continúa llamándote cada media hora y, además, ha empezado a enviarnos mensajes a Madison y a mí.

—No necesito que me lo des —dije—. Hay un vídeo en mi álbum que se llama «Treinta», en la nube. ¿Puedes poner el último lo más alto que puedas, por favor?

Lo sacó del bolsillo del pijama y pulsó en la pantalla.

Tras unos segundos, la voz de Tyler llenó la habitación.

—Vuestra madre no me habla ahora mismo, pero siempre ha insistido en que os lea un cuento nuevo todas las noches —decía—. Ni siquiera creo que escuchéis mi voz, pero como no quiero perderme ni una noche, los envío por vídeo para que pueda ponéroslos.

Las patadas y puñetazos de los niños se calmaron, y yo me acaricié el estómago como Tyler haría si estuviese a mi lado.

—Este se llama *Buenas noches, luna*. Alerta de *spoiler*: no tiene nada de argumento, y voy a prohibirle a vuestra madre que elija más libros de

aquí en adelante.

Kristin me colocó el móvil en el pecho y se tumbó a mi lado, y los bebés se calmaron mientras Tyler les leía cinco historias más.

56

UNA REUNIÓN INDESEADA

SEATTLE, WASHINGTON

TYLER

CHLOE: *Tus bebés son igual de grandes que una calabaza ya. Miden entre cuarenta y tres y cuarenta y cinco centímetros, pesan dos kilos trescientos. Enhorabuena por haber terminado otra semana.*

Yo: *¿Es Chloe de verdad quien me envía el mensaje? ¿O es Kristin?*

Chloe: *Kristin.*

Tiré el teléfono al sofá.

Incapaz de aguantar ver mi casa sin Chloe en ella, cogí mi chaqueta y me monté en el ascensor para bajar al garaje.

Cuando las puertas se abrieron, vi a mis escoltas discutiendo con alguien cerca de la salida. Estaba a punto de ignorarlo, pero el tono de aquella persona era inconfundible.

¿Papá?

—El señor Carrington ha dejado más que claro que no es bienvenido aquí, señor —dijo uno de ellos.

—Es mi puñetero hijo.

—Eso no importa. No tenemos permiso para dejarle pasar.

—Podéis dejarlo por esta vez —intervine yo—. De todas formas, voy a salir.

Se apartaron y lo dejaron entrar.

—¿Cómo sabías dónde vivo? —pregunté.

—No es difícil de encontrar cuando hay furgonetas de las noticias por todas partes...

—Ah, sí. —Puse los ojos en blanco—. Qué privilegio.

—Tu madrastra ha dicho que mencionaste algo sobre estar muerto pronto.

—Le dije que estaba muerto para ti y para toda la familia —contesté—. Pero, claro, puede que deba encontrar la manera de fingir mi muerte. Como estás empeñado en planificar otro evento real, estoy seguro de que podrás hacer maravillas con mi funeral.

—Estoy seguro de que tú querías uno privado, ¿verdad?

—¿Has venido aquí a jugar a las palabras conmigo? —inquirí—. Si es así, vuélvete a Londres.

—Tenía pensado llamar antes de venir.

—Te habrías ahorrado tiempo. —Saqué las llaves del coche del bolsillo—. Ahora, deberías marcharte.

—Tu madrastra ha estado fuera de sí durante semanas, Tyler. —Tenía los ojos hinchados y rojos—. Se siente muy mal por lo que te dijo, por el distanciamiento que ha creado entre nosotros.

—El distanciamiento entre nosotros existe desde hace años. Ella solo dejó más claro que nunca podría repararse.

—¿Sabes qué? —Se acercó más, con la mandíbula encajada—. Eso es lo único que siempre he odiado de ti, hijo.

—¿Lo único?

—Hay varias cosas, pero esta es la principal de mi lista.

—¿Necesitas que te imprima las instrucciones para llegar a la salida? Es, literalmente, por el mismo camino por el que has entrado, así que...

—Eres igualito que tu madre —dijo—. Lo bastante tonto como para creer que tu vida te pertenece a ti, y lo bastante estúpido como para intentar hacer algo al respecto.

Parpadeé varias veces, y me pregunté si de verdad escuchaba las tonterías que estaba diciendo.

—Ella siempre me decía que se sentía atrapada todo el tiempo —continuó—. Que no le gustaba que la gente le hiciera fotos todo el rato, que escribiera sobre su vida como si ella fuera un objeto, pero... —Se detuvo durante unos segundos—. A mí me encanta, y me sigue encantando todo eso.

No respondí nada.

—Seguí intentando convencerla de que deliraba si creía que formar parte de la realeza era horrible. —Me miró a los ojos—. Era una desagradecida. Lo cierto es que fue culpa mía que estuviera deprimida; ni siquiera intenté hacer ningún cambio por ella... Pero debería haberlos hecho por ti hace mucho tiempo.

Me crucé de brazos. Nunca le había escuchado disculparse por nada en la vida, y me negaba a creer que iba dirigido a esa conclusión ni de cerca.

—No puedo retirar las cosas que he hecho o dicho, y solo porque

siempre haya sido feliz con mi posición dentro de la casa real no significa que tú tuvieses que estarlo con la tuya. Entiendo por qué te marchaste, pero, dejando a un lado nuestro distanciamiento, no quiero perderte. El resto de la familia tampoco lo quiere. Lo siento.

Me quedé mirándolo, listo para decir «Disculpa no aceptada», pero sacó una cajita del bolsillo interior de la chaqueta y me la dio.

—Esto es lo que le di de verdad a tu madre cuando le pedí matrimonio —dijo—. Se puso uno distinto para la prensa porque quería guardarse algo para sí misma, puede que su propio resquicio de intimidad.

Abrí la cajita y vi un diamante enorme de talla princesa con otros diamantes pequeños en tono rosa alrededor del aro. Me quedé mirándolo, asimilando lo parecido que era al que le había comprado a Chloe unas semanas antes.

—Estoy seguro de que Priscilla o Charlie sabrán valorarlo.

—No es para ellos —contestó—. Tu madre me hizo prometer que te lo daría cuando estuvieses listo para casarte. Insistió mucho en ello.

Pasé el dedo por la circunferencia varias veces antes de cerrar la cajita.

—Después de todo lo que he hecho, no tienes motivos para quererme en tu vida, pero yo sí los tengo para luchar por que seas parte de la mía —prosiguió—. Haré todo lo que pueda para demostrarte que lo digo en serio, y encontraré la manera de compensarte por todo. El resto de la familia también.

—¿El resto de la familia?

—Están aquí, en el avión, pero no quieren bajar a menos que estés dispuesto a hablar con ellos.

—Solo hay una persona con la que quiero hablar ahora mismo.

—¿Chloe?

—Evidentemente.

—Puedo decirte dónde estará mañana a mediodía —declaró.

—¿Por un golpe de suerte?

—Por una antigua invitación...

57

NO PUEDO DEJARTE MARCHAR*

EMBARAZADA DE TREINTA Y TRES SEMANAS Y CUATRO DÍAS

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

La *suite* del ático de Kristin estaba llena de cajas con preciosos envoltorios, de *cupcakes* esponjosos con crema y de elegantes globos azules. Ella y Madison habían trabajado con Dillon para llevarme hasta allí sin que la prensa se diera cuenta, y yo estuve reprimiendo las lágrimas todo el rato.

No estaba segura de si era culpa de las hormonas revolucionadas que ya no podía controlar o del agujero que sentía en mi corazón, cortesía de Tyler.

Había demasiadas noches en las que no quería hacer nada más que girarme en la cama y apoyar la cabeza en su pecho, escucharle contarme a qué cosas «extrañas» se estaba acostumbrando en Estados Unidos o sentir que me hacía el amor hasta altas horas de la madrugada.

—No pasa nada, Chloe. —Kristin me acarició la espalda—. No tenemos por qué hacer esto hoy. Podemos dejarlo todo tal cual, y puedes volver y abrir los regalos cuando estés lista.

—Estoy bien —conseguí decir—. Pásame el primero.

Ella dudó, pero cogió uno pequeño de seda del alféizar de la ventana.

Desaté el lazo a juego con lentitud, y suspiré cuando la tela cayó.

Era una fotografía de Tyler y de mí caminando bajo la lluvia de Seattle unas semanas antes. Con una nota de su hermana.

«Lo siento mucho, Chloe. Os deseo a Tyler y a ti todo lo mejor, y me encantaría poder disculparme contigo en persona y darte la enhorabuena como nuevo miembro de la familia Carrington».

—Puaj. —Kristin me la quitó—. ¡Pensaba que te habías deshecho de todos los regalos de la familia real, Madison!

—¡Y lo hice! —contestó desde el pasillo—. ¡A lo mejor se ha colado uno!

—Lo siento. —Kristin me entregó otra caja—. Este es de mi madre. Me quedé mirando la cajita de color blanco y crema.

—¿La familia de Tyler me ha enviado regalos?

—No. Céntrate en el que tienes delante de ti.

—¿Eran todos de su hermana?

—Me parece que se trata de una mantita personalizada. —Kristin me ignoró—. Rompe las solapas y lo verás.

—Contéstame, Kristin —insistí—. Quiero saberlo.

Se me quedó mirando con rostro inexpresivo y sin decir ni una palabra.

—No fue solo su hermana. —Madison entró en la sala—. También su hermano, su padre, su madrastra y más familia... Han enviado cientos de regalos.

El timbre de la puerta sonó antes de que pudiera pedirles que me los enseñaran.

—Seguramente sea el *catering* —dijo Kristin—. No te muevas.

Se acercó hasta la puerta, la abrió e inspiró con fuerza.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Necesito hablar con Chloe. —La voz de Tyler era inconfundible—. Ahora mismo.

—Está ocupada —respondió, con frialdad—. No quiere hablar contigo.

—Deberías preguntarle a ella primero.

—No tengo por qué hacerlo.

Me agarré al reposabrazos del sofá y me levanté despacio para acudir junto a Kristin.

Tyler me miró, y el corazón me latió como loco en el pecho solo con verle los ojos.

—Ciérrale la puerta en la cara cuando termine —murmuró Kristin antes de marcharse.

Tyler me miró de arriba abajo, observando mi vestido azul vaporoso, con los labios un poco abiertos.

—Eres una puñetera preciosidad. ¿Cómo estás?

No respondí.

No podía.

—¿Chloe? —Se acercó a mí, enterró sus dedos en mi pelo y volvió a introducirme en su órbita con toda facilidad—. ¿Cómo estás?

—No estás invitado a esta fiesta. —La voz se me quebró—. Se supone que no debes estar aquí.

—Por desgracia, lo sé —contestó—. ¿Tenías pensado al menos

enviarme fotos al acabar?

—A través de Dillon, sí.

Él asintió y soltó un suspiro.

—¿Me atrevo a preguntar cuántos minutos me vas a dar?

—Tres, pero ya has perdido uno solo mirándome.

—En ese caso, diré lo que debería haberte dicho la noche en que nos conocimos.

—Es un poco demasiado tarde para disculparte por no llevar suficientes condones.

—Es bueno comprobar que no has perdido tu sarcasmo desde la última vez que te vi.

—Y ahora se me da incluso mejor cerrar de un portazo.

Sonrió con lentitud, y mi corazón traicionó a mi mente latiendo a otro ritmo alocado. Un ritmo que le pertenecía solo a él.

—Que yo recuerde, todas las mujeres a las que he conocido siempre tenían una intención oculta o querían algo de mí —dijo Tyler—. Todas las mujeres, menos tú.

—Eso es porque...

—Espera. —Me colocó un dedo sobre los labios—. No he terminado.

Yo asentí, y él apartó la mano.

—No voy a marcharme de aquí hasta que me dejes acabar. —Me miró a los ojos—. Y deberías dejar de contar los minutos, porque te quiero y me merezco la oportunidad de quitarme este peso de encima.

Me quedé pegada en mi sitio, y pude sentir a Madison y a Kristin merodeando cerca. Los ojos se me volvieron a llenar de lágrimas, y supe que no tenía sentido luchar contra lo que era inevitable: que se derramaran.

—Me gustaste la primera noche en que nos vimos, antes del sexo. —Sonrió—. Y para ser completamente sincero, después de él, me gustaste muchísimo, casi rozando el amor por ti.

Las mejillas se me pusieron coloradas.

—Pero, claro, eso me duró solo cinco minutos, que fue cuando me echaste de una patada como una psicópata, pero seguías gustándome. Seguía deseándote. —Se detuvo un momento antes de proseguir—. Ya le había dicho a Dillon que te encontrara en cuanto volviésemos a Seattle, así que me cogió bastante desprevenido comprobar que trabajabas a mis órdenes. Aunque ahora sé que, probablemente, nunca deberíamos trabajar

juntos, jamás, pero no entiendo por qué no podemos *estar* juntos.

Yo negué con la cabeza, y él me enjugó unas cuantas lágrimas.

—Siento mucho que mi familia y la prensa te hayan complicado tanto la vida durante estas últimas semanas. Sé que esa experiencia ha sido nueva para ti, y estoy seguro de que ha sido horrible.

—Se ha parecido más a un infierno en la tierra.

—Vale. Un infierno en la tierra —confirmó—. Te prometo que me pasaré toda la vida intentando compensarte, y me esforzaré al máximo por mantenerlos alejados de ti, para que no tengas que vivir así. Dicho esto, tengo que hacerte saber que no puedo compartir la tutela contigo.

Me prometiste que no lucharías por la custodia total...

—Debería habértelo pedido antes de que ocurriera todo esto, pero no puedo fingir que alguna vez vaya a cumplir con la agenda que acordamos ni que me conforme con verte a dosis —continuó—. No estoy interesado en la tutela compartida porque quiero casarme contigo.

—Tyler...

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. —Sacó una cajita de terciopelo del bolsillo, la abrió y me mostró un precioso anillo con un diamante rosa—. No puedo pasar otra noche sin ti a mi lado. Chloe March, ¿quieres casarte conmigo?

—Yo...

—¿Quieres que me arrodille? —preguntó—. ¿Será mejor así?

Se apoyó sobre una rodilla, me agarró una mano y me ofreció la cajita del anillo con la otra.

—¿Chloe?

Era incapaz de pronunciar palabra.

—Chloe, por favor, di algo. Cualquier cosa.

—Creo que acabo de romper aguas...

58

DIME QUE SÍ

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

Las luces brillantes de la sala de partos casi me cegaron cuando las enfermeras me ayudaron a tenderme sobre una camilla. Las órdenes del médico, los sollozos desesperados de mis amigas y las exigencias de los guardas de seguridad se fusionaron en una cacofonía dolorosa.

—Relájese, señorita March.

—Va a tener que empujar mucho más fuerte.

—¿Me escucha, señorita March?

Todo era demasiado, demasiado pronto, y lo único en lo que podía centrarme era en la mirada de los ojos de Tyler.

Yo recuperaba y perdía la consciencia una y otra vez, lo agarraba de la mano a cada doloroso empujón y, antes de pudiera darme cuenta, las luces dieron paso a la oscuridad.

Tyler me estaba acariciando el pelo cuando volví a despertarme, y estábamos solos en la habitación.

La pizarra blanca que había ante mí estaba llena de notas azules y rojas, pero solo pude descifrar unas cuantas líneas.

«2.132 kg., 48 cm.; 2.178 kg., 45 cm. Realizando pruebas».

—¿Qué ha pasado? —pregunté, con voz ronca—. ¿Dónde están nuestros bebés?

Él pulsó un botón que había junto a mi cama, y deslizó los brazos lentamente por debajo de mi cuerpo. Me colocó de manera que pudiera estar sentada, y me dio un beso en la frente.

—¿Hay algún motivo por el que no hables a mil por hora, como sueles hacer? ¿Ha ocurrido algo malo?

—En absoluto. —Sonrió—. Todo está bien.

Antes de que pudiera volver a preguntarle por los bebés, la puerta se abrió y entraron dos enfermeras que sostenían unas sábanas de color azul intenso. Me sonrieron y me las colocaron con cuidado sobre el pecho.

—Cuando esté lista —dijo una de las enfermeras—, necesito que me diga los nombres de estos pequeñines, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Sentí que el corazón se me hinchaba a cada segundo que pasaba mientras observaba sus pequeñas caritas. El de mi izquierda dormía, pero el de la derecha sonrió cuando le toqué la mejilla.

—Necesito que me des una respuesta, Chloe.

—Me gustan los nombres de William y Tyler Carrington —respondí—. Ya hablamos de ello hace meses.

—Me refiero a que te cases conmigo. —Me acarició la mano—. No me has dicho si es que sí o que no.

—Pensé que era bastante evidente —dije, sonriendo—. Es un sí.

FIN

EPÍLOGO I (E)**

SEATTLE, WASHINGTON

TYLER

Kristin: ¿Tienes secuestrada a Chloe?

Madison: ¿Por qué no te has pasado por mi heladería esta semana para probar «Todo tuyo»?

Kristin: Podemos ver que has leído los mensajes, Tyler. O_O

Madison: Te hemos «permitido» entrar en este chat en grupo y hemos dejado muy claras las normas... Ahora eres parte de nuestra familia, pero NO eres tan bueno como para no poder echarte en cualquier momento.

Kristin: Amigas antes que tíos.

Me reí, dejé el teléfono y decidí responder a sus mensajes más tarde, esa misma noche, a propósito. Hice a un lado una pila de manuscritos, me levanté de mi escritorio y descorrí las cortinas.

Incluso bajo una densa lluvia, la prensa seguía esperando abajo, al pie del cañón, con la esperanza de poder captar una imagen de nuestros hijos, de encontrar cualquier cosa que pudiera servir de inicio para un nuevo e interminable ciclo de noticias.

Por lo que a mí respectaba, nunca más iban a conseguir nada de nosotros.

Caminé por el pasillo y coloqué bien el marco que contenía la foto de mi boda privada con Chloe.

—Tus amigas me están amenazando de nuevo. —Entré en nuestro dormitorio—. Creo que están intentando decir que quieren que lleves a los bebés a hacerles una visita.

Chloe sostenía una luna de juguete por encima de William y Tyler, y sonreía mientras ellos trataban de agarrarla.

—¿Chloe?

—Los llevaremos mañana —dijo con ternura—. Estuvimos allí el viernes.

Ya se me había olvidado. Los primeros meses con los gemelos habían pasado en un aluvión de visitas de mi familia, las amigas de Chloe y la gente de Editorial Canalla, que había llegado a respetar.

—¿Sabes si tienen planeada una búsqueda del tesoro para tu cumpleaños?

—Les dije que no la prepararan porque mencionaste que ibas a planearla tú. —Cogió a William y le puso un chupete en la boca a Tyler—. ¿Por qué?

—Solo tenía curiosidad.

—Quiero que hagan algo distinto este año —dijo—. No sé cómo explicarlo.

—Deja que hable yo con ellas. —Le acaricié la mejilla—. Creo que, entre todos, podremos averiguar lo que es...

EPÍLOGO II (E)**

SEMANAS MÁS TARDE

SEATTLE, WASHINGTON

CHLOE

—¡Feliz «treinta y nuevo» cumpleaños! ¡Feliz «treinta y nuevo» cumpleaños!

Unas velas doradas brillantes brillaban sobre el pastel mientras Kristin y Madison cantaban a pleno pulmón.

Tyler estaba a mi lado, sujetando a nuestros bebés contra su pecho con un brazo y con la otra mano en mi cintura.

A cada nota que cantaban, se me saltaban las lágrimas, y por mucho que luchara por reprimirlas, algunas de ellas terminaron por resbalarme por las mejillas.

Eso era exactamente lo que quería, una «repetición» perfecta con la gente a la que más quería.

—¡Feliz cumpleaños, querida Chloe! ¡Feliz cumpleaños!

Sonreí tras soplar las velas, y todos aplaudieron.

—Espero que no hayas deseado nada que pueda cambiarte la vida este año. —Madison me entregó un cuchillo—. Supongo que habrás aprendido la lección.

—He deseado que al fin encontréis novio —dije—. He sido bastante altruista.

—¿En serio? —se burló, mirando a Tyler—. ¿Alguna vez te das cuenta de lo mal que imita el acento británico o es que ya te has acostumbrado?

—Estoy acostumbrado. —Se rio y me dio un beso en la mejilla—. Ahora mismo vuelvo.

Se marchó a la cocina, y Kristin y Madison esperaron a que se cerrara la puerta para regalarme las miradas fulminantes que solo ellas sabían lanzar.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Por qué me estáis mirando así?

—¿Lo sabe él? —Kristin se cruzó de brazos—. Porque ha parecido felizmente ignorante durante todo el día.

—Estoy segura de que no lo sabe —respondió Madison por mí—. Estamos hablando de Chloe.

—También he pedido un deseo altruista para ti, Kristin —dije—. ¿Quieres escucharlo?

—Preferiría escucharte decirle a Tyler que hay otro bebé en camino.

—Voy a contárselo cuando lleguemos a casa esta noche —respondí—. Parte de mi repetición de la fiesta de cumpleaños es que salgamos juntos. Vamos a subirnos a The Great Wheel y después se lo contaré cuando entremos en el fotomatón.

—¿Hay algún motivo por el que tenga que ser tan rebuscado?

—Sí —contesté, mirando hacia donde estaba él, meciendo a nuestros hijos en brazos—. Él se quedó nuestras fotos la otra vez, y yo quiero estas. Quiero una foto de él cuando le cuente que vamos a tener a otra pareja de gemelos...

FIN, OTRA VEZ

NOTA PERSONAL DE LA AUTORA

Queridos lectores:

Si estáis leyendo este libro en 2022, en estos momentos tengo treinta y tres años y, al igual que Chloe March, puedo admitir con sinceridad que no tengo ni idea de qué demonios estoy haciendo con mi vida.

Y no estoy bromeando.

Durante los últimos años, he probado de todo un poco con la esperanza de poder encontrar la solución. He hecho blogs, *podcasts*, novelas, jardinería... y sigo sin reunir todas las piezas.

La mayor parte del tiempo lloro en mi coche (¡Shhh! No se lo digáis a nadie 😊), y digo cosas como «*Universo, ¿es que no puedes enviarme algún tipo de señal? ¡Solo una, POR FAVOR!*».

Normalmente, otro conductor suele darme un bocinazo desde detrás, así que me lo tomo como una señal, pero para que siga conduciendo y escuche mi lista de reproducción de Dolly Parton. Pero, bueno, canto que da pena, así que dudo de que sea una señal para que me mude a Nashville y persiga una carrera en la música *country*.

En fin, os lo cuento porque alguien me dijo una vez que se supone que a los treinta ya debemos comprender los entresijos la vida. Que, de alguna manera, como por arte de magia, todos nuestros problemas tendrán solución y que la vida que se supone que debemos vivir nos caerá del cielo.

O_o <— Así miré yo a esa persona.

No creí en ese consejo por aquel entonces ni lo creo ahora.

En cambio, estoy convencida de que nadie las tiene todas consigo y que nadie es perfecto, tenga la edad que tenga.

Puede que no sepa qué he venido a hacer aquí todavía, pero he decidido que seguiré subida al carro, fracasando y volviéndolo a intentar una y otra vez, hasta que al fin encuentre la solución.

Espero que vosotros también lo hagáis. 😊

Os requetequiero.

Whit.

SINOPSIS



Lo único que quería en mi trigésimo cumpleaños era una noche de locura de la que me acordase toda la vida... Y en vez de eso, acabé embarazada de mi jefe.

Vale, espera.

Antes de que empieces a juzgarme —que te estoy *viendo*—, la verdad es que no sabía que era mi jefe en esos momentos. Lo único que vi fue al hombre más sexy con el que me había tropezado nunca, con acento británico incluido, y unos labios que me devoraron durante horas en la cama.

Aun así, cuando se comportó como un gilipollas y asumió que iba a haber una segunda ronda después de haber dicho que mi apartamento se parecía a «una caja de cerillas», le di la patada y esperé no volver a verle nunca más.

Hasta cuatro semanas más tarde...

Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba «tardando», cuando veinte pruebas de embarazo distintas me confirmaron la verdad que no quería reconocer.

Y justo cuando pensaba que tendría que pasarme otras cuatro semanas más buscándole, entró tan tranquilo por las puertas de mi empresa, y mi supervisor nos anunció que era nuestro nuevo director general.

Pero es que eso no es ni siquiera lo peor.

Ni de lejos.

Resulta que ese hombre ocultó un secreto la noche en que nos conocimos, y los siguientes ocho meses iban a ser mucho más complicados de lo que jamás podría haberme imaginado...

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA



WHITNEY G. (1988, Tennessee, Estados Unidos) es una optimista de la vida obsesionada con los viajes, el té y el buen café. Es autora de varias novelas *best seller* incluidas en las listas de *The New York Times* y de *USA Today*, y cofundadora de *The Indie Tea*, página que sirve de inspiración para autoras de *indie* romántico.

Cuando no se encuentra hablando con sus lectores a través de su página de Facebook, la podremos encontrar en su web, en su Instagram, en Twitter... Pero si no la vemos en las redes, es porque está encerrada trabajando en una nueva y loca historia...

Por supuesto que no es él es la nueva novela de Whitney en nuestra colección Phoebe, después del éxito de *Una noche y nada más* y *Turbulencias* en 2017; *Carter y Arizona* en 2018; *Mi jefe, Mi jefe otra vez* y *Dos semanas y una noche* en 2019; *Sexy, descarado, irresistible*, *Olvidar a Ethan* y *El rey de las mentiras* en 2020; *Fue un martes*, *Entre tú y yo* y *Te esperaré todas las noches* en 2021 y *Fue un miércoles* en 2022.

whitneygbooks.com

IG: whitneyg.author

TW: WhitGracia

FB: AuthorWhitneyG